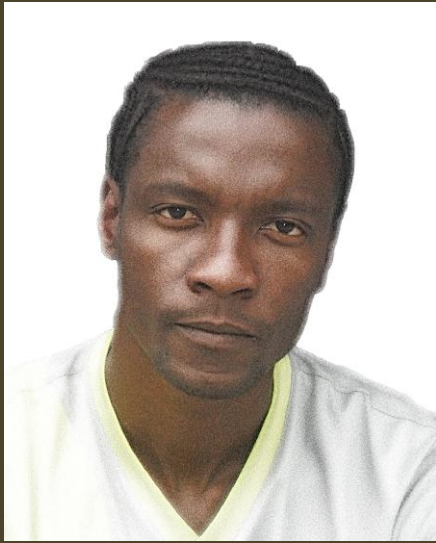


Maunque llueva

Tradición oral del Atrato Medio Chocoano



Geovanny E. Palacios Pérez



El Autor

Nació en Puerto Conto, Chocó (Colombia), en 1974.

Reside en la ciudad de Medellín desde 2003. Cursa su último semestre de Licenciatura en Educación Física, en la Universidad de Antioquia, donde se desempeña como docente auxiliar de cátedra en el área del Fitness.

Ocasionalmente ha publicado poemas en periódicos locales. Fue finalista en el concurso *Afro en Palabras 2011*, con el cuento *Don Agapito y la niña cafecita*.

Trabajos en preparación:

- *Guía de acondicionamiento físico basado en el método Pilates.*
- *Nuestro cuerpo, el mejor gimnasio. Guía de acondicionamiento físico.*
- *Selección de poemas.*





Maunque llueva

Tradición oral del Atrato Medio Chocoano

Geovanny Emith Palacios Pérez

geovanny994@yahoo.es

Diseño y edición:

Luis Fernando Acevedo Ruiz

enviref@gmail.com

Primera Edición Digital

Medellín, Colombia

2012

ISBN: 978-958-46-1241-0



A Zotela, mi madre, ejemplo de vida, toda ella amor y sabiduría.

A mis hijos, mis alicientes para perseverar.

4

Al Chocó, mi tierra amada, y al pueblo chocoano, mi gente.



Contenido

Presentación.....	7
Glosario.....	11
¡Rápido, rápido, que ahí viene don Agapito!	16
En el Chocó no solo se ha muerto gente de hambre o de olvido.....	21
El brujo desconocido.....	32
La irónica tumba de Edmundo Mosquera	36
Hijo de tigre sale pintado	44
Eusebio Palomeque terminó pagando lo que no debía.....	52
El indio Lucindo es inocente de esa muerte	60
El amor y los negocios de Liberato Mena	70
La trágica suerte de Chabico Chaverra	80
No se les vuelva ocurrir enviar mensajes al más allá con Israel Arcadio.....	93
Las profecías del Santo	101



Los compadres y alguien más	110
Cuál sería el trato que hizo Venancio Palacios	124
La equivocada decisión del yerbatero Bonifacio Pérez	136
Una de las mujeres de Mistriate Caicedo	153
El mal negocio que hizo Danilo Romaña.....	163
Ya nadie te espera Florentino Perea	174
Un santo chocoano y el milagro para Ubertina Bejarano	184



Presentación

El Departamento del Chocó, al occidente de Colombia, es una vasta región tan rica en todos los sentidos - diversidad étnica y cultural, biodiversidad, selvas, ríos, océano, minerales - como abandonada a su suerte por el país, por el Estado; es, además, víctima de la más abyecta corrupción oficial y objeto de codicia de propios y foráneos.

Dado que un alto porcentaje de su población es afro descendiente, podríamos decir que este departamento es algo así como una pequeña república africana, sólo que se encuentra ubicada en el noroeste de Suramérica. Se sabe que aún hay regiones habitadas por descendientes puros de africanos. Y en mucho más se parece, pues corre una suerte similar a la de la casi totalidad de países del continente africano. De seguro, paradójicamente, tanta riqueza puede ser la principal causa de su mala fortuna.

El Chocó es, en gran medida, aún selvático; está atravesado por caudalosos ríos y su alto nivel de pluviosidad lo hace casi inhabitable en muchas regiones, pues permanece inundado casi todo el año y en el mayor aislamiento. Por su carácter inexpugnable y por su abundancia de recursos fue elegido como destino por los esclavos negros emancipados. Todas estas características hacen que sus habitantes



sean como entre titánicos y estoicos, capaces de afrontar con arrojo o humildad, según las condiciones, un medio tan exuberante, fuente de la mitología que conoceremos a través de los cuentos.

Su autor, Geovanny E. Palacios Pérez, o simplemente *El Yova*, como con familiaridad lo nombramos sus allegados, es un afro que nació en esas tierras y todo en él está atravesado por la mitología de aquellas tierras. En gran medida tiene mucho de aquellos ancianos sabios que nos hacen conocer a través de sus cuentos.

Habiendo vivido una primera infancia feliz, en medio de muchas limitaciones, con la esperanza de un mejor futuro para su hijo su madre lo llevó a Quibdó, la capital, donde su destino tomaría por rumbo la adversidad. Entre grandes dificultades, trabajando como bracero en la industria maderera y en uno que otro oficio inverosímil, con gran esfuerzo pudo estudiar su bachillerato.

8

De su tierra salió desplazado por la pura falta de oportunidades hacia el municipio de Turbo, Urabá Antioqueño, y de allí, luego, por igual razón, hacia una ciudad nada acogedora, Medellín, de donde se resistió a dejarse expulsar única y exclusivamente movido por el sueño de estudiar su carrera universitaria como licenciado en educación física.

Los motivos para escribir son tantos, sin duda, como cada persona que lo hace, y casi siempre son de índole inconsciente. Por lo que conozco de *El Yova*, creo que lo impulsa a escribir el profundo afecto y orgullo que siente por los suyos - los niches, como nombra a los de su raza -, por su tierra, por su cultura, por sus raíces.



Además, sus escritos constituyen un acto de afirmación y de resistencia a abandonar su identidad, y a hacerla valer donde esté. Como diría don Agapito, el protagonista del cuento introductorio, “*maunque llueva, no orvira su tierra*”.

El que tales historias mágicas ocupen por momentos su mente, probablemente obedezca además a que durante los últimos años, en esa tenaz lucha por persistir en la culminación de su carrera profesional, se haya sentido en esta ciudad de nuevo en un medio tan avasallador y amenazante como lo fue su tierra durante la infancia. *El Yova* de hoy resulta siendo el mismo niño, entre deslumbrado y temeroso de antes, que fantasea con aquellos poderes sobrenaturales como ayuda extra; y la prevalencia del bien sobre el mal en sus historias es consuelo y esperanza para afrontar la difícil situación que, justo ahora, luego tanto esfuerzo, comienza a superar.

9

Nuestra amistad empezó conversando sobre escritura. Conozco buena parte de la poesía que escribe y tenemos pendiente de edición, así como una serie de escritos académicos cuya publicación se pospuso por dar prioridad a este trabajo. Desde el comienzo de nuestras conversaciones lo oí hablar sobre lo mucho que le gustaría escribir acerca de esas historias mágicas de su infancia y su tierra. Finalmente se decidió a hacerlo luego de que resultara finalista en el concurso *Afro en Palabras*, auspiciado por el Municipio de Medellín en 2011, con el cuento *Don Agapito y la niña cafecita*, que escribió en un santiamén y más por quitarse de encima a quienes le insistieron para que participara en el concurso, que por el gusto de hacerlo.



Con relación al contenido de este libro, se trata de una serie de historias que escuchó una y otra vez, en su mayoría durante su infancia, y en mucho nos permiten conocer diversos aspectos de la cultura afrocolombiana. En lo personal algunos aspectos llaman mi atención:

De un lado, vemos en los relatos la pugna entre el bien y el mal, donde el bien usualmente prevalece, transmitiendo así al oyente - o en nuestro caso al lector - ese imperativo moral como única alternativa para la vida en sociedad y la pervivencia de la Cultura. De otro lado, la presencia de personajes con poderes mágicos alude tanto a la esperanza de creerlo posible, como medio para enfrentar un ambiente tan hostil, como al intento de explicar hechos reales o fantaseados en aquel contexto, pues un efecto de la naturaleza, en tal magnitud, es el trastorno de la percepción y el pensamiento de las personas. Al final, las historias nos sugieren que más nos vale arreglárnoslas con esfuerzo, perseverancia, fe en El Creador y obrando con rectitud.

10

Se hace evidente además en los cuentos el fino sentido del humor, la picardía erótica y la creatividad implícita en la tradición oral chocoana.

Para su lectura se recomienda mucha paciencia al comienzo, pues el autor presenta los diálogos entre los personajes en el lenguaje coloquial de los campesinos chocoanos.

Luis Fernando Acevedo Ruiz



Glosario

Alabaos: cantos fúnebres utilizados en las novenas.

Biche: bebida fermentada a base de caña, preparada artesanalmente por los campesinos.

Birimbí: alimento a base de maíz.

Boquiduro: persona que niega lo que hace.

Canalete: remo construido de madera para navegar.

||

Cañaña: fuerza muscular.

Caramba: expresión que indica asombro.

Chaguá: malestar y antojos que sienten los hombres cuando su mujer está en embarazo.

Chicha: bebida fermentada a base de maíz.

Chirimía: grupo y/o música propia de la región.

Chucula: alimento que se prepara en la región con plátano maduro, coco, clavo de olor, nuez moscada, canela, entre otros.



Cocón: nombre que se le da a la vagina en la región.

Con un ojo abierto y otro cerrado: persona que duerme preocupada, alerta o en zozobra.

Crema del pueblo: expresión utilizada para referirse a la gente de clase alta.

Filipichín: sujeto desocupado, charlatán que presume de gran cosa. También se aplica el término Leguleyo.

Gatear a una mujer: cuando un hombre trata de acceder a una mujer que está en su habitación, oculto en la oscuridad para evitar ser descubierto.

Iraca: palma cuyas hojas se usan para hacer sombreros y otros elementos de uso diario.

Jota: ritmo musical.

Levantar la tumba: acción de desbaratar el altar que se construye para rezar las novenas a un difunto, donde se supone que él se despide definitivamente, lo que hace el momento sumamente triste.

Lonche: comida que lleva para consumir en los viajes o jornadas de trabajo en sitios distantes de la vivienda.

Mal de ojo: enfermedad producida por alguien que tiene una mirada perjudicial, con la que suele enfermar a aquellas personas por las cuales llega a sentir atracción. Generalmente los de mayores riesgos son los niños y las mujeres.



Maranguango: expresión usada por los ancianos en algunas zonas para referirse a una artimaña o pócima desconocida, generalmente maligna, también llamada Pumujo.

Mardinga to: expresión usada por los ancianos campesinos para sentenciar una maldición.

Mechones: lámparas artesanales a base de petróleo u otro combustible.

Ojo malo: persona que tiene una mirada perjudicial, de la cual se dice tiene un ojo malo.

Paliadera: patio o piso trasero que se construye con tablones, generalmente de madera fina, y donde se sitúa el baño y el lavadero de la casa, sobre todo cuando se construye en terrenos pantanosos o a orillas de los ríos.

Pedir Barato: expresión utilizada para referirse al permiso que pedía un hombre a otro cuando se pretende sacar a bailar a su pareja.

Pepena: objeto utilizado para soplar los fogones de leña, hecho de las hojas de palma de iraca.

Piragua: pequeña embarcación construida de árboles mediante un labrado artesanal.

Relajar - Relajado): cortes que se le hacen al pescado con muchas espinas pequeñas, como el bocachico, con el propósito de separarlas de su carne.

Sauco: planta medicinal.



Sombrero de Cabecinegro: sombrero elaborado con una fibra en forma de tejido natural que recubre los racimos de cierta palma que se produce en la región del Chocó.

Songosorongo: sujeto que realiza determinada acción de una manera calmada o prudente.

Sotragolfo: nombre de la flota de taxis de la región de Urabá.

Subienda: época del año cuando el pescado, en abundancia, se dirige hacia las partes altas de los ríos para reproducirse.

Tapado de pescado: plato típico de la zona del río Atrato que consiste en cocinar el plátano junto con el pescado seco y salado.

Tumba: altar que simboliza el cuerpo del difunto.

Un(a) Chocha: expresión peyorativa para referirse a los campesinos.





¡Rápido, rápido, que viene don Agapito!

El viejo Agapito, con más de noventa abriles encima, era reconocido en Puerto Conto más por la elocuencia, fluidez y encanto de su conversación que por su prodigiosa memoria. Apoyándose en su bordón, rengueando cansadamente, como si fuera a pasar de largo por la casa, haciéndose el desentendido mira de reojo al grupo de niños y jóvenes que, asomados desde el dintel del rancho, ansiosos esperan su llegada a la cita, tácitamente establecida entre ellos. Espera, como siempre, que lo llamen, que le insistan un poco. Cuestión de dignidad. Desde el corredor de la casa una vocecita grita afanosamente:

16

- *¡Don Agapitoooo... Don Agapitoool!...*

Haciéndose el sorprendido, el viejo Agapito detiene abruptamente su marcha, mira a un lado y otro y finge esforzarse en reconocer quién lo llama.

- *Ve ve... ¿y vo cuya hija so? Bueno mi gente, pero si eta e la niña cafecita ¿y y y vo cómo e que etá mi niña?*

La *niña cafecita* se llama Elizabeth, una niña mestiza de seis años que pasa las vacaciones escolares al lado de su padre y es el alma de las jornadas de cuento del



viejo Agapito. Alguien, desde adentro, evidentemente le indica a la niña qué decirle esta vez al viejo, para invitarlo a que se quede contándole historias.

- *¡Don Agapitooo, que si le provoca un caféee!*

- *Ay hombre mi gente, pero si a yo etoy e re paso par pueblo, que voy pob er tabaco.*

Más demora el viejo en decirlo que dos niños en salir volando de la casa a traerle los tabacos al viejo. Don Agapito se sonríe y se rasca la cabeza mientras les dice:

- *¿Y y usteres si saben re cuale son lo tabaco? ¡Eso, eso e, re eso mimitico son! Y no se remoren, qui a yo toy que me jumo.*

Luego, ceremonioso, voltea y dice:

- *Vea ve... ¿un café? je je je.*

Levanta un poco su cabeza y hace el gesto de percibir un delicioso aroma en el aire.

- *Aaay hombre, pero si eso era lo que taba gueliendo tan relicioso derde ante re llegó poaquí. Bueno mi gente maunque taba argo afanoso... aaay... me voy a dentrá pob er café, pa no repreciá a roña Zotela.*



Vuelan Elizabeth y otra niña del interior del rancho a ayudar a subir al rey de las historias. Ni alcanza a entrar el viejo cuando la niña cafecita, tomándole una mano le suplica:

- *Don Agapitooo... que si nos cuenta una historia ¿sí, sí?*

- *Ay Dio mío mi gente, ¿y y y a yo que hitoria le voy a contá? Jum jum... Empretemen pue la jamaca pa podé prencipiá arguna hitoria, si e que me arrecuebdo re argo. Vení, vení vo muchacho ayurame a sentame que re pbonto paro la pata... je je je... aaay, e que a yo ya no me aguanto una misa con pórvora.*

¿Que qué nos iba a contar? Pues empató la pregunta con una, y otra, y otra historia. Muchas de ellas a pedido de su audiencia, porque no nos cansábamos de oír y oír una y otra vez sus relatos, aún sin entender a veces ni la mitad de lo que nos decía. Pero es que todo él, todo en él, era pura magia, y magia de la mejor, porque cautivar durante tanto rato a un grupo tan grande y heterogéneo de niños - de cuatro años en adelante hasta adolescentes - era una verdadera proeza. A los más chiquitos los adultos se los llevaban lejos, porque el viejo, a la más insignificante interrupción, suspendía su relato y se ponía a toser, advertencia del fin de la jornada. Así que el silencio debía ser casi completo. Había qué ver a los niños con sus manitos tapándose la boca intentando evitar que se les escapara alguna risa, un suspiro, un lamento o un grito de terror ante semejantes historias. Eso, definitivamente, era inevitable; pero el viejo, ante esa audiencia tan juiciosa, atenta y



comprometida, era, como nunca, tolerante con ellos y se hacía como el que no había sentido la interrupción.

Ah, y no permitía la presencia de adultos, porque, imprudentes, se entrometían en las historias, se reían, pujaban o, descaradamente - como lo hizo una vez el viejo Puyoyo - hasta objetar algún detalle ¡qué tal! ¿Ah? Sólo a doña Zotela Pérez, en parte por ser la dueña de la casa, en parte por ser la abuela de la niña cafecita (objeto de adoración y admiración del viejo), en parte porque surtía al viejo Agapito del más delicioso café, con un entremés de ensueño, y en parte porque permanecía en silencio, se le permitía escuchar las historias desde la cocina.

Recuerdo especialmente que, en más de una ocasión, el viejo, con sus ojos aguados, terminaba la jornada diciéndonos:

- *Óigamen pue usteres, vean ve: maunque llueva no orviren su tierra.*

Estas son algunas de las historias que, según recuerdo, nos contaba Don Agapito. Claro, cosa muy distinta era escucharlo, verlo gesticular desde la hamaca, a veces como boga con su bordón, o cortando un racimo, o peleando con el maligno, o llorando un difunto, o intentando atrapar a una negra hermosa, o arrojándole un rayo a una bruja, o zafándose de encima a una mapaná, o pilando arroz, en fin.





En el Chocó no solo se ha muerto gente de hambre o de olvido

Aunque en la casa grande -ubicada en la bocacalle principal de Puerto Conto, uno de los caseríos del municipio de Bojayá que tiene como patio principal el río Atrato- el trabajo había sido impuesto por el viejo Máximo Pérez y doña Cornelia, desde mucho antes de la violencia entre los partidos políticos liberal y conservador, y del nacimiento de Timoteo, el primero de sus hijos, tal mandato no fue acatado por todos los integrantes de la familia.

21

Después del nacimiento de Timoteo, llegaron otros tres hombres. Bueno, se puede decir que cuatro, con Israel, sobrino de Máximo, y a quien crió como hijo, pues sus padres, Adolfo Pérez y Gumersinda Palacios, murieron durante la violencia. También nacieron dos mujeres, trabajadoras todas, sin ninguna otra opción en la vida; hasta prostituirse era poco factible, moralmente algo a descartar, más aun en un pueblo donde todos y cada uno de los habitantes tenían algún vínculo familiar (esto a veces no se entendía, pero de algún modo resultaban siendo familia). Ser mujeres ilustres, mucho menos; el viejo Máximo siempre se negó a dar estudio a sus hijas.

Con su camisa abotonada de tal manera que la punta le quedara dispareja, según él para evitar los maleficios de muchos brujos que en la época ya eran reconocidos, y fumando tabaco calado, se sentaba en el alto corredor de la casa a conversar y a



disfrutar de toda la panorámica del río, por cierto de gran anchura, profundo y extenso, que, si mal no recuerdo, nace en un sitio llamado los farallones del Citará y va a desembocar al golfo de Urabá.

Meciendo las piernas, que le quedaban colgando, hábito que tenía por costumbre todas las tardes después de salir de trabajar en sus platanales, y a pesar de que en una ocasión -según él- una serpiente Mapaná que estaba oculta bajo el tambo de la casa quiso comérsele un pie con todo y bota, decía:

- A yo no le roi esturio a hija mujé, no señó ¿A yo cuando soy pendejo? ¿Etas cuándo me van a serví a mí? Etas le van e a serví e a sus mariros. Aquí en eta casa toro mundo va e a trabajá. Bueno, a yo no sé Sirilo como va a hacé, pobque si sigue así, er diablo se lo va salí llevando en cuebpo y arma.

Sirilo era el tercero de los hijos, y todos en el pueblo lo reconocían como enemigo a morir del trabajo. Inexplicable su conducta, no solo por su padre, sino porque en aquellos tiempos el trabajo en esta región era un ritual, no sólo por ser la fuente del sustento diario, sino porque a través de él tomaba valor el hombre, de manera que era motivo de orgullo tumbar inhóspitas montañas, sobresalir en las grandes rocerías, tener coraje para la caza, entenderse con las fieras de las aguas, moverse con destreza en los caudalosos ríos.

22

De esa manera se demostraba la hombría y la dignidad para poseer alguna mujer. Incluso los niños esperaban ansiosos las grandes lanchas que surcaban las aguas con destino hacia la región del Urabá, o en sentido contrario, hacia Quibdó, la capital, para mostrar sus destrezas en la carga de madera, maíz o arroz, que ellos mismos ayudaban a pilar con anterioridad. Sin contar con que, a muy temprana edad, ya se



hacían cargo de trabajos en el campo propios de hombres. Y de las mujeres, ni se diga; en muchas ocasiones terminaban trabajando más que cualquiera.

El hecho fue que el desgano que invadió a Sirilo le fue perturbando tanto que, sin darse cuenta, incidió negativamente en su mucho comer. Porque, hay qué decirlo, comía como nadie en la zona del Medio Atrato. Su almuerzo constaba de un kilo de arroz, que generalmente pilaba Timoteo; media cuarta de plátanos asados iocho plátanos!, que cuando no los llevaba el viejo Máximo, lo hacían sus hermanos, quienes a muy temprana edad ya tenían extensos platanales; este banquete lo coronaban tres Bocachicos o Guacucos guisados, que solía pescar Cornelia con las muchachas, sentadas en las piraguas al frente de la casa. Y de sobremesa se tomaba media totumada de jugo de Borojó.

Después de tan succulenta comida salía de la casa grande por el patio de atrás, donde Cornelia tenía sembradas gran cantidad de matas de bijao, lo que le favorecía para salir con disimulo, ocultándose en medio de la vegetación. Era entonces cuando Teodora, la mayor de las hijas, se asomaba por las hendijas de la cocina e interrumpía a su madre, quien después de medio día acostumbraba a sentarse sobre una estera junto a la puerta principal de la espaciosa sala a hacer cobijas de retazo, a fuerza de costura con aguja, a la vez que contemplaba el río Atrato.

23

- *iMamá... mamá... allá va... allá va songosorongo racándose lo güevo, a comese lo chontaruro re mi tía Chabico!*

Chabico, la única hermana de Cornelia, quien desde hacía mucho tiempo vivía sola, solía poner a calentar los chontaduros bajo el sol, después de cocidos, para mejorar su sabor. La mujer le tenía gran afecto a sus sobrinos, cosa que Sirilo aprovechaba



para terminar de saciar -sólo es un decir, porque era insaciable- su descomunal apetito, después de comer en su casa.

Se comenzó a sospechar que Sirilo no estaba bien, desde la tarde en que Máximo le llamó la atención porque vio desde la ventana, mientras trabajaba remendando una atarraya, que Cornelia casi se descalabra cuando se dirigía del río hacia la casa con dos ollas llenas de agua, y a Sirilo, quien venía atrás, el cuerpo le pesó para ayudar a levantarla. Pensándolo bien, hasta lógico era, porque si le estaba costando alimentarse, cuanto más una acción de mayor exigencia.

- *¡Sirilo, mijo, coma hombre!* Le decía Cornelia.

- *Sirilo, ve ve ¿y e que vo te pensá e morí re hambre?* Le decían sus hermanas.

Y los hermanos, también preocupados, comentaban:

- *Vean ve, Sirilo ta e enfebmo. Vamo a tené que dí a bucá a Bonifacio o a la madrina paque li hagan uno beberizo o argo, hombre.*

- *¿Qué van a pebdé su tiempo ustere buscando brujo y yerbatero? La pereza e que lo va a matá.*

Murmuraba el viejo Máximo.

- *Un hombre re eto, que ya etá e de cogé su mujé... pobmí que se jora.*

Fueron muchos días de insistencia en los que llegaron a tratar de convencerlo la vieja Zotela, madrina suya y de Teolinda, la hija menor y la más consentida por Cornelia. Le insistieron sus primos y primas, sobrinos, tías y tíos. Finalmente lo intentaron los viejos más brujos, entre quienes se contaban Bonifacio Mosquera y



un curandero muy conocido de apellido Córdoba, de los lados de Munguidó. En ellos se tenía la esperanza de que todo se solucionara, y no era para menos, pues eran capaces de cruzarse el Atrato caminando sobre el agua, hacían caer tempestades y enamoraban mujeres tan solo colocándoles el sombrero sobre sus cabezas. Ante lo cual lo que sucedía con Sirilo parecía una cuestión menor.

Pero, a pesar de ello, nada ni nadie logró convencerlo. Ni siquiera “Pedro Moreno” a quien anunciaban así:

- *Olelo, olelo, ete e Pedro Moreno, er que quita lo malo y pone lo bueno.*

Era el verso que escuchaban los muchachos momentos antes de recibir los azotes con el rejo hecho de cuero de vaca, generalmente con dos o tres ramales y en ocasiones largo, por si el muchacho intentaba huir lo podían halar con el rejo o llevarse al menos su buen latigazo en la espalda.

25

Drástico castigo, el cual, digo yo, aprendieron los afro descendientes del Chocó desde los tiempos de la esclavitud impuesta por los españoles, y que aplicaban a sus hijos acompañándolo con una cantaleta:

- *No lo vorvá hacé... a yo me repetá... que no te vuerva a ve... a yo soy e tu paire... a yo soy e tu maire... callate la jeta... callate... que te callé a ve.*

Pero ¿cómo un muchacho se iba a callar con semejante pisa? Sin mencionar la exposición del castigado como si fuera una estatua, arrodillado sobre granos de maíz y sosteniendo la escoba con los brazos extendidos sobre la cabeza, por largos periodos de tiempo.



De alguna manera el viejo Máximo tenía razón. El hijo ya estaba muerto, él mismo lo aceptó con franqueza, sentenciándose con una frase contundente, ante la insistencia de brujos y familiares para que se alimentara:

- *Ay... que no me joran má... que a yo no pienso comé nunca má. Qué jabtera ta comiendo... eto e comé, comé y comé.*

Y más extremo aún, cuando suplicó:

- *¡Mejó entiérremen de una ve po toa, que a yo no pienso comé!*

Por poco el viejo Máximo le mete una de esas fueteras, pero Cornelia intervino:

- *Hombe Másimo, ¿no ta viendo uté que ete ya e un hombre? ¡er verá qui hace!*

Y claro, es que Cornelia suponía que el arrebató le pasaría más temprano que tarde.

26

Tan extrema decisión creó gran conmoción. Los ancianos de más respeto se reunían con frecuencia a discutir el problema, en medio del humo de los tabacos y el sabor del café. Discernían, haciendo uso de la experiencia a través de los muchos años, para tratar de dar solución a este incidente. Después de largos días de reflexión, mediante decisión unánime, determinaron darle gusto al “difunto” Sirilo en su petición. Según los ancianos, la medida era salomónica y acabaría definitivamente con lo que, para ellos, no era más que una pataleta para llamar la atención.

El viejo Puyoyo, quien se pregonaba a sí mismo el más conocedor, había construido su ataúd con sus propias manos y a su gusto, anticipadamente, pues, según presentía, pronto se iría a descansar definitivamente. Tal práctica no era extraña en los ancianos de la región, cuando la edad se extendía y comenzaban a



sentir los achaques que la acompañaban. Sin embargo, ante este imprevisto, el viejo Puyoyo decidió, generosamente, donarlo a la causa. El ataúd era grande, pintado en caoba y bastante pesado, por ser de madera fina.

Para su velorio, el cuerpo de Sirilo fue preparado por Cornelia, su madre, quien pacientemente lo bañó, sutilmente le untó manteca de cacao para dar brillo a su piel, sobre todo en la cara, y le puso camisa y pantalón blanco. Durante todo el proceso de preparación, no trató en ningún momento de convencerlo de lo contrario; hasta sintió cierta satisfacción, imaginando el arrepentimiento de su hijo al escuchar los tristes cantos de alabaos y los llantos esa noche.

A Sirilo le costó acostarse en el cómodo ataúd. Fue necesaria la ayuda de algunas mujeres que lo apreciaban y que, con fuerte llanto, trataban de hacerlo desistir. Sin embargo, Sirilo ni se inmutaba; y no era para menos pues, con tantos días sin probar bocado, sus fuerzas eran escasas, aunque en realidad ese no era el mayor impedimento. Más allá de eso, estaba la arraigada incapacidad para realizar cualquier esfuerzo que invadía no solo su cuerpo sino también su mente y su espíritu.

A pesar de que Sirilo aun estaba consciente, su velorio fue igual al de cualquier otro muerto. Los tristes comentarios recordando sus virtudes, claro, porque, a pesar de todo, alguna virtud habría de tener. El llanto de los más allegados, los cantos de alabaos, el café, los panes, los juegos de carta y dominó en los recesos de los rezos, obviamente siempre realizados con respeto por el difunto. Y, cómo no, por último, uno que otro chisme, envuelto en toda la parafernalia dispuesta en el velorio del difunto Sirilo.



Se decidió levantar el cuerpo, o más bien a Sirilo, a eso de las diez de la mañana, para llevarlo a su destino final. Todo el pueblo salió en un gran tumulto que, más que un entierro, parecía una fiesta por la algarabía. Como nunca, muchachos y adultos hablaban por igual, mientras abrían el camino hacia el cementerio, pues este era poco transitado porque rara vez se moría alguien en Puerto Conto, donde los viejos se cansaban de esperar y de anunciar su muerte. Cuando de repente se escuchó un grito:

- *¡Oooigan, oooigan! ¿Qué e lo que usteres van a hacé? ¿Usteres se han enloquecero o qué e lo que le pasa, hombe?*

Era doña Esneda, mujer de respeto, promotora de la comunidad, quien apenas llegaba del pueblo de Raspadura de cumplir una manda prometida al santo Ecce Homo, por lo que no estaba enterada de lo que sucedía.

28

- *¿Y pob qué e que usteres van a enterrá a ete pobre muchacho vivo? ¡Maunífica animas mea... arrenunció a sataná, a yo nunca via visto semejante pecao!*

- *Pero bueno, roña Esnera, ¿y uté no ve que ér mimo jué que pirió que lo enterraran pobque no piensa comé?*

Respondió uno de los hombres que llevaban a hombros el ataúd.

- *¿Y ese e er problema? ¡No señó!, pue si ese e er problema, yo se la roi, yo le roi la comira y se acabó. Bájelo, bájelo a ve.*

Pero antes de que el pesado ataúd descansara en el suelo, logró salir de él una tenue voz por las hendijas que le habían hecho a escondidas sus hermanos, Sirberio y Anacleto. Claro, esto orquestado por toda la familia, pues estaban seguros de que



Sirilo se arrepentiría de su cometido en la última instancia, al sentir cayendo la tierra sobre él.

- *Y... y... y ¿quién mastica? ¿Ah? ¿quién mastica pue?*

Preguntó el difunto Sirilo.

- *¡Ah, nooo, papacito! –Respondió doña Esneda – A yo se la roi, ¿pero masticásela? ni loca, orvírese re ese tango, eso sí que no.*

- *Aaah, antonce sigan... sigan a ve.*

Se escuchaba desde el ataúd.

Dicho y hecho, siguió el entierro. En realidad, el tramo a recorrer era corto, pues si bien en estos territorios se solían hacer los cementerios fuera de los pueblos, no eran alejados; pero aún así el camino se hizo extenso, sobre todo para los que cargaban el ataúd. Ya habrán escuchado ustedes: “el muerto, cuando consigue quien lo cargue, se vuelve pesado”. Más, por fortuna, aun sin divisar el sitio de la tumba, se encontraron con unos indios que se dirigían al pueblo a intercambiar algunas cosas, como era su costumbre.

29

- *¡Pero mi gente! ¿quién haber muerto, hombre? ¿Usteres por qué no avisar a uno? Nosotros haber veniro a acompañar a usteres.*

Dijo, como medio disgustado, el indio Lucindo.

- *Sirilo, vean, er hijo der viejo Pérez, que la pereza no lo reja comé y pirió que lo enterraran de una ve.*

Dijo alguien.



–Pero ¿cómo? ¿Estar er vivo? ¡Ay hombe, pobrecito, cómo estar de mal!

Respondió Lucindo.

- Hombe mi gente, y usteres pueren créé que roña Esnera le iba a ra la comira ¿y ete sinvebgüenza quiere que se la mastiquen?

Exclamó Cornelia, en tono de indignación.

- Ah, bueno, bueno, estar tranquilos, que eso tener solución. Aquí llevar chicha masticara por mujer virgen re nosotros. Tomar tora la que quiera, y si no querer, aquí llevar comira re lonche. Chaito, india virgen y bonita, le poder masticar plátano maruro con queso, carne re gurre o mazorca re maí asara.

Cosa que no era extraña para los indígenas, pues ellos masticaban algunos alimentos antes para prepararlos. Chaito era la india más hermosa y coquetona, a quien incluso los negros, o libres, como los indios los llamaban, apetecían. Solo que se abstendían de enamorarla porque sabían las consecuencias que esto les traería con todos los indígenas. Fácilmente hasta la muerte.

30

–A yo masticar lo que er querer, pa que no morir. Bajarlo, bajarlo. –Sutilmente dijo la india.

Ante esto, hubo un momento de sosiego, se puede decir que de una alegría intensa, como que si Sirilo hubiera vuelto a la vida. Pero este momento de regocijo fue perturbado en el instante en el que el pesado ataúd descansó sobre el suelo cubierto de hierba, al emerger de allí una tenue voz por las hendidias:

- Y ¿quién traga? ¿quién traga pue?



Sí señor, era la voz de Sirilo, quien se manifestaba con una nueva petición.

- *¡Tragar gusano!, pobque a yo eso sí que no. Orvidarse re eso. India Chaito no arcaguetiar a tí pereza.*

Fue clara y contundente la india con sus palabras, pero mucho más lo fue Sirilo, sentenciando definitivamente:

- *Antonce sigan... sigan, no pebdamo ma tiempo. Entierremen de una ve po tora... ya no joran ma con eto.*

Dicho y hecho, siguió el difunto Sirilo hacia su destino.





El brujo desconocido

Tengo qué decirlo con franqueza. Muchos de los habitantes de Quibdó, la capital del Chocó, discriminaban a sus paisanos campesinos; algo que resultaba inexplicable, porque de alguna manera u otra, ellos procedían de esta condición. Fue precisamente esa concepción peyorativa, la que causó el célebre incidente entre aquel campesino desconocido, cuyo nombre a ciencia cierta nunca se supo, y Maricielo, la joven de quien se dice no ha nacido otra con tanta belleza en el departamento del Chocó.

Era domingo en la mañana, cuando el mencionado campesino caminaba sobre los andenes de la plaza de mercado, entre kioscos repletos de borojós, chontaduros, pescados, plátanos y almirajó. Su ropa, pasada de moda, pantalón de terlenka verde, camisa café de lino burdo, botas pantaneras y el sombrero de cabecinegro, mostraba su origen a leguas. Cuánto más su manera de expresión.

- *Hombe mujé, ícomo ta re hebmosa uté!, pebmítame le beso a yo lo pie.*

Fue el piropo que le soltó a la joven Maricielo, al verla caminar por la acera contraria de la carrera primera, hacia el barrio Niño Jesús, donde, por ese entonces, vivían los dediparados de la capital. Elegante como siempre, con un provocador meneo de caderas, característico de las mujeres afro, acompañado de un gesto de altivez, miraba por sobre los hombros, sintiéndose superior a causa de su belleza.



- *Ve ve, grandísimo mugroso, ¿vo pobqué no buscá tu puesto? Repetame ve ve degenerao ¿cómo te atrevé? buscá tu iguale, que a yo no soy igual a vo. Ete chocha, hombe, dizque venime a recí cosas a mí.*

Fue el sermón que escuchó el campesino por parte de la joven, donde expresaba su descontento por haber recibido tal halago, que para ella más bien resultaba un insulto por venir de un hombre de tan baja condición y, por lo tanto, respondió a aquel como debía.

No se sabe a exactamente de donde había llegado este hombre a vender plátanos, pescado salado, chontaduros y pepenas. Pudo haber sido de Opogodó, Neguá, Churidó, Bagadó o de de cualquiera otro caserío de la región del Atrato; pero los que se dieron cuenta del incidente, decían que este hombre era de Puerto Conto, Bojayá, y que aunque lo conocían desde hace mucho tiempo, no entendían por qué no recordaban su nombre.

33

Por las características mencionadas, y el hecho de la inexplicable amnesia colectiva, a mí se me hace que se trataba del brujo Edmundo Mosquera. Lo que aseguraban era que le había respondido a Maricielo con mucha decencia, pero no para felicitarla.

- *Hombe muchacha, risculpá. A yo no pensé que eto te fuera a caé tan mar. Pero no lo vorverá a hacé. No ma po etá con tu grosería, te van a comé lo gosano en meno re lo que pensá, y eto con tu propio sojo lo va a ve. No ma te rigo eto, pa que repeté.*

Y siguió hacia la orilla del río Atrato, donde los presentes vieron que se embarcó río abajo, fumándose un tabaco.



Algunas de las mujeres que la conocían, sobre todo las viejas, que no tenían nada qué ver con nada para cantarle sus verdades en la cara al que fuera, dizque la amonestaron.

- Ve ve muchacha, eto que acabate re hacé, eto tuvo muy mar hecho. E que ete señó no te rijo nara malo pa que tu viniera a tratelo como un etropajo. Acondutate, acundutate que un día re eto va a pasá tu sofoco, y no ma po etá re artanera.

Maricielo, en tanto, siguió su camino pelándole dientes al doctor, al señor de la tienda y a uno que otro filipichín, que generalmente estaban en las esquinas escuchando salsa, guiñando el ojo y tomando aguardiente, y a quienes la joven consideraba dignos de su atención. Lo que nadie se imaginaba, ni siquiera ella, era que desde ese día en adelante, todo sería diferente.

El lunes, la vieja Julia, abuela de Maricielo y quien la había criado, la despertó con su movedera de trastes y murmullos, que en el silencio de la madrugada se escuchaban casi como gritos.

34

-Ay abuela ¿y uté qué tanto jore con eta cosa? Preguntó Maricielo desde su cama.

- ¿Y e que tu no etas gueliendo? No se sabe en qué cucho e que ta eta rata muebta. Alevantate re esa cama, hombe, a ayurame.

Respondió la vieja, un poco fatigada. De todas maneras pareció que a Maricielo le importó un comino, porque siguió en su cama en profundos respiros. Pero, calentando el sol, comenzó a fastidiarse también con el mal olor. Lo primero que hizo al levantarse fue ir a la paliadera y meterse al baño, porque tenía la zozobra de que para donde iba, el terrible olor la perseguía. Lo mismo comenzó a notar no solo la abuela sino también las moscas.



Y comenzó la angustia de la vieja Julia, porque mucho la consentía... Pero, ¿se pueden imaginar cómo estaba Maricielo? Sobre todo en las horas de la tarde, cuando su piel de seda comenzó a deteriorarse. Qué más quisiera ella que en un cucho por ahí, en algún lado, hubiera una rata descompuesta emanando su nauseabundo hedor. Pero no. La mañana del martes, gran parte del barrio Niño Jesús se encontraba afectado y Maricielo apenas se podía reconocer. No se sabe qué era más trágico, si su situación o su cara de angustia, asombro e indignación.

Claro, todos los habitantes de Quibdó quedaron estupefactos ¿Quién se lo hubiera imaginado? Era sumamente extraño. Y también insoportable. Y así como se expandió la fetidez, también el rumor de que la repentina enfermedad se debía a un maleficio realizado por un brujo que parecía ser del medio Atrato, a quien Maricielo había insultado la mañana del domingo, porque le lanzó un piropo. Sin ninguna otra opción, porque por esos tiempos y lugares a nadie se le ocurrió aplicarle la eutanasia, pues ni conocían esa palabra, entre los más osados, piadosos y desesperados decidieron tomarla como pudieron y llevarla al cementerio; claro, viva aún, pero podrida, y todos se retiraron a sus casas a esperar que muriera, para enterrarla.



La irónica tumba de Edmundo Mosquera

Aunque a ustedes les parezca insólito, a estas alturas de la vida mucha gente en el departamento del Chocó no sabe qué causó la trágica muerte de Edmundo Mosquera. Disculpen, es cierto, si no lo saben aquellos quienes fueron sus parientes, mucho menos ustedes, que viven lejos, que tal vez ni lo conocieron y que, aun estando cerca, están pendientes de todo, menos de la vida ajena.

Pero tómense un receso, pídanse un tinto y, si sufren de gastritis, unas aromáticas de albahaca, hierbabuena, toronjil o limoncillo. Lo importante es que se sientan cómodos, o cómodas, y que, por una vez en la vida, se interesen por lo que sucede, ha sucedido o sucederá. No es bueno vivir así, como si nada les importara. ¿Quién sabe?, este hombre hasta familia de alguno de ustedes sería, y no juzguen por la región del difunto, menos por el apellido, porque Edmundo realmente no era Mosquera, al menos no por el lado de la madre.

Hijo de Anacleta Mena, muchacha que por esos tiempos vivía en la parte central de Puerto Conto, sitio preferido para el arribo de las embarcaciones por la profundidad del río. Aunque, de algún modo, también Anacleta ejercía gran influencia en los marinos para ello. Apetecida desde niña, algo lógico, pues bonita sí era, bueno, aunque de cara no tanto, pero ese cuerpo era una cosa exagerada. Por algo los hombres procuraban, desde el momento en que la conocían, colmarla de detalles, los cuales, en la mayoría de las veces, ni tenían manera de conseguir.



El hecho es que durante toda su preñez se mantuvo callada respecto a quién sería el fulano con quien había intimado; y, como murió en el parto, ese asunto se fue agua abajo, porque... ¡con tanto navegante que transitaba por allí! Por el Atrato constantemente subían y bajaban lanchas, piraguas y balsas. Tengan en cuenta que este río desemboca en el golfo de Urabá y que de allí se puede ir a Medellín, Bogotá, Cartagena, Panamá, Canadá y quién sabe adonde más.

En definitiva se murió Anacleta y todo quedó tapado. Aunque algo rumoraba Damacia, la partera, cuando se emborrachaba tomando biche en esas noches de alegres clarinetes.

- *Ánima der purgatorio. Razón tuvo Dio re habese arrepentiro re habé hecho ar hombre ¿usteres pueren creé que er paire der Ermundo baila entre nosotros? Eta e una trageria hombe, y naire que me riga nara, que ninguno re usteres conoce má cocone que a yo en eta región.*

37

No se confundan. Por si no lo saben, cocón le llamaban los viejos de ese entonces, en todo el Atrato, a la vagina.

He pensado, algunas veces, que hasta razón tendría Damacia en sus borracheras, porque siendo partera, ¿cuántos secretos no le habrán confiado las mujeres en sus dolores de parto? o, como en el caso de Anacleta, en su última agonía. Sin embargo, aunque era una mujer de respeto, aparentemente nadie le prestaba atención a sus comentarios, según el estado en que se encontraba.

- *Veavé hombe Damacia, váyase mejó a dobmí. Deje re ta hablando cosa que no son así.* Le decían.



Pero Damacia seguía hablando como si nada. Para no alargar la historia y llegar al grano, a Edmundo lo crió su abuelo, el viejo Guadalupe Mena, quien le enseñó a pescar sin anzuelo ni atarraya, le enseñó el oficio de la caza sin escopeta, a preparar pócimas para enamorar mujeres y, aunque algunos lo duden, a que hiciera llover cuando le diera la gana. Entre muchas otras cosas, que si les cuento no término. O sea que les estoy hablando es de un brujo, un brujo de alto conocimiento en las ciencias ocultas, un zángano, como le llamaban en la región del Atrato a esos personajes que yo no quiero ni recordar pues ¡hasta escalofrió me da!

Con decirles que Edmundo fue respetado desde la serranía del Baudó hasta el Urabá. Y no solo eso. Tengo entendido que hasta Bogotá iba a hacerles trabajos a políticos y empresarios. Les estoy hablando de unos años después de la muerte del caudillo Jorge Eliecer Gaitán, para que ustedes se ubiquen en qué tiempo ocurrieron estos hechos.

38

Aunque pensándolo bien, no era ni tanto el respeto, porque si todo el mundo sabía quién era Edmundo Mosquera, ¿cómo alguien se atrevía, por ignorante que fuera, a entrar a sus siembras y robarle sus plátanos?

- ¡Mardinga to! Eta si e la tapa re la botella, hombe. Sépalo toro er pueblo: er que me vuerva a cortá mi plátano, no come má, pobque se quera sin lengua, podriro, hata sin oreja. Lo rigo yo, Ermundo Moquera.

Se le oyó sentenciar a Edmundo, porque le robaban sus plátanos.

Todo el pueblo de Bojayá se quedó en silencio, porque él lo gritó a los cuatro vientos, e incluso muchos se fueron del pueblo, dizque a visitar familiares.



He pensado que lo más seguro fue que entre esa gente iba el ladrón. Claro, porque como dicen, “el que no la debe, no la teme”. Además, ¿cuál era la razón de un viaje tan intempestivo, cuando no habían llegado noticias de algún fallecimiento, no era semana santa, tampoco navidad y menos que se hubiera anunciado algún baile de Chirimía en un caserío cercano?

Con los días se fue apaciguado el asunto, pues Edmundo no mencionó una palabra más sobre ello. Un día cualquiera, estando él en Puerto Conto, donde tenía tres mujeres que vivían en la misma casa como si fueran hermanas (amansadas, decía la gente que estaban) llegó la noticia de que se acercaba una lancha. *El Pisisí*, si mal no recuerdo, se llamaba. Era grande, construida en madera y venía desde Cartagena hasta Quibdó, la capital del Chocó.

El mayor comercio en la región lo generaban estas embarcaciones. Se vendía cualquier fruto, tubérculos, arroz pilado, atarrayas, en fin, y además se compraba lo que se necesitaba. Aprovechando el arribo de la embarcación, Edmundo se puso sus botas, su camisa de monte, se aseguró el pantalón con un trozo de bejuco de Pitigua y se montó en la cabeza su sombrero de iraca.

- *¡Ah, carajo mi gente! ¿Cómo e que a yo tengo la cabeza, hombe? ¡Uvertina, Uvertina, pasame er machete!*

Dijo ya en el patio, a una de sus mujeres.

- *Monten la comira que no remoro. Voy a cortá un plátano pa vendé en la lancha.*

Cuentan los que conocieron el platanal de Edmundo Mosquera, que en toda la entrada habían unas matas de plátano que al verlas le aguaban la boca a cualquiera. Es que eran pero bien bonitas y sobresalían ¡una tentación! La gente no se atrevía a



decirle nada, porque, no crea, no olvidaban quien era él. Bueno, el caso es que Edmundo entró en su platanal y, como era de él, sin tener reparos tomó uno de esos racimos provocativos y le metió el machete.

Los que vieron o escucharon, pensaron que Edmundo se había cortado o que alguna de esas serpientes venenosas lo había atacado. Pero conociendo la naturaleza del gran Edmundo, era poco probable que sufriera un incidente tan predecible. Ese tipo sabía demasiado. Sin embargo, algo grave le había sucedido.

- *Várgame Dio, me jorí, me jorí hombe.*

Y al instante cayó, en medio de lamentos.

- *¡Aaay, aaay, aaay...*

Al instante llegaron los vecinos y la gente que trabajaba por ahí, porque en esa zona había muchos platanales y los gritos de Edmundo llamaron la atención. Comenzaron entonces a surgir conjeturas.

- *Veavé, eso e un derrame, hombe.* Decía Agustín Palacios.

- *Caramba, pero pa eso grito, tiene qué tratase re otra cosa. Mínimo se mojó acalorao y no taba preparao.* Decía Zotela, la vieja hierbatera.

En fin, cargado en hamaca sacaron a Edmundo hasta su casa, donde empeoró la cosa, pues ya era una piquiña por todo el cuerpo y hasta le tuvieron que quitar la ropa, lo que parecía peor. Se corrió la voz, llegaron otros brujos reconocidos, curanderos, rezanderos de novenas. Alarmado todo el pueblo. Y es que era una cosa que nadie se esperaba, no con Edmundo.



De repente, a eso de las seis de la tarde llegó a toda prisa el viejo Bonifacio Mosquera, quien sobrepasaba los cien años, pero aún era un hombre completamente vital, lo que no era extraño, pues esos viejos duraban mucho. Ah, se me olvidaba, de ahí el apellido, del padrino, quien decidió el día del bautismo darlo a Edmundo como su primer obsequio. Noble gesto, y eso que por ese entonces los bautismos eran con agua, donde dos personajes, hombre y mujer, rezaban unos padrenuestros, bendecían el agua, cogían al muchacho y se la echaban en la cabeza. En ese entonces no veía usted un sacerdote por allá.

- *Ermundo, mijo, antonce ¿qué fue que le pasó a uté, hombe?*

Las figuras del padrino y la madrina eran respetadas; hasta los brujos los tenían en la mayor consideración, a tal punto que si una persona, en su condición de ahijado, se encontraba con uno de ellos, en el sitio que fuera, tenía qué venerarle, pedirle la bendición, besarle la mano y arrodillarse ante ellos. Y Edmundo, por más brujo que fuera, y ya con sus años, no era la excepción.

- *Bendición pairino. Aaay, sí a yo le contara hombe mi trageira.*

Fue lo único que alcanzaron a escuchar los que estaban en la casa. Todos los presentes salieron de la habitación, incluyendo las mujeres de Edmundo. Así que se formó el murmullo en los patios, en las cocinas y hasta tiempo de preparar café hubo, porque la conversación de Edmundo con el viejo Bonifacio parecía una confesión de mil pecados. Eran eso de las doce de la noche cuando el viejo salió de la habitación y se fue de la casa sin pronunciar palabra, porque ni café quiso recibir. Nadie se atrevió a preguntarle nada, ni a buscarlo más para el asunto, porque después de su partida Edmundo empeoró, con decir que en el pueblo nadie durmió.



Muy temprano, al otro día, fueron llegando diferentes yerbateros, incluyendo a Zotela. Cada uno de ellos daba por hecho la mejoría, pero al caer el día ninguna de las pócimas hizo efecto. Luego fueron llegando los brujos amigos del enfermo, y esto ya era hablar de una cosa mayor, porque así como ellos sabían hacer el mal, también sabían cómo curar cualquier enfermedad. Se reunieron todos a debatir el caso, ya que Edmundo no quería hablar. Al final, concluyó uno de ellos:

- *Vean ve, no se priocupen usteres. Mi pariente se cura solo.*

Y es que, al no encontrar la solución, como le tenían confianza, dejaron la cura a su disposición. Sin embargo, Edmundo no duró mucho. En sus últimos días, brujos, yerbateros, mujeres y noveleros se fueron retirando de la casa; y no era para menos, pues la fetidez era insoportable. Edmundo, el brujo, estaba podrido en vida. Se le salió la lengua, se le pudrieron las orejas, las piernas, la mano derecha... no, no, para qué les cuento. Esto fue muy penoso, tan penoso que lo mejor que le sucedió fue la muerte.

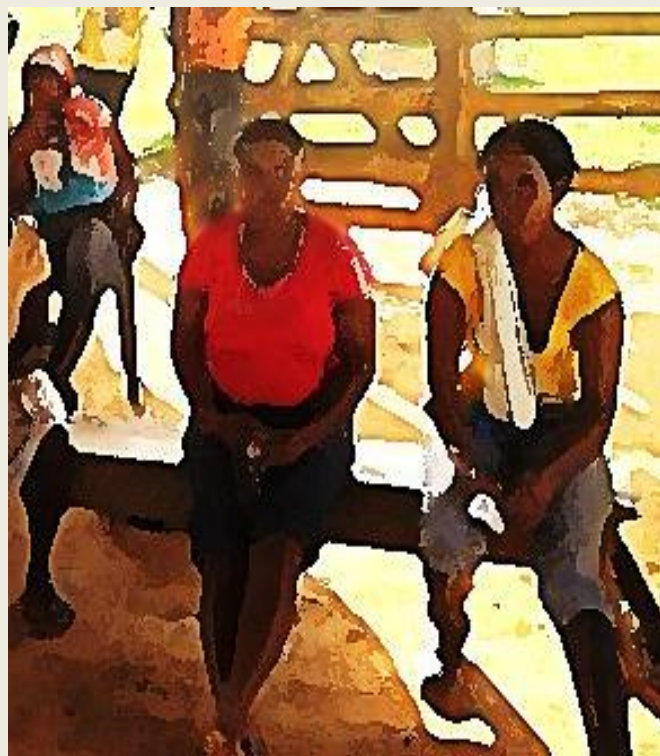
42

Solo hasta la noche del velorio, que se hizo en el cementerio con Edmundo ya en el hueco, el viejo Bonifacio habló, en medio de los cantos de alabao y sumido en llanto.

- *Aaay Dio mío, Dio mío, que la mardá e mala ¿cómo er hombre e víctima re su propio invento? Y sin poré yo hacé nara, hombe. Ete era un maleficio anurao, ahí no había nara, narita qué hacé. Ermundito, mijo, me ha rejar solo, ay Ermundo mijo. Nunca te pure cumplí, Ermundo mijo.*



Después de todo, se dio a conocer que Edmundo había caído en su propio maleficio y que tal vez Damacia, la partera, en medio de sus borracheras, tenía toda la razón.





Hijo de tigre sale pintado

Lo más seguro es que ya conozcan la fama que tiene esa región del Chocó no solo por sus ríos, el oro, la música, la vegetación. Ah, y también por más de un político corrupto. Pero bueno, destaquemos también a las mujeres, por ejemplo, porque hasta reina de belleza ha surgido de esa selva, por lo que la gente no deja de preguntarse qué es lo que tienen esas tierras.

Una de las cosas que causa intriga es el caso de la hechicería. Uno sabe que la gente lo comenta en voz baja y quisieran saber más sobre el asunto. ¿Para qué ocultarles la verdad?, no olviden que estas tierras son habitadas por comunidades indígenas, que han vivido en un prolongado aislamiento. Pero principalmente esta región fue poblada por descendientes de africanos y, sin duda, mucho de allá debieron traer aquellos, nuestros abuelos. Así, no es de extrañar que todavía sea posible encontrar en la cabecera de uno de esos ríos, llámese Neguá, Opogodó o Samurindó, algún personaje conocedor de ciencias ocultas, porque es que estas cosas, de alguna manera, se van transmitiendo de generación en generación.

A propósito, no sé si ustedes han escuchado de un tal Edmundo Mosquera, un tipo que fue de renombre en todo el país. Precisamente él era de la región del Chocó, de Bojayá, donde algunos años hubo una masacre perpetrada por guerrilleros y paramilitares, en la que los primeros, cazando a los segundos, dinamitaron la iglesia repleta de pobladores que se refugiaron allí, y mataron a muchos más. Bueno,



ustedes habrán de recordar y si no, quedó gente viva de este suceso, algunos amputados, quemados, huérfanos, quienes pueden dar testimonio de estos hechos. Yo creo que si en ese entonces hubiera existido allí un brujo como los de antes, tal tragedia no llega a ocurrir.

¿Qué era lo que les iba a decir?... se me olvidó... Ah, sí, que este señor Edmundo, de tantos hijos que tuvo con diferentes mujeres, hubo uno llamado Doroteo, quien le aprendió algunas cosas, porque desde pequeño el muchacho demostró gran interés por la hechicería. Cuentan que a los doce años ya ponía madreaguas, embrujo con el que se ahogaba hasta los peces del río, así que de ese difícilmente alguien se salvaba.

Después de la muerte del papá, el muchacho comenzó a sacar las uñas. Nadie sabe por qué motivo Doroteo odiaba tanto a Florencio, el tercero de los hermanos, y eso que eran hermanos de padre y madre, lo que hacía el hecho inusual, porque por esta región en algunas familias se daba un distanciamiento pero entre medios hermanos. Los muchachos que crecieron con ellos dicen que era por el fútbol, porque ambos eran porteros y Florencio era mejor; quien sabe qué sabía, lo cierto es que nadie nunca dizque le anotó un gol.

45

Si las cosas no pasaron a mayores fue por la intervención de la vieja Licensia, la mamá y una de las tres mujeres que Edmundo tuvo en la misma casa viviendo como hermanas. Este tipo Doroteo era un diablo. Si es que aun existe debe estar muy viejo, porque cuando lo conocí, yo no tenía más de dieciséis años y él ya era un hombre hecho y derecho, con pelo en el pecho, que no retiraba lo dicho.

Recuerdo como si fuera ayer, y es que ¿cómo se me va a olvidar?, la tarde en que llegó a la casa de mis abuelos preguntando:



– *¿Quién re usteres tiene hambre? Pobque le voya ra Chontaruro.*

Ante esta expresión, la vieja Cornelia, quien pescaba sardinas al frente de la casa, le contestó:

– *Vea ve Doroteo ¿ute e que no respeta? ¿ute cre que una gente sin armorzá... pa que ute venga a jugá? ¿Quién le ha richo a ute que tamó en cosecha re Chontaruro?*

Doroteo sonrió.

– *¡Carajo! er que no sabe e como er que no ve.*

Tomó una vasija de Totumo y, acercándose a la orilla del río, la sumergió en el agua, hasta que su codo se tapó. Al sacarla, en ella no cabía un Chontaduro más, calienticos todos, que hasta yo comí.

46

– *¡Eto e paqué sepan quién soy yo, carajo! y paque toro er mundo me repete. Connigo narie juega. A yo soy Doroteo Mojquera.*

Al ver esto todos los presentes se quedaron callados y no sabían si quedarse o retirarse. Después de un rato de la hazaña de los Chontaduros, el ambiente se puso tenso, porque llegó Licenia, con Florencio, buscando al viejo Máximo Pérez, el marido de Cornelia.

Claro, como Doroteo no gustaba de su hermano, exclamó:

– *¡Sólo eto fartaba! Mi gente, a yo me voy.*

Y como era de esperar, Licenia intervino en el acto.



– Ve ve Doroteo ¿y ete muchacho que te ta haciendo a vo? ¡Carajo que er diablo tienta!

Enseguida cambió la conversación.

– Másimo ¿cómo tás? Me han richo que mañana va pa Quirdó a vendé plátano y armirajo. Ve ve, haceme un favó, traeme do pare re bota, pa ete muchacho – refiriéndose a Florencio – y pa yo, de esa marca buena que usteres usan. Ah, y no te orvirés, que etas sean re la mínma talla, que Flocho y a yo tenemo er mio pie.

Licenia, sin esperanza alguna de que su hijo Doroteo hiciera aunque fuese el más mínimo esfuerzo por ayudarla en las labores del hogar, y ante su precaria situación económica, consideró un gasto inútil encargar para él otro par de botas ¿Para qué? si no las usaría.

Doroteo, con disgusto evidente, tomó el canalete, se montó en su piragua y se fue al otro lado del río, donde vivían los indígenas, que por cierto en esas cuestiones de sabiduría oscura no se quedaban atrás, solo que eran más reservados. Pero que sabían, sabían, y por eso Doroteo procuraba meterse entre ellos. Cosa difícil, porque esta gente sus secretos no los revelaban, eran celosos, desconfiados y mucho más con un tipo como este, que se le notaba por encima la maldad.

Más tarde Máximo, de regreso del pueblo, dejó en casa de Licenia los dos pares de botas, no sin antes reafirmar hasta el más mínimo detalle.

– Ve ve eta muje, aquí tan tu bota. Y mirá tu revuelta.

- Ay, Másimo, que mi Dio te lo pague, pobque a yo como ando etos días... hum... quien sabe.



Ya en la noche Licensia, en medio de un murmullo mientras cocinaba un tapado de Bochachico para la cena, al parecer pensaba en voz alta cosas del pasado. Exclamó:

– *Vean ve, en eto día se pasan po la siembra re Borojó a limpiá tora etas mata, hombe, vean, eso debe ta amontao, una gente tanto tiempo sin di poallá.*

Doroteo, ofendidísimo, ahora más porque su madre no le encargó botas para ponerse, respondió lleno de rencor y en tono alterado:

– *¿A yo? a yo no voy a di poallá, a yo no tengo bota, así que no se atenga. A yo no voy a buca que me muebda alguna culebra.*

– *Ve ve ete muchacho... A yo sé que con vo no puero contá.*

Y siguió en su murmullo, cosa que hacía con mucha frecuencia.

Llegado el lunes, nadie logró trabajar ni en el campo ni en el río, porque desde el domingo comenzó un fuerte aguacero; los que pudieron adelantar algo fueron los tejedores de atarrayas, que trabajaron dentro de sus casas. El día martes la vieja Licensia madrugó más que de costumbre. Por un momento pensó, mientras preparaba el café, que Doroteo había decidido ir a la siembra de Borojó, pues le pareció sentir que buscaba las botas. Sin embargo, la ilusión se desvaneció porque Doroteo salió de la casa sin siquiera tomar el tinto. De todas maneras Licensia no dijo nada, o tal vez sí, porque siguió murmurando mientras preparaba el lonche.

Ya de salida, Florencio, algo confundido, tomó un par de las botas nuevas que su madre le había encargado a Máximo.

–*Mamá ¿y cuale son su bota?*



*-Vo no ta viendo que eso e lo mismo, de la misma marca y er mismo tamaño?
Dame a ve esa que tené en la mano.*

Preparando todo se calzaron y se fueron juntos al cultivo de Borojó. En el camino Licenia le comentaba al hijo que no entendía porqué Doroteo era de tan mal proceder.

- Ete e la mimita cosa que er papá- Concluyó.

Y terminó inmersa en cosas de su pasado. Fue extraño que Licenia comenzara a sentirse mal al estar trabajando en la siembra de Borojó, pues no era una mujer de achaques. Con decir que en sus últimos cincuenta años no le había dado ni gripa, a pesar de que fumaba tabaco calado, que desde la muerte de su marido había trabajado duramente para levantar a sus hijos completamente sola y que, si a su hija le dio la arrechera de irse de la casa a temprana edad, no fue porque le pesara.

49

Por suerte iba con su hijo quien, angustiado, alcanzó a llevarla casi cargada hasta la casa. Llamó curanderos, quienes intentaron darle bebedizos, pero ya a la vieja no le pasaba nada ¿Quién lo iba a pensar? la vieja Licenia no logró llegar a la tarde, porque eso fue dolor en los huesos, fiebre, sangre por los poros, vómito y hasta ciega se quedó en los últimos instantes; una mujer de esas que enhebraba agujas en la oscuridad y lograba distinguir las personas a largas distancias.

Fue una sorpresa para todos tan repentina enfermedad y muerte posterior. La más afectada parecía ser Filomena, la hija de la finada, quien había cogido su marido a la edad de doce años y se había ido de la casa mientras todos dormían. Gritaba desesperada y se desmayaba con tanta frecuencia que por un momento pensaron que también se había ido para siempre. De todas maneras siguieron los preparativos



del desafortunado evento. A la finada la velaron en la casa de Máximo Pérez, pues era espaciosa como ninguna y el afecto que se tenían las familias que habitaban el pueblo era grande.

¿Se pueden imaginar? todo el pueblo reunido, porque así se hacía cuando alguna persona fallecía. Alguien dijo, no recuerdo quien, después del rezo, en ese receso que se tomaban los acompañantes para tomar café, comer pan, jugar dominó, cartas y hablar en voz baja:

– *Hombe, mi gente, verdararamente que Doroteo e brujo. En la casa lo rijo, que en eto día iba a ve un muebto, ¿pero quién iba a sabé, hombe, que iba a se su propia maire?*

Casi que lo interrumpió alguien:

– *¡Allá viene, allá viene Doroteo!, ay hombe, pobrecito, no tiene consuelo.*

50

Doroteo, quien como de costumbre, había salido muy de mañana, nunca se sabía a dónde ni a qué, y apenas se enteraba de la terrible noticia. Al entrar, se aferró al ataúd y en amargo llanto gritaba:

- *Ay hombe, ay hombe ¿Quién supiera... quién supiera? naire e arivino, que equivocación vágame Dio.*

Un absoluto y prolongado silencio de puro espanto se apoderó de la casa entera. Todos lo entendieron de inmediato. Doroteo Mosquera había echado un maleficio a las botas de su hermano y ya pueden ver en lo que terminó su maldad. Florencio, por su parte, salió de la casa, sumido en el dolor y como nunca antes quedó preso por el miedo, todos los sentimientos lo empujaban a desaparecer para jamás volver.





Eusebio Palomeque terminó pagando lo que no debía

Eusebio Palomeque llegó a Bojayá el día de la última novena de la finada Licenia, quien, no sé si lo sepan, fue víctima de Doroteo, su propio hijo, perpetrador de un plan macabro contra su hermano y quien por cosas de la vida, o del diablo tal vez, terminó llevando a su vieja a la tumba. Eusebio se había ido hacía un par de años, dizque a trabajar a las bananeras de Urabá, aunque en cartas que enviaba a la vieja Zotela, su mamá, mencionaba unos viajes al exterior y unas aventuras que, a decir verdad, nunca le creí, porque ¿cómo es que un tipo tan conocedor va llegar a su casa prácticamente con una mano adelante y otra atrás?

52

Además, todos en el Atrato sabían que Eusebio era un filipichín que antes de irse se mantenía por todos los caseríos tomando biche, jugando cartas, dominó y enamorando muchachas. Poco le gustó el trabajo porque, según él, no había nacido para trabajar y soñaba a diario con grandes riquezas. No se sabe cómo las iría a conseguir, porque a duras penas aprendió a escribir, y no fue a causa de la pobreza, porque su papá, un marinero de gran habilidad y disposición con su familia, se cansó de rogarle para que enderezara su camino.

A pesar de que la vieja Zotela no lo dejó llegar para ponerlo al tanto de todas las tragedias y de cuales amistades podrían perjudicarlo, ya que las cosas no estaban tan



armoniosas como antes, Eusebio se fue involucrando con Doroteo, quien, en la madrugada, cuando levantaron la tumba de la difunta, juró:

- *Pob mi maire, que etá en er cementerio, que er culpabre re eto me la va a pagá.*

Refiriéndose a su hermano Florencio, porque asumía que, como no lo había logrado matar con el maleficio que le echó en las botas que se puso la difunta, él era el culpable de todo el desastre. Este tipo de brujería que se echaba en el calzado de la persona o donde ella pisaba, la llamaban *la cogida del rastro*.

Eusebio estaba recostado a una de las vigas de la casa del viejo Máximo Pérez, donde Licensia fue velada y, hablando más duro que Doroteo, exclamó:

- *Pariente, lo acompaño en su roló y en su pbopósito. A yo sé lo que ta sintiendo ¿qué no he viviro yo?*

A Zotela, la yerbatera, le dio un patatús dizque por el dolor de la despedida a la difunta. Me imagino que alguien tuvo qué percatarse de que más bien tenía qué ver con la imprudencia de su hijo. Corrieron a cogerla, le echaron aire con pepenas, le tiraron alcohol, le movieron los brazos, hasta que fue volviendo en sí. Según ella, no sabía dónde estaba, ni se acordaba de nada.

-*Ay hombe... mi comaire... mi comaire.* Gritó cuando, supuestamente, la memoria le volvió.

Después de la última novena, esa despedida que se le da al difunto para siempre, quedaba una calma triste, que fue propicia para el cuchicheo respecto a la expresión de Eusebio y de cómo andaba para arriba y para abajo tomando biche con Doroteo. Y tenía toda la razón Zotela de estar tan mal, pues lo que ustedes no



saben es que años atrás Doroteo había intentado despedir de este mundo a Eusebio con un trago preparado, y todo porque pretendía a Filomena, su hermana, y a él no le gustaba el tipo como cuñado.

Se salvó por pura casualidad. Estaban en una de esas parrandas de chirimía que hacían en las calles, tomando biche y Platino, un buen aguardiente producido por la fábrica de licores del Chocó, en Quibdó, la capital. No me pregunten por eso, pues como todo lo de allá, se acabó. El caso es que estando Eusebio recostado en una silla de esas que hacían con cuero de vaca, dormitando, con la cara hacia el río Atrato, aprovechó Doroteo y fue a su casa a preparar una pócima de esas que solo él conocía y, claro, utilizó un trago de Platino, pues era fijo que ningún tomador en el pueblo lo rechazaba.

Sucedió que en ese lapso de tiempo se levantó Eusebio a orinar y en la bendita silla se sentó en la misma posición Silvino, primo de Doroteo, también vestido de camisa blanca. Cuando Doroteo llega con el trago se le fue por detrás y le dijo:

- *Hombe ivo te ta e dubmiendo! Tomá ete trago pa que despebté.*

Estaban en la mera penumbra, porque por esos tiempos y lugares, por no haber energía eléctrica, en las noches se alumbraban con mechones de petróleo o velas, lo que dificultaba casi siempre distinguir con claridad a quien se saludaba. Así pues, más que por la visión, era por la voz de la persona como se lo identificaba.

El inocente, sin advertir en la invitación más que un amable gesto de su primo, a quien de inmediato reconoció, extendió la mano, sin mirar siquiera y se tomó el trago de aguardiente. Cuando volteó a devolver la copa se miraron, él muy tranquilo todavía, porque se trataba de su primazo.



- ¡Ay primoroso, lo jorí... ete trago no era pa ute, eto era pa Usebio, hombe, me confundí!

En el instante la fiesta se acabó, porque Silvino de ahí en adelante no tuvo vida. Apenas habían desbaratado la tumba de la difunta Licenia, cuando Florencio se fue del pueblo, con todo y mujer, Dorolina me parece que se llamaba, quien se había mantenido al margen de todo y por eso no la había mencionado. De todas maneras él era su marido, así que se fueron huyendo de la mala hora, porque Doroteo estaba empeinado en cumplir con su propósito, lo que mantenía a Florencio durmiendo con un ojo abierto y otro cerrado.

Ellos se fueron al Baudó, pero por allá como que les fue mal porque a los pocos días alguien los vio en el Bajo Atrato. Había rumores de que andaban en Bellavista, en Napipí, en Riosucio, en Tumaradó y que finalmente se habían radicado en Montaña. Pero al fin de cuentas, nada de eso era seguro, sobre todo porque no aparecía por ningún lado el supuesto fulano que había visto a los dos cristianos.

55

Después de un tiempo, a Doroteo se le ocurrió mandar a matar a Florencio, para lo que sonsacó a Eusebio proponiéndole una paga y que, además, le amarraba a una mujer que había conocido en las bananeras de Urabá; en Chigorodó, para ser precisos.

- Vea Usebio, no se priocupe pob nara. Lleve eta toma, sonsáquelo a bebé aguabdiante y se la ra. E que si yo hubiera aprendiro a matá con tábano, como mi paire, ya se hubiera joriro.



Y es que, según cuentan, Edmundo Mosquera, su padre, mandaba insectos de un lugar a otro para que acabaran con sus enemigos, y con solo una picadura bastaba para ello.

Trato hecho, arrancó Eusebio de pueblo en pueblo. Después de una extensa búsqueda, se internó por el río Murindó, donde, después de mucho cavilar, concluyó que por aspectos geográficos era el sitio más seguro para encontrar a Florencio Mosquera. Sin embargo, después de días de búsqueda, nadie le supo dar razón de él. Quiso devolverse, pero fue entonces cuando decidió subir por el río Montaña, y al llegar a ese famoso remolino llamado La Juliana, divisó unos ranchos de bahareque y techo de paja, donde había una gente tomando biche y comiendo carne de marrano.

Antes de Eusebio arrimar la canoa (por aquellos tiempos era raro que se usaran embarcaciones a motor y la mayor parte de las personas se desplazaba en rústicas piraguas a fuerza de canaleta) alguien le dijo:

56

- *¡Pariente! ¿pa onde va? cuénteme su male, que su dolencia me lastiman. Los male compartiro, cuando no se curan, se alivian.*

- *Pue yo aquí, pariente, en búquera re un señó Florencio Mojquera y su mujé Dorolina.* Respondió Eusebio al arrimar la piragua.

Uno de los presentes, de nombre Narciso y tío de Dorolina, le contestó muy amablemente.

- *Hombe pariente, no lo conocemo, pero ya ta tarde, así que epere yo me tomo un trago y ute también tómese uno, coma argo, hombe, que luego no vamo po ahí ma arriba y tar ve temine su búquera.*



El sol marcaba eso de las tres de la tarde. Por si no lo sabían, era costumbre mirar la hora con la propia sombra. Siguió la bebeta, la comida de marrano, charla va, charla viene y, en medio de la euforia, surgió la pregunta:

- *Pariente, ¿y... ute como pa qué bucala al Florencio Mojquera?*

- *Vea, hombe, e que me han encomendaro una misión, pero piebdan cuiraro, incapá sería yo. Florencio Mojquera e mi amigo re infancia. Resurta y sucere que en eta mochila tengo un veneno, un embrujo prepararo po su propio hebmano, pa que vean usteres que er diablo tienta a quien no rebe.*

De repente, no se sabe de dónde, salió Florencio:

- *¡Eusebio, carajo!*

Entonces Eusebio sacó el frasco de la mochila y lo arrojó al río Montaña, matando quien sabe a cuántos peces, porque enseguida flotaron por cantidades, completamente tiesos. Y todo fue llanto y abrazos, prolongándose la parranda hasta el amanecer. Eusebio se quedó allí todo el día, pasando el guayabo, tomando sancocho de gallina, guarapo de caña y bebida de sauco. Al día siguiente salió, muy de madrugada, con su lonche listo para bogar tres días, que era lo que duraba el viaje a canalete de Montaña a Puerto Conto, Bojayá, donde esperaba ansioso Doroteo la noticia del deceso. Al verlo, no lo dejó ni llegar.

- *¿Listo er trabajo?* Preguntó Doroteo.

- *Puere ute ta tranquilo pariente. Eso ya e cosa der pasaro.* Respondió Eusebio.

Ese día se metieron una borrachera de señor y padre nuestro. Durante todo el tiempo se mencionaron hazañas del uno y el otro, esos días hasta planes de



compadrazgo hubo. Doroteo entonces le pagó lo acordado y solo quedó en vermos lo de la mujer, lo cual tomaba algunos días mientras el maranguango hacía el efecto necesario.

Pasó el tiempo y como al fin y al cabo Doroteo brujo era, nadie sabe cómo se dio cuenta que su hermano seguía con vida. Bueno, que ni difícil era, porque al no llegar noticia de ningún fallecimiento, sabiendo que esas cosas en el Atrato se sabían como trueno en aguacero.

- *Mardinga to, hombe. Ete me la va a pagá.*

Así que compró unas botellas de aguardiente Platino.

- *Pariente, vamo a tomá. Hoy e er día. Le voya acomorá la hembra y mañana va a ta ute acostarito con su mujé.*

58

No se sabe si era que Eusebio sospechaba algo o de verdad estaba indispuesto, porque un tipo tan tomador era extraño que despreciara la invitación.

- *Hombe pariente, yo que toy como joriro, como con un malestá.*

Pero el otro insistía, mostrándose contento y muy dispuesto.

- *¡Carajo! ¿Pero qué e que le sucere? ¿Cómo se le ocurre depreciamé a yo?*
Reclamó Doroteo.

- *Hombe pariente, lo que pasa e que a yo como que me ruele un diente.* Se justificó Eusebio.



Sin embargo, ante la insistencia, comenzó la fiesta. Ya en la parranda se fueron los dolores y el malestar, y todo era baile, gritos, abrazos y hasta llantos de amistad. Pero no se sabe en qué momento Eusebio comenzó a sentirse mal en realidad.

- *Carajo, que a yo no puero como respirá. Se quejó.*

- *Pariente ¿pero qué será? Tómese otro pa que le pase re una ve er mar. Le aconsejó Doroteo.*

- *Pariente, la cosa ta seria, me siento mar, a yo como que voy a vomitá.*

- *Hombe pariente ¿y qué será pue?* Preguntó finalmente Doroteo.

Y no fue cuento. Eusebio comenzó a botar sangre por poros y nariz, a revolcarse en el suelo y a llorar. Ni la mamá, la vieja Zotela, quien, como saben, era curandera, lo pudo salvar. Aún no se había muerto cuando Doroteo, parándose de la mesa, exclamó como para que todo el mundo lo oyera:

- *Ahí tiene. Queramos en un compromiso y me fartó a su palabra. Con yo narie juega, a yo me respetan, a yo soy Doroteo Mojquera.*

No se pregunten por autoridades, porque hasta el día de hoy, de éstas por allá no se sabe.





El indio Lucindo es inocente de esa muerte

Aunque el territorio Chocoano ha sido compartido por indígenas y afrodescendientes, no se puede decir que mantienen una estrecha relación. Los primeros siempre han mantenido un círculo cerrado en sus comunidades, hasta el punto que algunas no permiten casamiento de sus mujeres con personas ajenas a ellos. Los afrodescendientes, por su parte, en ocasiones sueltan un tinte discriminatorio cuando se refieren a los Cholos, como se les llama a los nativos en algunas zonas del Chocó.

61

Lucindo Simawei era un indígena de respeto en toda la zona del Chocó. Sus hazañas le habían dado gran popularidad e incluso los brujos afrodescendientes le guardaban respeto. Lucindo viajaba por todo el Chocó sin necesidad de utilizar piragua, pues muchas veces lo vieron caminando no solo sobre las aguas del río Atrato sino también del Andágueda y del San Juan, ríos bastante caudalosos que incluso en embarcaciones se hacen difícil navegar.

Un día prácticamente resucitó al hijo de Ceferino, el músico de Puerto Conto, cuando casi se lo llevan las lombrices. Dicen que eso fue una cosa tenebrosa, porque lo vieron por todo el pueblo invocando sus ancestros y peleando con la muerte, hasta que el muchacho estuvo en pie. Es que Lucindo era de los que se



metían al agua y salían secos, con eso lo digo todo. No mencionaré tantas otras de sus hazañas, pues no es necesario traerlas a colación.

Pero la gran amistad entre Lucindo Simawei y Agapito Palomeque, siendo el primero indígena y el segundo negro o afrodescendiente, no se había forjado por causa de admiración o impresiones por las proezas que todos conocían. Todo lo contrario. Desde la infancia, muchas cosas estos dos hombres compartían, cosa que muchos desconocían y por eso no entendían muy bien qué los unía.

De otro lado, llamaba la atención que siendo de diferentes etnias, pudiera haber entre ellos tanto afecto. Según testimonio de ambos, sus abuelos mantenían también una gran amistad y contaban que en el pasado indígenas y afrodescendientes hacían alianzas para librarse de aquellos hombres de barba y piel blanca, quienes les obligaban a trabajar sin paga y les azotaban sin piedad.

62

De ahí que se tuvieran como hermanos. Agapito se iba a la comunidad Embera Katío, compartía fiestas, rituales, hablaba su dialecto, comía con ellos, como pocos afrodescendientes ¡Hasta tomaba la chicha que preparaban!, pues en general se sentía mucha repugnancia por aquella bebida, debido a que el maíz para la chicha, después de ablandado al fuego, era masticado para la cocción final, siempre por una indígena señorita o por la más veterana.

De igual manera Lucindo y su familia entraban a la casa de Agapito como si fuera la suya; se sentían muy cómodos no solo por la amistad sino también por el espacio, donde llegaban y tiraban sus esteras y corotos sin problema alguno. La casa, la más grande de Puerto Conto, había sido heredada por Agapito de su abuelo, el viejo Pedro Palomeque, quien, junto con Máximo Pérez, fueron fundadores de este caserío, y a Lucindo le recordaba momentos de su infancia.



Incluso de estas cosas hablaban un día, mientras tomaban tinto en el largo corredor, cuando llegaron unos muchachos llorando.

- *Ay hombre señó, se muere mi maire, se ahoga con un gueso atravesaro en la garganta... ayúrela po favó... ay mi maire, mi maire.*

Lucindo se levantó con mucha tranquilidad y, mirando la taza de café, murmuró entre dientes:

- *Eto le ha pasaro po está re mezquina y garga. No fuera po lo muchachito la rejaba que se hogara.*

Y Agapito le dijo:

- *Vaya hombre, vaya, que eta e Cecilia, la re lo cañosale.*

Después de haber desatragantado a la mujer, Lucindo, caminando por sus siembras, notó que alguien le estaba robando las piñas de su cultivo, que conservaba con mucho recelo para hacer el guarapo que tanto le gustaba, sobre todo durante el fin de año. Claro, el disgusto fue evidente, pero en lugar de ir a su casa, fue en busca de Agapito, para contarle el incidente y de paso seguir hablando de cosas pendientes.

- *Hey, er compa, ¿tu creer que arguien robarme piña a yo?*

- *¿Cómo, pariente? Eto si e un abuso re la gente ¿Pero quién, hombre, si en ete pueblo no hay ladrón?*

- *Er compa, lo único que rigo e que er que me ta robando a yo, si sigue en eto se va a joré.*



Y siguieron hablando de otras cosas, de tumba de montes, de siembras, de pescas y de la enferma. Ya en la tardecita, despidiéndose Lucindo, vuelve a mencionar:

- Er compa, lo único que rigo e que er que me ta robando ayo, si sigue en eto se va a joré.

Agapito, tratando de tranquilizarlo, le dijo:

- Hombe pariente, no le pare bola a eso. Ma tiene Dio que ra, que er diablo qué quitá. Me salura a toros poallá.

Y Lucindo se marchó entre disgustado y contento.

Agapito se encargó de regar la noticia del robo en todo Puerto Conto, reiterando:

- Eto e muy raro... eto e muy raro... aquí toro er mundo se conoce.

64

Y es que, por esos tiempos, la gente hasta dormía con las puertas abiertas. No era probable que muchacho alguno cometiera un acto semejante, porque él sabía lo que le esperaba: cuántas pisas con el rejo de cuero de vaca, castigos de rodilla sobre granos de maíz, trabajo obligado para pagar el daño y la vergüenza pública, que de seguro no se haría esperar.

Esta cizaña hizo que la gente comenzara a juzgar, entre murmullos, a los antioqueños, unos paisas que estaban hospedados en la tienda de Agustín Palacios, quienes habían entrado a Bojayá por los lados de Bajirá, con el fin de aserrar madera, recomendados por don Liberato, el mayor de la familia Mena, dedicado hacía muchos años al comercio de ropa usada. Ahora que lo mencionamos, cabe anotar que don Liberato cada seis meses revolucionaba a todo Bojayá tras llegar de Medellín con esas prendas de tan alta calidad.



Esa misma semana, el jueves en la mañana, mientras los paisas se preparaban para ir a cortar madera, la vieja Esneda, aprovechando que había muchas mujeres preparando sus manducos para el oficio de la lavandería, bajó a la orilla del río supuestamente dizque a lavar.

- *Hombe mi gente, quien sabe quien e que ta robando, y e que e bien raro, pobque aquí nunca había llegaro extraño.* Lanzó la sátira.

- *Oiga doña ¿usted que insinúa pues? Nosotros somos gente trabajadora.*

Le respondió uno de los paisas, de apellido González.

- *Ay no mijo, a yo no lo rigo po usteres. Eso tarve e argún tigre er que ta robando.*

- *Aaavemaría pues, yo no sabía que ese animal comía piña.* Le respondió el paisa.

- *Ve mijo ¿ute que va a sabé?*

Con el comentario, los antioqueños sabían que los estaban juzgando. Sin embargo, siguieron en su trabajo.

Ya el domingo, día de descanso, Lucindo llegó donde Agapito muy temprano.

- *Er compa ¿Cómo amanecer tu hombe?*

- *Bien pariente. Ha madrugaro ute.*

- *Sí er compa, po ahí andar yo preparando la siembra.*

A pesar de los rumores que sindicaban a los paisas del robo, por alguna razón que solo él sabía, Lucindo preguntó:



- *Er compa ¿tu no haber cogiro piña a yo, cierto?*

- *Hombe Lucindo ¿qué e que te pasa a vo? No me vorvá a salí con eso a yo.*

- *Hombe er compa, no e po malo, a yo solo queré asegurá.*

Sin embargo, el diálogo no pudo continuar porque el disgusto de Agapito era evidente, así que Lucindo se fue a su casa.

Después de un mes, justamente el día que los paisas salieron de Puerto Conto con sus balsas de madera, se desaparecieron unas papayas de las siembras de Lucindo, que mantenía muy bien cuidadas para hacer dulces cuando llegara la Semana Santa, cosa que era costumbre en toda la región. Lucindo no hizo escándalo, tan solo emitió un pujido:

- *Jummm, va a caé er que no ha caíro.*

66

Se dirigió nuevamente a casa de Agapito, quien se encontraba en el patio salando unos bocachicos y dentones para tirarlos a asolear.

- *Er compa ¿cómo ta?*

- *Aquí pariente, salando eto pescaro, no se vayan a rañá. Le contestó como medio disgustado.*

- *Hey er compa, me han robaro papaya ¿tu no saber re casualirá quien haber robaro a yo?*

Esto fue la tapa de la botella, porque Agapito hasta la puso de pelea.

- *Ta bien er compa, ta bien, a yo no peliar con uté, a yo irme tranquilo.*



Por esos días don Agustín no sabía donde meter la cara, pues la vergüenza era grande dado que los acusados eran sus invitados y como Liberato Mena era más lo que pasaba por fuera, le tocó a él soportar pujidos, sátiras y hasta refranes. También hubo un distanciamiento entre Lucindo y Agapito, como era lógico. Con la enojada que se le pegó el pariente, Lucindo no volvió. Y Agapito mucho menos, pues estaba muy dolido con la desconfianza tan grande que le mostraba Lucindo. Todo era muy raro, no olviden que el indígena era brujo y aparte de eso conocía muy bien a su amigo.

No había pasado una semana del distanciamiento cuando a Agapito le dio un patatús que casi se ahoga, porque fue en el agua, mientras pescaba. Por suerte casi siempre lo hacían en grupo y lograron auxiliarlo antes de que tomara demasiada agua.

- *Compa Agapo, ¿ute fue que no comió? ¿pob qué esa tontina tan repentina?*
Alguien le preguntó.

- *A yo comí muy bien hombe, taparo e Bocachico, y ajuté con Papaya y arguna pepa re Ábbol del pan.*

Llegó a su casa por sí solo, pero sintiéndose mal; decía que sentía como fiebre por dentro, temblor en las coyunturas y el estómago aventado. Al otro día, los males fueron empeorando, la fiebre no paraba y el estómago se le fue inflando. La vieja Zotela le preparó unas tomas de Sauco con Yerbabuena, pero sin efecto positivo. Con decir que en tan solo dos días, Agapito ya se estaba notando como delgado.

Como era costumbre cuando alguien enfermaba de gravedad, el pueblo entero se reunía en torno al afectado. Esa casa se llenó al punto en que no había por donde



pasar. Llegaron otros yerbateros, con intención de curar sus males, pero nada de lo que le hacían parecía asentarle. No sé qué muchacho cruzó nadando el Atrato (que aunque ancho y caudaloso, para ellos era muy divertido), y llegando al otro lado, donde vivía Lucindo, lo encontró pilando un maíz.

- ¡Carajo! ¿E que ute no sabe? Agapo ta que un huergo no arcanza otro. Narie ra un peso po él. Queriendole decir que a duras penas respiraba.

Luego el muchacho contó que no se había dado cuenta a qué horas Lucindo se había desaparecido. El hecho es que cuando lo vieron, estaba ya en el pueblo, entrando a la casa del enfermo.

- Hey er compa, ¿cómo tu hacete jodé, hombe? A yo preguntate si tu cogé Piña y Papaya y tu jurá que no y ponete enojaro... y ya no haber nara qué hacé, ete brujo ta anurao, hombe. Hey er compa, como tu hacete joré, hombe.

68

Esa misma noche fue el velorio de Agapito. Como dicen en el Chocó, por boquiduro.





El amor y los negocios de Liberato Mena

Liberato Mena, como pocos en Bojayá, Chocó, se aventuró a los negocios fuera de su región, y desde muy joven. Comenzó sacando plátano de unas tierras que tenía su familia en las inmediaciones del río Murrí, para ir a venderlo a Quibdó, la capital. En ese entonces no había conflicto armado en esta región, así que se podía trabajar con tranquilidad.

Las tierras eran tan, pero tan ricas, que durante todo el año había producción, de manera que cada quince o veinte días subían los botes cargados de plátano hasta la coronilla. En la época del año que llegaba la subienda, el trabajo se incrementaba con el comercio de pescado salado. Claro que habían muchos otros que también tenían tierras por allá y se dedicaban a navegar con este propósito, como es el caso de Amador Palomeque y Domingo Pérez, uno de los hijos del viejo Máximo, fundador de Puerto Conto, caserío ubicado a orillas del Atrato, casi al frente de las bocas del río Murrí, donde vivían todos aquellos que he mencionado y muchos más.

La mayoría de los productos que se sacaban de Bojayá, no se quedaban en Quibdó. Había comerciantes que los compraban y los transportaban a la ciudad de Medellín para una mayor ganancia, cosa que realmente era hartamente difícil por la precariedad de la carretera. Pero hasta en este negocio se fue metiendo Liberato Mena. Conociendo el comercio, lo realizaba directo, sin intermediarios, y se fue



relacionando con los paisas comerciantes de Medellín. Fue así como se fue convirtiendo del negro Liberato a Don Liberato Mena.

Me imagino que ustedes saben cómo es la vida de un comerciante, relaciones vienen, relaciones van. En este ir y venir conoció a don Gildardo Jaramillo y a su señora esposa, doña Gladys de Jaramillo, dueños de un inmenso almacén llamado El Cafetero, ubicado en la zona comercial de Guayaquil. Mencionaban algunos que don Gildardo manejaba otro tipo de negocios, que no podían ser drogas, en ese entonces ni marihuana. Yo creo que más bien era contrabando.

Liberato, como aguerrido que era en los negocios, se venía de Bojayá cargado de plátano y pescado y se devolvía al Chocó con un cargamento de ropa usada, la cual negociaba con los Jaramillos, no podemos decir que cara, pero los paisas sacaban su buena tajada. En uno de estos viajes Liberato se enteró que don Gildardo Jaramillo había sufrido un infarto fulminante. De manera que, muy afectado por tan triste hecho, debido a su relación con el paisa, llegó vestido de luto a dar el pésame a su señora espoa.

- *Cuanto lo siento a yo, mi señora. Sepa que aquí toy yo pa toro lo que le puera serví a ute.*

- *Ay, mi Dios se lo pague Don Liberato. Verdad es que hombres como usted hay poquitos. Cuando quiera pase por la casa ¿Le provoca un cafecito?*

- *Piebda cuiraro, señora. Vea, aquí le traje a regalá eta carena re oro. No lo tome a ma, e e que hace tiempo se la quería regalá a uté. Nara ma que un detalle.*

Luego, en la despedida, este hombre fue una especialidad. Hasta invitó a la viuda al Chocó.



- *Gracias Don Liberato... hmmm, más adelante veremos. Por ahora quiero descansar. Usted sabe, al fallecer mi marido lo que me espera es trabajo y trabajo.*

Al llegar a Bojayá, muy animado, en una parranda de esas que hacían con clarinetes pregunta sin vacilación:

- *¿Aronde e que tan lo brujo aquí pue? ¿Quién e er que sabe cogé mujé? Pago lo que sea ar que me haga un trabajo.*

Claro, Liberato, quien siempre había visto a doña Gladys como una mujer elegante y, ahora viuda, con una gran fortuna y para completar sin hijos, le parecía nada cualquier precio a pagar para tenerla a su lado ¿y habiendo en el Chocó tanto brujo? Realmente estaba enamorado, y no desde ahora, solo que se había quedado callado por respeto. Ustedes saben, una mujer casada, adinerada y con un esposo como Don Gildardo, todo un caballero y gran amigo, cualquiera calla.

72

En ese entonces, aun no había fallecido Edmundo Mosquera, brujo reconocido en todo el país. Pero como él a veces se desaparecía y nadie conocía su paradero, quedó descartado. De igual manera este señor de apellido Córdoba, que era de los lados de Munguidó y en ese entonces andaba por Venezuela. Sin embargo, había otros que, decía la gente, eran brujos y hasta ellos mismos alardeaban de su poder.

- *Don Liberato, er que sí le hace ese trabajo e Cipriano. Le rigo que ese sabe tanto re eta cosa, que tiene sei mujere viviendo en la misma casa como si fueran hebmana.*

¡Qué fue eso que oyó Liberato, por Dios! Fue toda una revelación para el hombre.

- *¿Y y así re amansarita la tiene?*



Otro de los presentes intentó hablar para proponer su candidato, pero Liberato interrumpió:

- *¿Y aronde ta Cipriano? ¿Ese e er hijo re la finara, no cierto?*

- *Sí señó, er mismo.*

- *Vea ve, tráiganlo poacá, que con ete quiero conversá.*

No se había acabado la fiesta cuando llegó el tal Cipriano. Cualquiera que no lo conociera lo habría podido confundir con un cura o un consejero espiritual, qué se yo, porque muy atento escuchó a Liberato y a todos cuanto hablaron, en completa calma y sin interrupción alguna. Y luego se pronunció:

- *Delo po hecho, amigo Liberato. Eta muje la tiene ute, aquí, ante re la luna llena. No se priocupe pob nara. Apena deme er nombre y una prenda de la julana.*

73

- *Verdàraramente ete tipo sabe, se le nota po encima. De que sabe, sabe.* Fue lo último que se le escuchó a Liberato esa noche.

Nadie sabe cuánto le pagó, porque de ahí en adelante todo fue un misterio ¡Hasta el paradero de Cipriano!, porque cuando la luna llenó, nadie sabía donde andaba, ni siquiera sus seis mujeres. Y de doña Gladys, nadie daba razón, ni siquiera el propio Liberato, quien era el interesado.

- *¡Caaarajo! que a yo siendo un tipo tan experimentaro haiga siro engañaro, y en mi propia tierra. A yo toravía no lo pueru creé.*



Y tenía toda la razón para estar tan desconcertado; sin embargo, la esperanza revivió cuando Agustín Palacios, su compadre y hombre de mucho respeto a lo largo y ancho de todo el Medio Atrato, le comentó:

-Hombe compa, e que ute ta e pebdiendo er tiempo. Ute no ha escucharo re una mujé que hay pa lo laro der San Juan. En Condoto creo que e que vive. Le rigo pue que esa mujé conoce a merio mundo y no ha viajaro.

-Ay compa, ¿y ute pobqué no me lo había richo, hombe? Y a yo botando prata aquí con eto barulaque. Mándemela a busca compa, que a yo tengo pa pagale lo que pira.

Han de saber ustedes que el departamento del Chocó es muy extenso y que del municipio de Bojayá, les estoy hablando del Medio Atrato, a la zona del San Juan, al sur, hay una distancia considerable. Mucho más en esos tiempos donde no había embarcaciones rápidas. Hasta el día de hoy para allá no viaja avión. En esos tiempos ni se contemplaba siquiera la existencia de un teléfono fijo, mucho menos uno de esos aparatos modernos de ahora, con los que se puede hablar desde cualquier parte. No señor, nada de eso; por lo tanto la comunicación más rápida era por carta. O sea que para llegar de un sitio a otro, se podía estar demorando una persona un lapso de tiempo de una semana. Claro, si el tiempo le favorecía.

Sin embargo, nadie se explica aún cómo, al otro día de la conversación de don Agustín con Liberato, la famosa mujer fue arribando a Puerto Conto en una lancha que bajaba de Quibdó hacia el golfo de Urabá, recogiendo madera, maíz y arroz. *Don Pancrancio* era la lancha más grande que había por ese entonces navegando el río Atrato y siempre, fuera esta u otra que llegara a un caserío, era motivo de



expectativa y agitación. Toda una revolución. Ustedes saben, se vendía, se compraba, y quien no lo hacía pues al menos noveleriaba.

En esa ocasión toda la atención de los habitantes de Puerto Conto estuvo puesta en doña Crescencia. Todo en ella era llamativo, su excesiva gordura, sus atuendos, el olor a incienso que emanaba, su mirada profunda que parecía esculcar hasta los temores ajenos.

-Hombe muchacho, rejen a pasá a la paisana... y ayúrenle pob Dio con esa caja.

Sobresalió la voz de Liberato Mena, en medio de la algarabía, y apartando gente la recibió, llevándola a su casa, donde hablaron por largo rato. Pero, más que del asunto de doña Gladys, de otras cosas.

-No me riga nara ma. A yo sé qué e lo que a ute le sucere. Tome, vea ve, báñese con eta preparación bien epeciá que le traje pa solucioná su problema.

75

Era una botella que contenía una sustancia aromática, según ella preparada con algunas hierbas como Ruda, Albahaca y Yerbabuena. Contenía además Leche, Miel de Abeja, Veterina, entre muchas otras que la mujer se guardaba con el mayor celo.

-Vea ve mi señó Liberato, llévele ete regalito a la julana y siéntese namá a eperá paque bien pronto la tenga abrazara y en el rincón re su cama.

Estas palabras elevaron considerablemente el buen ánimo en Liberato. Una semana duró en Puerto Conto la misteriosa mujer, tomando biche, comiendo plátano asado, dulces de todo tipo, sancocho de gallina y cuanto se le atravesaba. Todo a costa de don Liberato, aparte de lo que le pagó por los bebedizos para preñar



definitivamente, ahora sí, a su amada dama. Ah, y lo que pagó, en la ocasión anterior, hasta el sol de hoy nadie lo sabe.

Así pues, doña Crescencia se embarcó en una lancha hacia el Urabá, según ella a preparar unas fincas para que nunca llegara a ellas la violencia. Liberato, por su parte, tomó la dirección contraria, hacia Quibdó, para de allí desplazarse a Medellín, preparado con baños y regalos.

Abrumado por una mezcla como de ansiedad, emoción y esperanza, no bien llegó a la terminal de transportes se apresuró a buscar a quien consideraba ya su dama.

- *Mi señora ¿cómo e que me le ha iro? Po aquí vengo nara ma que pa visitala y salurala a ute.*

- *¡Ay don Liberato!, pero qué sorpresa... deme un tantico que estoy como medio embolada ¿sí? Siéntese por allí un momentico.*

76

En su negocio, doña Gladys atendía al uno y atendía al otro. Luego, muy amablemente, se puso a conversar con unos tipos que hablaban una lengua que Liberato no entendía. Decía él, después, que eran grandes, monos y bien vestidos. Digo yo que eran gringos o quien sabe qué. Liberato esperó con toda la paciencia del mundo, hasta que la señora pudo, o le provocó, atenderlo.

- *Ay Liberato ¿usted todavía estaba por aquí? Avemaría, qué pena. Ay, usted mismo ha visto que he estado atendiendo a este poco de clientes. ¿Y usted, cuénteme, ha estado aliviadito?*

- *Ahí namá po lo conjorme, mi señora. Pero nara ma era que taba eperando aquí pa orsequiale ete detallito que le traje.*



- *Ay, no, usted tan querido como siempre. No no no, pero qué es esto tan especial. Dios se lo pague. Pero ¿para qué se puso a molestarse hombre Liberato? No, no, no, si está pero muy bonito, avemaría. Bueno pues, no le quito más tiempo porque yo sé que usted mantiene muy ocupado y debe tener cantidad de vueltas que hacer. Ay, será pues en otra ocasión que hablamos más larguito, porque estoy tan cansada de este trabajo todo el santo día ¿usted lo puede creer? Ay, no, ya mismo me vuelo para la casa porque me duele todo. Antes de irse para el Chocó pase por aquí a despedirse, ¿oye? Adiós pues don Liberato y mi Dios le pague otra vez por el detallito.*

- *Eeeh, vea vé pue, carajo, la mujé eta. Pero ¿qué raro?... si me bañé con er baño que me preparó Crescencia.* Dijo para sí Liberato.

Pero, como al fin y al cabo la bruja le había dicho que se sentara a esperar, Liberato se devolvió tranquilo y seguro para Bojayá, a esperar que todo se diera de la mejor manera; es decir, que doña Gladys cayera pronto rendida a sus pies.

Pasó el tiempo y de Gladys no hubo noticias. Y de Crescencia menos. Casi como al año de su última visita, Liberato le envió a la paisa algunas cartas saludándola y de paso proponiéndole negocios de minería, pero no recibió respuesta alguna. Medio entregado al dolor, intentó seducir a Chabico, la hermana de Cornelia, quien, por una razón que aún ustedes desconocen, había permanecido sin marido muchos años, pero creo que con ella le fue peor, porque ni lo escupió.

En esos días supo don Liberato, por boca de la misma mujer con quien envió la carta a la bruja al San Juan, que le había hecho entrega de la encomienda no en este territorio, sino en San Miguel, caserío que queda cerca a Puerto Conto, donde se encontraron de casualidad y la bruja le comentó que iba hacia Urabá.



- *Hombe muchacha, hora e que entiendo la rapidé re eta mujé. Ya recía a yo. Tan lejo que ta er San Juan y cómo jue que eta mujé llegó aquí ar otro ría que ute se jue.*

Finalmente entendió y aceptó que la única brujería que hizo doña Crescencia fue quitarle todo lo que pudo. Ah, y casualmente en esos mismos días conoció a las seis mujeres del famoso Cipriano. Pero, vaya decepción, cual de todas más chueca; la que no era coja era tuerta. Reconoció, entonces, que también Cipriano había hecho efectivamente un buen embrujo estafándolo. Señal de su aceptación de la estafa y la derrota, fue lo que murmuró entre dientes, y con una alta dosis de humor, mientras saludaba amablemente a las famosas seis mujeres del también muy famoso brujo Cipriano:

- *Vea ve pue... eque ete tipo no sabía era pero nara, hombe, pobque ¿pa no se capá re cogé una mujé re vebdá? Ay hombe, cómo jue que a yo me rejé engañá.*

78

Se dijo Liberato, ahora con mucha menos plata y sin la mujer de sus sueños.





La trágica suerte de Chabico Chaverra

En ocasiones no se logra comprender porqué las personas toman el camino que menos les conviene. Me refiero al caso de Chabico, porque no es para decir que quién lo iba a saber. Todos, absolutamente todos en Puerto Conto, sabían la clase de hombre que era Antonio Bejarano. Un tipo cruel, despiadado, enfermo de celos y con pacto con el diablo, afirmaban los ancianos del Medio Atrato. Era extrañamente particular que a Antonio, sabiendo tanto maleficio, no lo consideraran brujo sino más bien socio de Satanás.

En sus borracheras, Antonio se enfrentaba a varios tipos a la vez, todos armados con machete; él, en el medio, salía ileso y sus enemigos heridos de muerte. Según cuentan, en Urabá se cansaron de intentarlo y no lo pudieron matar, porque dizque se escondía en una mata de banano cuando llegaban a buscarlo, él riéndose de los tipos y nadie lo lograba ver. Por eso, en esa zona lo consideraban el diablo. Pero ¿en qué estima se iba a tener a un tipo como este de quien se decía, mató a su propia madre sin el menor remordimiento?

Todo iba bien en la familia Chaverra hasta la partida de Cornelia, la hermana mayor de Chabico, a pesar de que en ese entonces, por costumbre, los hombres se llevaban a las novias a escondidas. Las muchachas se acostaban en sus camas y, simplemente, no amanecían en ellas. Era la manera socialmente aceptada de formalizar un vínculo de pareja independiente, y si el hombre era responsable, hasta casa le tenía ya a la joven que se “robaba”. Tal fue el caso de Cornelia con Máximo



Pérez, con lo cual estuvieron muy de acuerdo su padre, el señor José Isabel, y su madre, doña Inocencia. Claro que hacía falta la hija, pero en mucho ayudaba a soportar la ausencia la calidad del hombre que se “robaba” a la hija.

Debo decir que ambas muchachas eran hijas amorosas con sus padres y juiciosas a más no poder, ejemplares en todo el sentido de la palabra, razón por la cual cualquier cosa que tocaba con ellas, afectaba en mucho la sensibilidad de sus padres.

A partir entonces de la ida de Cornelia, a Chabico, su hermana, así como así, se le metió en la cabeza que tenía qué tomar el mismo rumbo a como diera lugar. Su padre, don José Isabel, se lo advirtió hasta el cansancio, cuando notó que el tal Antonio andaba rondando la casa, como buscando no se sabe qué.

- Mirá vo Chabico, cuirarito... cuirarito pue. Nara que me guta que er julano ete se pasé songosorongo toro er día po aquí. Bien sabé muchacha lo que se rice re ése tipo. Vea ve pue, cuirarito.

81

Chabico permaneció en silencio, y es que, por aquellos tiempos, contestarle no solo a los padres, sino a cualquier adulto, era motivo de una fuetera con *Pedro Moreno*, *er que quita lo malo y pone lo bueno*, un rejo de cuero de res con dos o tres tiras tiesas; o un severo castigo arrodillado en granos de maíz, por un largo rato, hasta por un día entero en los casos más severos. Castigos impuestos por el padre, la madre, el maestro, el vecino, el padrino, según la magnitud de la falta.

Es posible que Antonio Bejarano haya seducido a Chabico con sus artimañas, que la haya intimidado, o que simplemente ella, solo por rebeldía, se haya congraciado con él. Vaya uno a saber. Lo cierto es que un día cualquiera Chabico se acostó en



su cama, pero no amaneció en ella. Muy temprano se supo la noticia, pues era lo corriente levantarse con el canto del gallo a realizar los diferentes trabajos.

- *Ay Dio mío bendito ¿y aronde e que ta la Chabico?*

Soltó el grito don José Isabel, y con el grito, paralizada, de pies, por un buen rato, doña Inocencia. Luego, cuando fueron capaces de reaccionar, lo primero que hicieron fue buscar sus corotos, pero de Chabico no había nada, o al menos ninguno de sus objetos de importancia. Así pues, con este hecho la noticia quedaba confirmada. Y es que ¿para dónde se iba a ir una muchacha de esas a altas horas de la noche, con todo y ropa?

Doña Inocencia comenzó a llorar, y su llanto parecía un lamento a causa del fallecimiento de un ser amado.

- *Aaay aaay, Chabiquito mija, ¿pob qué lo hicite... pob qué no rejate? se acabó tu vira, aaay, Chabiquito miiija.*

A esas horas de la madrugada, cuando creo que no eran ni las cuatro, todo el pueblo comenzó a llegar.

- *Veavé ¿qué jue lo que pasó, hombe?* Preguntó una vieja.

- *Ay mi gente, eta muchacha que... que cogió su rumbo.* Respondió Inocencia.

- *¿Y ese e er problema? ¿y con quien jue que se jue la muchacha, vea ve pue?*

Preguntó de nuevo la vieja, que no recuerdo bien quien era. Pero ya con el silencio comprendió la cosa.

- *Arrenuncio a Sataná... Pob Dio y Mariá Santísima.* Fue lo único que exclamó.



Don José Isabel, en el más puro desasosiego, caminaba de un lado para el otro, se rascaba la cabeza, suspiraba, pero no pronunciaba palabra.

Se acostumbraba que al otro día de un incidente como este, llegara el novio de la muchacha, ahora su marido, a poner la cara ante su familia. Claro, unas buenas disculpas era lo menos que se esperaba, y un como intento de reparación, de alguna manera, a los daños causados, puesto que, en apariencia, no había habido un consentimiento oficial.

Hasta donde sé, Antonio Bejarano por allá nunca se apareció y la Familia Chaverra, ¡qué tal!, tampoco tomó la iniciativa de ir a buscarlos para oficializar el rito de unión. En este caso, cosa perfectamente razonable, pues tratándose de aquel personaje, conociendo así fuera sólo de oídas todo aquello que sobre él se rumoraba, distancia, sólo distancia era lo más conveniente. Y mucha tristeza también, una profunda tristeza.

83

Pasaron días, semanas y meses y a la Chabico nadie la vio. No se sabe si es que no salía tal vez por vergüenza, o si era que su marido no se lo permitía. Nada raro. El tal Antonio sí se veía por ahí, pero la gente fingía no verlo, evitándolo, mirando para otro lado, haciéndose muecas con la boca, con la nariz, señalando con los ojos y cambiando de conversación, pues por aquellos días ese tema era el pasatiempo.

Indignado, además de triste, don José Isabel decidió marcharse con su mujer a Napipí, un pueblito también a orillas del río Atrato, siempre retirado de Bojayá, como a unos dos o tres días en piragua y eso que era bajando, donde la corriente ayudaba.



En el momento de su partida estaba casi todo el pueblo dándoles la despedida en la orilla del río, al frente de la casa de Máximo Pérez, pues embarcaron sus pertenencias por ahí para aprovechar y despedirse de su hija Cornelia.

Y digo que casi todo el pueblo, porque los únicos que faltaron fueron Chabico y su marido. Bueno, de él era perfectamente comprensible ¿pero de Chabico? A todo el mundo se le hizo bien extraño. Sin embargo, como en cosa de marido y mujer dizque nadie se puede meter...

-Ay, a yo me voy, pero con er arma en pena. Dio solito sabrá cuar será la vira re eta pobre muchacha. Ay mi Diosito santo, no me la resamparés. Arió mi gente... vámono mijo a ve.

Fue lo último que se le escuchó a Inocencia refiriéndose a su hija.

-Vámono ante re que caliente er sol, que la jornara e larga.

Respondió José Isabel, empujando con el canaleta en la arena para que la piragua avanzara.

Como era de imaginar, los estropeos que recibía Chabico por parte de su marido eran públicos; le pegaba porque sí, le pegaba porque no, le pegaba con la mano, con el pie, con lo que tuviera a su alcance, bien fuera *Pedro Moreno* o su machete, afortunadamente para ella, a planazos. Sinceramente, ese tipo era una bestia, porque no se puede decir otra cosa. Y es que todavía me pregunto ¿cómo pudo esta muchacha meterse con semejante monstruo, conociendo sus antecedentes? Pero es que si mató a su propia mamá, por Dios, ¿qué más podía esperar ella? Bueno, todavía dicen que como el tipo sabía tanta porquería, la cogió con brujería, porque, como les mencioné, según cuentan, el diablo le concedía a él todo lo que le pedía.



Y no se encuentra otra explicación, porque ¿cómo una mujer podía aguantar tanto?, o será que hasta tal punto puede llegar la sumisión. De todos modos Chabico vivió con su marido varios años bajo esa condición; cuentan que se enflaqueció, que trabajaba como mula y que ni a su hermana iba a visitar porque, según su marido Antonio, iba era a recibir noticias o a verse con algún hombre. Y ya se pueden imaginar las consecuencias.

Aunque por esos tiempos la comunicación de un sitio a otro se daba por cartas o de boca en boca, mediante razones; las noticias sobre la vida que Chabico llevaba no demoraron en llegar a Napipí y, aunque preocupados, sus padres no podían hacer nada salvo sufrir por la suerte de su hija, porque, como saben, el que se metía con Antonio Bejarano estaba sentenciando su muerte, que, en el caso de la pobre Chabico, era más una muerte en vida, colmada de dolor, y como por estos tiempos y lugares tampoco había autoridades, casi todo crimen quedaba en la impunidad.

85

Debido a que a Chabico le era imposible tener contacto alguno con otros, se supo en el pueblo sobre su estado de embarazo cuando ya iba bien avanzado, pues el prominente vientre que desde lejos pudieron ver algunos, la delató. En el momento del parto ninguna partera de las que había en el pueblo sentía ánimos de ir a recibir a la criatura.

- *Humm, humm, vea ve, no señó, a yo po allá no voy a dí.* Decía la una.

- *Noo, a yo no puero pobque toy en eso día, así que a yo no puero recibí a narie.*

Excusándose en sus días de menstruación para no asistir el parto, pues este estado era impedimento para partear un niño.

Decía la otra:



- *Ay no, a yo me muero re pesá, pero e que a yo he amaneciro er día re hoy con un doló re cabeza que se me quiere reventá. Ay mi gente, no me siento en capacirá pobque etoy e ma bien como enjebma.*

¡Puros cuentos! Todo era miedo, y con toda razón ¿Es que quién, que estuviera en sus cabales, se le iba a medir a ese parto?

Finalmente Damacia, la partera más veterana, por pura caridad, decidió ir a asistir a la embarazada.

- *Vean ve ¿y antonce cómo vamo a pebmití que esa pobre muchacha vaya a tené a su criatura ella solita? No señó, eso no se puere. A yo sé bien cua e er agua que me moja, así que a yo voy a ayurale.*

Eso sí, cuando llegó entró callada, muda, con todo lo que necesitaba: agua hervida, vendas, alcohol, tijeras, polvo de la uña de la gran bestia para curar el ombligo del niño. Hizo lo que tenía qué hacer respecto al nacimiento y salió. Ni siquiera se despidió. Sin embargo, utilizando su sabiduría y destreza, antes de salir se las ingenió para dejar a la mano de Chabico las cosas básicas, arregladas de manera que todo se le facilitara.

Así las cosas, y entendiendo que las mujeres del pueblo temían acercarse a Chabico por causa de su marido, ella no recibió ese tratamiento especial que solía darse a las mujeres después del parto durante la dieta, como se le llamaba a ese periodo de tiempo donde la madre y la criatura recibían los mayores cuidados y atención. Y, si mal no recuerdo, la dieta se extendía a cuarenta días, donde la mujer parida permanecía hasta con los oídos tapados, dizque para no recibir aire; igualmente, la cabeza envuelta con pañoleta, cuidándose del sereno, por lo tanto no podía salir a la



intemperie de noche ni de madrugada, sin ser menos los cuidados con el sol. Tampoco debía tocar el jabón, así que nada de lavada.

En cuanto a la comida, algunos alimentos exclusivamente se seleccionaban para ella. No faltaban unos buenos caldos de gallina. El huevo de gallina se excluía por completo de la dieta, al igual que el pescado con diente, de manera que nada de Dentón o cualquier otro similar. Chabico pasó este tiempo como Dios le ayudó, como pudo; y claro que se enfermó por no recibir los cuidados necesarios durante su dieta. Todos los síntomas coincidían con *el pasmo*, la piel se le puso como un rallador, le dio rasquiña, fiebre, dolor de cabeza, se puso más flaca que nunca, ni leche le salía para alimentar a la criatura.

Por esos días se acercaba la Semana Santa. José Isabel junto con su mujer decidieron ir a visitar a unos familiares a San Miguel, caserío rio arriba, más allá de Puerto Conto, pues era costumbre durante esta semana, reunirse las familias a compartir dulces de todas las frutas imaginables, panes, panela chocoana, que hacían en los trapiches de caña, y sancocho de gallina. Sumado a ello, los días de la semana santa eran de completo respeto, recogimiento y reflexión, donde no se escuchaba música alguna, se evitaba por completo el licor, no se realizaba ningún tipo de trabajo y a los muchachos les era prohibido andar jugando o decir algún tipo de grosería. Para resumir, hasta de las relaciones sexuales la gente se abstenía.

Sobreponiéndose al dolor y armados de valor, decidieron entonces arrimar a su antiguo hogar para visitar a Cornelia y como al fin y al cabo también Chabico, aunque mal casada, era su hija, llegaron con el propósito de conocer a su nietecito.

-Ay mi Diosito bendito, eta muchacha, ivo cómo e que ta re acabara!



Fue lo primero que le salió de la boca a Inocencia cuando la abrazó, bañada en lágrimas. José Isabel apenas movía la cabeza, de lado a lado, sumido en la mayor tristeza. El hecho fue que con la visita y presencia de sus padres, Chabico tomó ánimo.

- *Vea ve mamá, cuando usteres regresen re po allá re San Migel, a yo me voy con usteres pa Napipí ¿sí?*

Hablaban en la sala de la casa y recuerden que, en el mejor de los casos, las casas las construían con tablas y los techos con hoja de palma. Antonio Bejarano, que ni se había asomado a atender a la visita, permanecía recostado en una hamaca ubicada hacia la cocina, al escuchar la conversación, apenas pujó.

- *¡Jummm!*

Después de la visita, la pareja siguió su camino sin ningún contra tiempo, y pasada la semana mayor arreglaron sus pertenencias para regresar como lo tenían dispuesto, a recoger a Chabico y a su bebé. Cuentan que ese día Antonio Bejarano se levantó muy temprano, dizque a afilar su machete. Hasta ahí todo era normal, pues la gente iingenua! pensaba que iba a trabajar. Sin embargo, llamó la atención que llegado el medio día este siniestro personaje no terminaba de preparar la herramienta.

- *¡Caaaramba y er machete ese!* Exclamó uno de los muchachos que jugaban por ahí.

Cuando Antonio levantó la cabeza, no pudo distiguir siquiera quien había hecho el comentario.

- *Jummm.* Suspiró profundamente, como era su costumbre, en señal de enojo.



En realidad se veía tranquilo, incluso más que de costumbre, porque este era un hombre frío, que daba la impresión de que nada le afectaba. Junto a la casa había una ramada de las que solían construir para preparar los pescados y se sentó allí a ver correr el río, como disfrutando el momento.

A lo lejos se divisó la piragua.

- ¿Y eto no son eta gente? ¡Sí señó, ello son, mi mamá Inocencia y mi papá José Isabé!

¡Cuánto tiempo hacía, por Dios, que no se veía a Chabico tan contenta! Aunque fuera solo por un momento. Efectivamente eran ellos. A pesar de las tensiones que se sentían cuando Antonio estaba cerca, Chabico esperaba ansiosa que la piragua arrimara y su vivacidad contrastaba con la apatía de su marido o ,más bien, con su aparente calma, porque a decir verdad en él no era posible imaginar siquiera un segundo de paz.

89

Antes de que la piragua arrimara a la orilla, Antonio Bejarano se tiró al agua, machete en mano, y primero se le fue encima a doña Inocencia y la mató instantáneamente. A don José Isabel lo dejó gravemente herido y murió desangrado minutos después. Todo fue tan rápido que hasta el día de hoy la gente no se ha logrado explicar cómo fue que ocurrieron los hechos.

En cuanto a Chabico, no le quedó más opción que arrancar a correr hacia el monte, porque cuando se percató, Antonio ya venía sobre ella a machetearla. Inexplicablemente, se pudo salvar de la muerte a manos de su marido.

Así, poseído por la ira, el asesino entró a la casa, tomó al bebé, al hijo de su propia sangre, lo aventó al patio y lo destripó con los pies.



Tres muertos hubo ese día en Puerto Conto, un hecho escalofriante, sin precedente. Y Chabico perdida en el monte. Durante más de quince días la buscaron los hombres que mejor conocían la zona, entre ellos los más diestros en la caza de animales salvajes, buscando en las profundidades de la selva y utilizando todo su conocimiento y pericia para encontrarla. Al cabo de los días, uno de los tantos que andaban en su busca, finalmente la encontró.

- ¡Po aquí ta, po aquí ta! Ay mi Dio bendito, aquí ta eta pobre mujé.

Ya podrán imaginarse ustedes las condiciones en las que se encontraba Chabico después de deambular durante tantos días por la inhóspita selva chocoana. Tenía todo su cuerpo en carne viva, con la piel casi completamente despellejada. Estaba inconsciente. Nadie sabe cómo sobrevivió al hambre y al peligro de tantísimas alimañas, muchas de ellas aún desconocidas para nosotros. Al recobrar el sentido, que tardó varios días en ello, si no cayó presa de la locura fue gracias a las pócimas de los curanderos, en especial las de Bonifacio y Zotela.

90

De su vida, o de lo que quedó de ella, si es que algo quedó, o si a eso se le puede llamar vida, podríamos decir de Chabico que nunca jamás volvió a coger marido, algo absolutamente comprensible.

A los pocos años murió Antonio Bejarano, quien hasta su fin gozó siempre de la más completa impunidad con relación a la maldad que sembró a su paso por este mundo, porque fue el mayor representante del mal que se haya conocido por estas tierras.

Nadie sabe de qué murió, lo que cuentan es que se acostó pero no amaneció. Nadie lo lloró y si lo enterraron no fue por conmiseración con él, sino por el



pueblo mismo, pues no se podía soportar la fetidez del muerto. Tampoco hubo alegría, y es que después de sufrir hasta lo indecible a causa de él, cuando mucho se podía sentir algo de alivio.

El entierro fue muy rápido, los pocos atrevidos que fueron hicieron lo que tenían que hacer y se devolvieron a sus casas, sin haber rezado siquiera una oración. Apenas llegaban al pueblo cuando, según cuentan, escucharon un pavoroso estruendo en el cementerio, que parecía que el mismo cielo se estuviera derrumbando.

Todo el pueblo corrió rápidamente hacia allá, sobreponiéndose no se sabe cómo al terror que los invadía, movidos como por la necesidad de saber de una vez por todas si se habían librado o no de ese terrible emisario del demonio. Al llegar, no encontraron ni el ataúd de Antonio Bejarano. La tumba donde lo enterraron dizque parecía haber explotado y todo el ambiente estaba pasado de un insoportable hedor a azufre. Hasta el día de hoy se dice que el diablo se lo llevó en cuerpo y alma, cosa nada descabellada, y para mayor fortuna y tranquilidad de los habitantes de Puerto Conto, como lo sentenció la vieja Mercedes, la mujer más anciana del pueblo, quien exigió que la llevaran a presenciar el misterioso acontecimiento. Allí, contemplando perpleja la escena exclamó:

–Ay hombe Bejarano... pob fin te llevó tu paidre a hacé mardares a otro laro y no libró re vo. No creá que sentimo alegría, no señó. La trijeza no va a rurá toravía mucho año ma. Cuando mucho sentiremo tranquilirá. Ni una pregaria te merecé. Querate po allá der toro y rejano en pa re una ve pob tora.





No se les vuelva ocurrir enviar mensajes al más allá con Israel Arcadio

Israel Arcadio Pérez era sobrino del viejo Máximo Pérez, hombre de respeto en toda la región de Bojayá, y fundador del caserío de Puerto Conto, por lo que gozaba de cierta consideración. Pero también porque era un joven decente, respetuoso y trabajador. Aunque se destacaba en los diversos trabajos del campo, dígame el cultivo de maíz, arroz, plátano, yuca, o en la pesca y caza de animales de monte, su mayor talento estaba en la construcción de muebles y casas. Este era un oficio que se hacía sin mayores maquinarias, pues si se ubican en la zona y en el tiempo, ni siquiera la energía eléctrica se conocía. Aunque de todas maneras daba igual, Israel Arcadio poco uso hacía de su talento como ebanista, constructor y, en general, artista de la madera.

93

Israel Arcadio era hijo de Adolfo Pérez, hermano de Máximo, y de Gumersinda Palacios, ambos fallecidos durante la época de la violencia y sobre quienes se cuenta que ambas muertes fueron por causa del vicio de fumar tabaco calado que tenía Gumersinda, pues estando escondidos en la selva huyendo de las hordas de chusmeros que asolaban la región, la cogió el desespero por fumar y sin medir los riesgos salió a buscar un tabaco no se sabe a dónde y la agarraron. Y claro, el marido, por defenderla, corrió con igual suerte.



A Israel Arcadio lo dejaron en el escondite completamente dormido y tal vez se salvó porque siendo apenas un bebé de brazos, no se hizo notorio para la chusma ávida de sangre. Luego, algunos vecinos que también habían estado escondidos y empezaban a salir de nuevo, escucharon los balbuceos del bebé, cual canto de golondrina, y lo rescataron y se lo entregaron a su tío Máximo.

Así pues, el muchacho se crió con Máximo Pérez y doña Cornelia, su esposa, como si fuese uno de sus hijos. En la casa se levantaron entonces siete muchachos: Teodora, Teolinda, Timoteo, Silverio, Anacleto, el finado Sirilo, hijos legítimos de la pareja, e Israel Arcadio. Es de anotar que nunca hubo diferencias ni en trato ni en cariño. Tampoco en la corrección y el castigo, cuando fueron necesarios; de manera que, a diferencia del finado Sirilo, quien fue un caso particular, todos los muchachos se criaron en disciplina y rectitud, a tal punto que al llegar a la juventud, eran todos ejemplares.

94

Sucede que, por esos tiempos, había una mujer llamada Felicia, soltera, liberada y ya veterana. Que fuera fea no se podría decir, pero su actitud con los hombres le quitaba la gracia. Felicia trataba por todos los medios, habidos y por haber, de enamorar a Israel, pero él le sacaba el cuerpo, no se sabe si era que no le gustaba, porque en ese pueblo había muchas jovencitas hermosas a quienes Felicia doblaba en edad, o también porque las críticas en el pueblo no se harían esperar.

Pero, a pesar de todo, Felicia le mandaba constantemente dulce de Árbol del pan, tapado de Bocachico, botellas de biche y cuanta delicia habida y por haber en aquellas lejanías. Sin contar las tonadas que le cantaba, cada que lo veía pasar:

*En er patio re mi casa
hay una mata re poleo,*



*y er corazón me parpita
cara ve que yo lo veo.*

Sin embargo, Israel pasaba como si no fuera con él. La comida que la mujer le enviaba siempre terminaban devorándola los mensajeros, o Silverio, o Anacleto, quienes, acercándose a Israel, le decían:

- *Hombe, mano, reje re se pendejo ¿Ute que cré? ¿eta mujé como ta re botara y ute que no le rice nara?* Dizque animándolo para que despertara.

Y quién sabe si Felicia no los tenía de su lado, porque eso era *cuñarito* por aquí, *cuñarito* por allá. Igualmente con Teodora y Teolinda, pero con estas sí como que no había mucha empatía. Con decir que les cruzaba calle, pero en un pueblo tan pequeño, algún día se tenían qué encontrar.

Claro que no era la única interesada, y era comprensible, pues el joven era guapo. Así que cada vez que Israel Arcadio se montaba en una piragua con su canaleta y su atarraya para ir a pescar, con el cuerpo semidesnudo, como le gustaba, dizque para nadar de manera ideal, ¡aaaah!, era entonces cuando más de una mujer suspiraba por él. Incluso las que tenían sus maridos buscaban pretextos y le metían el ojo disimuladamente para evitar inconvenientes. De todas maneras, como Israel era un tipo tranquilo, siempre estaba en lo que estaba, sin preocuparse por nada.

A pesar de ello, y de no acceder a las pretensiones de Felicia, la mujer estaba tan empeñada en su conquista que de vez en cuando se le notaban los celos, porque miraba feo y hasta sátiras echaba. Sin embargo, todo tiene su límite, porque cómo les parece que una tarde, cuando llegaba Israel de una de sus jornadas de pesca, Felicia se paró en plena orilla del Atrato, donde por cierto había más de uno



bañándose, se levantó la falda mostrándole su *cocón* y, en un acto a todas luces desesperado por llamar su atención, le gritó:

- *¡Ijrraér Arcario Péreee, mirá tu cara!*

Dizque mirá “tu cara”, nada más que su *cocón* ¡no joda! Y a todo pulmón. El grito lo escucharon hasta del otro lado, como también el tiro que le hizo con la escopeta Israel Arcadio, casi al tiempo, por el medio de las piernas.

- *¡Grandísima desocupara... a yo me repetá... a yo no soy molote re naire.*

Felicia cayó patas arriba, pero como cayó se levantó y desde ahí se le acabó el embeleco con Israel. Y no era para menos, después de semejante susto y vergüenza, porque a pesar de todo, la sintió.

Más o menos seis meses después de ocurrido el incidente, a Israel Arcadio le dio un patatús mientras jugaba dominó en la tienda de su tío Agustín Palacios, hermano de su difunta madre. El hecho causó extrañeza, porque nunca Israel había sufrido enfermedad alguna y desde recién nacido lo habían preparado con los respectivos sahumeros para protegerlo de la lombriz y del mal de ojo, enfermedades que por esos tiempos y lugares eran muy populares, sobre todo en los niños, y que podían matar a la criatura o dejarle secuelas para toda la vida, de no contar con la adecuada atención de un yerbatero. Además, Israel Arcadio era sumamente sano y fuerte.

Esa fue la primera maluquera, pero no la última. De ahí en adelante estos ataques se repetían con mayor frecuencia e intensidad, hasta un punto en el que Israel no pudo volver a pescar, porque imaginen si esto le llegaba a suceder en el agua. El hombre caía tieso, sin poder hablar, luego convulsionaba con tal intensidad que lo tenían que agarrar y meterle un trapo en la boca para que no se fuera a partir la



lengua o los dientes. Cuando recobraba el ánimo quedaba todo enzonzado, no sabía dónde estaba y en ocasiones ni cómo se llamaba. Un completo desastre. Fueron muchos los esfuerzos de los yerbateros, pero ninguna pócima lo lograba mejorar, por lo que las malas lenguas comenzaron especular que el mal se debía a algún maleficio y donde Felicia aparecía como la principal sospechosa.

Sin embargo, Felicia descansó cuando a Israel Arcadio lo embarcaron en una lancha hacia el Urabá. Fue atendido por un médico en Apartadó, que le diagnosticó epilepsia, extrañísima enfermedad de la cual que en el pueblo nadie, prácticamente, había oído mencionar. Al menos no por ese nombre. Israel volvió medicado con unas drogas que lo calmaron un poco, pero no lograron curarlo definitivamente de la enfermedad. Aun así, este no perdía su esbeltez; con decir que, quien no lo conocía, ni se imaginaba el mal que padecía y lo daba por persona completamente sana. Se notaba tranquilo, esperando los periódicos que llegaban en las lanchas, para leerlos detenidamente, a pesar de ser noticias de días pasados, debido a la precariedad de los medios de transporte.

97

Las cosas cambiaron durante una noche, cuando Israel Arcadio se sentó al borde de su cama a leer la biblia, costumbre que mantenía cuando no leía noticias. Justo en ese momento le dio de nuevo el patatús, tumbando la lámpara de petróleo que reposaba muy cerca, sobre una tabla, prendió el toldo y el fuego se extendió rápidamente. Envuelto Israel Arcadio en toldo y cobijas, desafortunadamente sufrió quemaduras en gran parte de su cuerpo, a pesar de que la gente rápidamente lo auxilió. Desde ese momento Israel Arcadio no volvió a ser el mismo; se mostraba distraído, en ocasiones agresivo y por instantes parecía perder la razón. Sin contar con que había perdido por completo lo llamativo de su apariencia.



Llegó al pueblo la noticia de que en la Serranía del Baudó había un indio brujo que prácticamente resucitaba a los muertos, pues se conocían testimonios de algunos que había hecho volver del más allá. Dado que en Bojayá ningún yerbatero pudo curar a Israel Arcadio, más que de su mal, de su racha de males, y como los grandes brujos del pueblo no se sabía dónde andaban y la situación era apremiante, el viejo Máximo Pérez, junto con unos parientes, decidieron cargar con el enfermo y cruzar la cordillera.

Cuentan que apenas el indio le puso la mano, Israel Arcadio se estremeció y hasta la piel quemada le comenzó a mejorar.

-Vean ve compa, a pa ete muchacho reme quince rías pa tenelo como era en ante, sin quemara y sin ataque. Dizque dijo el indio después de la primera sesión.

Lo desafortunado fue que a los tres días el indio murió, y ya sin más posibilidades por esos lares, la gente se devolvió con el enfermo para Bojayá. Pero parece que el indio tenía razón, porque tras el breve encuentro, Israel Arcadió duró como dos años estable. De ahí en adelante volvieron los males, mucho peor que antes. Hubo qué encerrarlo, pues la agresividad era intolerable. Algunas mujeres del pueblo aprovechaban cuando se dormía para entrar y limpiar la habitación tan rápido como podían, pues durante este tiempo fue imposible lograr que se aseara. Y le proporcionaban el alimento por un orificio que se había hecho con tal fin.

98

Un día cualquiera, a Israel Arcadio le dio un patatús del cual no lograron reponerlo. Ninguna maniobra hizo efecto, lo sobaron con hierbas por todo el cuerpo, le untaron alcohol en la nariz, le halaron los dedos y hasta lo mordieron, a ver si reaccionaba, pero todo fue inútil. Uno de los tantos samaritanos que lo asistieron, llevándose las manos a la cabeza, exclamó.



- *Ay Dio mio, ya no hay nara ma qué hacé, se no jue Ijrraer Arcario. Que Dio lo guarde en su reino hombe.*

Se regó la noticia y, como de costumbre, cuando había un muerto, el pueblo se alborotó. Todos ayudaban con los preparativos para el velorio. Mujeres y hombres acongojados lloraban lamentado tan amarga pérdida.

Preparado todo, esa misma noche se dispusieron a velar al difunto. Comenzaron los rezos con sus padrenuestros y cantos de Alabao. En un receso, la multitud se conmovió cuando Felicia comenzó a llorar.

- *Aaay Ijrraer Arcario ¿pob qué me rejate? Ay Dio mio, qué roló. Y se desvaneció.*

Y alguien comentó:

- *Vean ve mi gente, eta mujé en rialirámente sí quería ar dijunto y nosotros pensando que toro era sino patanería.*

99

Y enseguida comenzaron los lamentos de un lado y otro.

- *Aaay Ijrraer Arcario, Aaay hombe ¿pob qué jue que te juite, manito?*

- *Aaay mi Dio bendito, no puere se que no re eta pena tan grande ¿pob qué... pob qué?*

Se lamentaban principalmente las mujeres y, como era costumbre, comenzaron a mandar saludes a sus familiares ya muertos.

- *Ay Ijrraer Arcario, mijo, salurame a Timoteo, haceme er favó hombe.*

- *Ijrra, primazo, rámele salure a mi tío Agapo.*



- *Aaay, salurame a mi muchachito.*

- *Aaay, Ijrraer, no te orviré re salurame ar Sirilo, hombe.*

Sin temor a equivocarnos podríamos aseverar que, del ritual funerario, este era el momento de mayor intensidad emotiva, más dramático, si se quiere, una suerte de éxtasis colectivo. Cuando, de pronto, en medio de tal algarabía se oyó una lúgubre voz que dejó, de inmediato, y por un instante, al velorio en el más absoluto silencio.

- *¡A yo no voy a avisá nara... a yo no voy a avisá nara... a yo no me joran ma, no señó!*

Mientras el cuerpo del mismísimo difunto Israel Arcadio se empezaba a erguir, hasta quedar sentando dentro del féretro. Todo, en cosa de dos segundos. Oigaaa, mi gente ¿se imaginan ustedes la conmoción de los dolientes? Los llantos se transformaron en alaridos de terror; otros enmudecieron petrificados, otros saltaban y corrían en forma errática derribando y pisoteando a los paralizados. La gente se atropellaba, se desmayaba, se tiraban al Atrato, se hablaban y no se entendían. Resultaron unos fracturados, otros ahogados, otros infartados y unos tantos desaparecidos por algunas horas y hasta por días enteros.

Todo por causa de uno de los enigmáticos patatús de Israel Arcadio, del cual sólo tardó un poco más de lo normal en reaccionar.



Las profecías del Santo

Es difícil precisar la fecha exacta en la que ese hombre desconocido navegó río arriba, por el Atrato, hecho que ya en sí fue considerado todo un verdadero milagro, pues ¿cómo explicar que *El Hermano*, como le llamaban, pudiera avanzar a contra corriente por un río tan grande, caudaloso, profundo y arremolinado como el Atrato, sin ningún tipo de ayuda - vara o canaleta -, solamente sentado sobre una balsa. Cuentan que el santo no arrimaba a todos los caseríos. Solo a dónde se le necesitaba.

El Hermano llevaba consigo una especie como de barro con el que curaba todo tipo de males y dolencias, ungiendo con él a las personas mientras predicaba en voz baja, en un acelerado murmullo, con la cabeza gacha y los ojos levemente entrecerrados, sin afectar la apacible expresión de su rostro. Luego de esta suerte de rito de sanación, *El Hermano* profetizaba a cada persona aquellos aspectos que consideraba más importantes sobre su devenir.

No llevaba consigo equipaje, nunca le vieron lonche y aunque muy amablemente las personas le brindaban alimentos y posada, en ningún pueblo comió ni vivió. De acuerdo a lo que relatan quienes lo conocieron, *El Hermano* vestía como un monje, era delgado, tenía una abundante y espesa barba y mantenía siempre una expresión afable.



Cuando arribó a Puerto Conto, no entró a ninguna casa. Tan pronto descendió de su balsa, en la orilla del río comenzó de inmediato a sanar a quienes se le acercaban. La gente, aglomerada a su alrededor, lloraba de emoción.

A Cornelia la alivió de aquel intenso dolor en su rabadilla, que la aquejaba desde hacía tanto tiempo, que ya consideraba irremediable y que no sabía si era consecuencia del arduo trabajo en las minas de oro, de lavar aquellas enormes pilas de ropa o de cualquiera otra de tantísimas y prolongadas faenas domésticas, porque la vida, en ese entonces, era verdaderamente dura. El hecho es que ningún brujo en Bojayá la había logrado curar de aquella terrible dolencia.

- *Ay hombe, mi gente, si ete santo señó hubiera llegaro cuando mijo Sirilo enfebmó, en vebdá que mi muchacho no se me hubiera muebto.* Se lamentó Cornelia, invadida por una como triste alegría.

También sanó a un muchacho huérfano que no caminaba, según dicen a causa de un maleficio que le hizo la contraria a su madre cuando lo tenía en el vientre y que terminó llevándosela a la tumba, dejando a la criatura en tan lamentable estado. De esta manera sanó a muchos más de sus dolencias, grandes o chiquitas, que otros nunca pudieron aliviar, y repartió bendiciones a todos. Sin embargo, no a todo mundo le hizo favores, porque, según el santo, tenían mucha maldad en sus corazones. Pero, al menos en Puerto Conto, ninguno de aquellos de mal corazón se arrimó siquiera a pedirle siquiera una bendición, pues su fama ya se había regado por todo el Medio Atrato, así que más bien lo que se evitaron fue la vergüenza de que, en público, les negara su ayuda y les soltará en su cara, y de pronto ante todo el mundo, algún repelo.



Bueno... llegó solo una persona. Antes de partir *El Santo*, cuando ya oscurecía, y en medio de la tristeza de los pobladores, al saber se iría, llegó Cecilia Valoyes, la mujer de Leonardo Perea. Y llegó tan tarde porque no vivía en el pueblo, sino en los cañaduzales, que por cierto eran extensos y herencia de los abuelos del marido.

- *Su santirá bendita, a yo le piro, con tora mi arma, su santa bendición pa yo y mi familia.*

Aunque nadie lo oyó, parece ser que el santo se negó a darle la bendición reclamándole que, para poder recibirla, o que le hiciera efecto, tenía qué dejar de ser mezquina. Y le advirtió que si no lo hacía, recibiría en su lugar un severo castigo por ello. La vergüenza, más que la pena, es lo que casi la mata, porque la gente bien sabía que a Cecilia le dolía dar hasta un saludo, por lo cual no le tenían aprecio, la miraban con recelo y murmuraban a su paso, en especial Danilo Palomeque, padrino de sus hijos.

103

Claro que Danilo tenía razón en sentir satisfacción ante el rechazo del Santo a la petición de Cecilia. Resulta que años atrás, según refieren, el diablo, al parecer, se llevó a Alfonsina, una niña de trece años, porque era muy grosera con sus padres, quienes después de este trágico incidente se fueron de Bojayá. De este hecho dio testimonio todo el pueblo y la misma familia. Ese día, el padre y la madre se fueron a trabajar al campo y momentos después el padre dizque regresó y se llevó a la muchacha, indicando a sus otros hijos que se quedaran en la casa. Pero resulta que el padre y la madre de la niña en ningún momento salieron de la platanera. Fue entonces cuando cayeron en cuenta que había sido el mismo diablo, transformado, quien se la había llevado.



Hombres, mujeres y niños se internaron en la selva durante días en busca de la perdida. Sin encontrar rastro alguno decidieron regresar, pero Danilo no apareció. Fueron tres meses en los cuales la gente ya asumía que también había sido víctima de Satanás. Un día cualquiera, mientras Cecilia se disponía a servir el sancocho de pescado y el arroz de coco, recién preparados en el fogón de leña, por medio de las hendijas vio que a lo lejos venía el perdido.

Danilo apenas se podía sostener en pie y avanzaba con dificultad por entre la espesa hierba, herido, desorientado y casi sin sentido.

- *Aaah, vean ve pue, solo eto me fartaba: que preciso ahora juera a parecé er perdiro.*

Murmuró entre dientes la mujer, apresurándose a apagar con agua el fogón y a colgar las ollas en el palo que, atravesado encima del fogón, servía también para secar y ahumar la carne y para conservar otros alimentos. Y exclamó a todo pecho:

- *Ay mi copaire po Dio santo, vea ve, ¿qué jue lo que le sucerió a ute? Vea cómo e que ta hombe ¿onde taba po Dio mi copaire?*

Y eso pues, de dientes para afuera, como por decir alguna cosa. Danilo, completamente ido y sin un aliento, prácticamente se desplomó sobre un taburete en el corredor del rancho.

Fue tal el escándalo de Cecilia que ahí mismo empezaron a llegar los vecinos. En medio de la algarabía, alguien preguntó.

- *Hombe Cecilia y ute en merio re tanta caña, ¿no tiene pob ahí argún guarapo prepara pa rale a ete pobre disdichao?*



Cecilia, sin remordimiento de conciencia alguno, y sin pensarlo dos veces, respondió:

- Ay hombe, mi gente, a yo no tengo narita, narita aquí preparao pobque apena iba a montá er jogón.

De todas maneras en medio de tanta gente resultaron muchos caritativos que volaron, ahí mismo, a la carrera, a traer algo para revivir al pobre Danilo; jugo de Borojó, Chontaduro y almirajó, pero de a poquitos, para no atragantarlo; de manera que Danilo, en medio de la agonía, con más de un buen samaritano ayudándolo a sostener y dándole los alimentos en la boca, pudo saciar el hambre que debió haberlo acompañado casi tanto tiempo como el que duró perdido y empezar a recuperar así el aliento.

Tras haber vuelto en sí, Danilo relató que se había encontrado con el diablo y que efectivamente él tenía a la niña en su poder.

105

- Vean ve hombe, casisito que se la quito, pero ¿a yo así como taba, desarmaro y sin comé? No mi gente, po Dio. Facilito logró sacurime y llévasela quién sabe aronde.

Todos los presentes estaban perplejos escuchando semejante hazaña, cuando de repente cayó del techo, cual aguacero, un reguero de arroz revuelto con pescado; hecho inexplicable, porque Cecilia había dicho que no tenía “narita, narita preparao” como para que cayera del techo semejante banquete que, esparcido en el suelo, serviría a lo sumo para que se lo comieran los marranos.

La vergüenza que sintió Cecilia al verse descubierta fue grande, pero no tanto como para cambiar su conducta. Siguió negándole favores a la humanidad durante mucho



tiempo, a pesar de que el marido constantemente la censuraba por este comportamiento. Siguió en lo mismo incluso después de la profecía del Santo, con lo que todos pensaron que se arrepentiría de ese, su pecado, la mezquindad. Cecilia persistió, sin temor alguno a la advertencia de castigo que le había sido anunciada por el Santo.

La vieja Ercilia, madre de Cecilia, vivía en la cabecera de Puerto Conto, sin ninguna compañía a pesar de que tenía más de noventa años. Y no los aparentaba, porque trabajaba como cualquiera y enhebraba agujas en la oscuridad. Un día, al salir de trabajar en la mina, cansada y con hambre, pensando en qué iría a comer si no había dejado nada preparado con lo poco que tenía, camino al rancho se encontró con Mirciades, un hombre que hacía panela chocoana, por lo que a menudo iba donde Cecilia a buscar caña.

- *Saluro mijo. Aaay, po aquí hombe pal rancho, toa cansara y con una hambre que me quiere comé.*

106

Alguna migaja, que aun le quedaba a Mirciades de algo que cargaba para comer, (claro, sabiendo que estaría donde la miserable Cecilia) le dio el hombre a la anciana, diciéndole.

- *Saluro vieja Ercilia. Tome maunque sea esta migaja mentra que llega. Hombe vieja, po allá ronde su hija le rigo que han cazaro gurre y guatinaja y eso ta e re canne que no cabe. Asómese po allá horítica mimmo y verá.*

Aunque muy bien conocía a su hija, y tal vez algo trastornada por el hambre, el cansancio y hasta la misma edad, casi alucinando además con el delicioso sudado de guatinaja, gurre, plátano, yuca y quién sabe cuántas delicias más, que ya debería



estar cocinando su hija, su miserable hija, la anciana tomó ánimo de donde no lo tenía, la invadió la esperanza – que es lo último que se pierde - y se dirigió hacia los cañaduzales.

Como ya caía la tarde, Cecilia tenía la cena preparada y el resto de la carne salada, para preservarla. Manía proveniente de su carácter mezquino, husmeaba constantemente por las hendijas que tenía dispuestas para tal efecto en su cocina.

- *Humm... puallá viene mi maire. Quién sabe qué vendrá a buscá... poaquí nara se li ha perdiro, je je je.*

Murmuró, burlándose, como de costumbre, cuando vio que la madre se acercaba con la batea de minería sobre la cabeza, con paso lento pero con cierta actitud de prisa por llegar a la casa.

- *Qué ha habiro mija. Ay, vengo re esa mina po Dio, uuuj, con eta fatiga, ete cansancio y una hambre que ni te rigo. Ay hija bendita, ¿vo no tené arguito po ahí pa comé?*

Le preguntó a su hija desde antes de arrimar al corredor de la casa. Sin siquiera invitarla a pasar, Cecilia le respondió:

- *Ay maire, a yo que voy a tené aquí pa comé, hombe po Dio. Aquí no hay narita, nara, lo mero tizone y la ceniza, vea ve.*

Claro, ¿qué más iba a haber? si anticipándose a la llegada de la anciana ya le había echado agua al fogón de leña, para que las brasas no ardieran más y había guardado todo en el horno del trapiche, que se utilizaba para producir panela y miel. La vieja Ercilia, volviendo en sí, recobrándose de golpe de su delirante



esperanza y dándose cuenta de lo que pasaba, despidiéndose, tomó rumbo a su casa, destrozada.

- *Ay hija, antoce qué se va a hacé. Otro ría será, a yo me voy pa mi casa con mi cansancio y mi hambre. Que mi Dio me lo bendiga a tóo.*

- *Arió maire, que mi Dio me la bendiga. Qué pesá no tené a yo nara qué ofrecele a ute, hombre.*

Así, sin más, porque Cecilia, en su ser, jamás experimentó tan siquiera la más mínima sensación de remordimiento.

La vieja Ercilia, camino a su rancho, lloraba de rabia más por su ingenuidad que por desilusión, pues conocía muy bien a su hija. En el camino se encontró nuevamente con Mirciades, quien cargaba otro viaje de caña, y le preguntó por qué lloraba.

108

- *Nara mijo, nara... la cosa re la vira.* Respondió la anciana.

Mirciades cayó en cuenta del error que cometió cuando llenó de esperanza a la pobre vieja con la comida en la casa de su hija, pues él conocía a Cecilia, ¿pero quién sería capaz de imaginar que llegaría a ser tan mezquina incluso con su propia madre, con esa pobre anciana que tenía ante sus ojos?

En su casa, ya sin nadie que le velara la comida, Cecilia se fue a destapar la carne guisada que esperaba en la olla, y que no era poca porque la costumbre era hacer comida en abundancia. Cuando levantó la tapa, vió con espanto que de la olla saltó como un rayo la enorme cabeza de una boa, como queriéndole devorar su cara. Cecilia saltó, dejando caer lo que tenía en las manos y huyó despavorida gritando:



- *Ay Dio mio, Dio mio, a yo no lo guervo a hacé, a yo no lo guervo a hacé. Pebdoname Dio mio er pecaro tan grande que he cometiro.*

Repetía a los gritos, corriendo como una loca, casi ahogada en el llanto y dando traspies. Dicen las malas lenguas que la comida se le convirtió en semejante serpiente. No lo sabemos, tal vez el animal olfateando el guiso se metió a la olla a devorárselo. Sí, también es posible. Pero sea como fuera, de todas maneras se cumplió la profecía de *El Santo* y Cecilia; por fin, quedó curada de su descomunal mezquindad.



Los compadres y alguien más

Conociendo a su familia y la clase de persona que era Eusebia, nadie se alcanza a explicar que le hubiera dado a bautizar un hijo suyo a una de aquellas mujeres. Como tampoco se entiende que alguna de ellas se prestara para un acto de esos. Porque, ¿cómo una bruja iba a estar cómoda rezando padrenuestros, avemarías, credos o cualquier oración a Dios? Y todos creían saber quiénes eran las brujas en Bojayá.

En el pueblo, la atención de todos estaba puesta primero en cualquier mujer atractiva. Cosa curiosa, pero comprensible. No en vano se habla del embrujo del amor. A mí mismo, donde me ven, me ha ocurrido, y no sé qué, o quién, me ha salvado de caer por completo en uno de esos abismos que es el ciego y apasionado amor por alguna prieta que le puede hacer perder por completo la cordura al más sensato, con una simple sonrisa, con una simple mirada. Pero, como creo haberlo dicho, además de este embrujo natural encarnado en las mujeres, había brujas, brujas de verdad.

Lo que resultaba más incomprensible aún es cómo en Puerto Conto, un caserío donde todos sus habitantes se conocían y hasta de un modo u otro resultaban teniendo lazos familiares, pudieran confundirse unos a otros sin poder distinguir a estas mujeres a ciencia cierta. Porque nadie se atrevía a asegurar con certeza que era la una o la otra. Se pensaba, sí. Se especulaba. Así pues, todo era una zozobra,



sobre todo con los muchachos, quienes muchas veces solían ser imprudentes y no medían las consecuencias de sus actos.

Más aún, cuando ya se sabía que había una mala intención, una provocación por parte de aquellas mujeres cuando aparecían en las orillas del río Atrato lavando. Y no era el ruido del manduco al golpear la ropa lo que inducía a mirarlas. Era su belleza de negras. Belleza con relación a la cual uno no lograba identificar un detalle particular que las hiciera especiales. Una belleza toda, de su cuerpo y mucho más allá, el aroma especial de cada una, sus movimientos, el tono o la cadencia de su voz, la manera particular en que cada una hilaba su decir. La Belleza como totalidad que invadía al propio ser de quien la percibía ¡Una locura!

Pero otra cosa eran las brujas, las brujas propiamente dichas. En el río, de repente, al fijar aún más la mirada sobre ellas, arrugaban sus pieles de tal manera que parecían completas ancianas y extendían sus tetas de tal forma que quedaban flotando sobre el agua como si fueran pepenas.

III

Todo a propósito, para que quien las observaba se riera, y entonces luego tomaban sus largos y descolgados senos y los tiraban a sus espaldas, dando la impresión de llevar a cuestras dos capas. Muchos fueron víctimas de esos juegos. Hombres y mujeres por igual.

Aristóbula, una sobrina de Bonifacio Pérez, el curandero, se rió a carcajadas al ver a una de estas ancianas y terminó introduciéndole sapos en el estómago, que su tío, como sabio era, se los hizo vomitar. Y como venganza contra la bruja que lo hizo, la puso coja y tuerta.



Lucrecia, ya descubierta, se fue de Bojayá y nunca más nadie supo de su paradero. Por esta causa, y en general por tantas cosas extrañas que pasaban en aquellas tierras, los padres procuraban bautizar a sus hijos recién nacidos cuanto antes. Y es que muchos casos se vieron donde el mismo diablo se llevaba los recién nacidos y eran el padrino o la madrina los únicos con potestad para ir a las profundidades de la selva a arrebatárselos a Satanás, a fuerza de padrenuestros, crucifijos y agua bendita. Es que ser padrino o madrina de algún niño, en esa época y esas tierras, ino era cosa menuda!

Antes de nacer el hijo de Eusebia y Merejo, Genoveva se ofreció como madrina, algo que no era extraño cuando había buena relación entre las familias.

- *Comaire ¿como amaneció?*

- *Muy bien compaire ¿y mi ahijaro? ¿y la comaire?*

112

- *Pue bien eta esa gente. Er muchacho eta que ya mimmito nace.*

Así eran las cosas. Incluso antes de que el muchacho naciera ya había ese respeto y compromiso, por parte tanto de los padres como de los padrinos.

Cosa extraña, cada vez que Genoveva la cargaba, la criatura, se ponía a llorar. Sucedió incluso el mismo día del bautismo.

- *Ay, pero a mi ahijaro ¿qué e lo que le pasa? hombe po Dio.*

Y comenzaba a hacerle gracias al niño, y nada que se calmaba.

- *Hombe mi gente, ha re se pobque etoy en eto día lo que incomora a mi ahijaro.*

Según cuentas, era su periodo menstrual lo que provocaba tal irritación al bebé.



- *Comaire po ahí le traje su tabaco que tanta farta le hace.*

Cambiaba la hoja, aprovechando que a Eusebia le gustaba fumar y le encantaba cuando la comadre la regalaba esos deliciosos tabacos.

A Merejo ni se le pasaba por su mente que la comadre lo pretendía, hasta el día que, encontrándose en las plataneras, de casualidad, le habló a Genoveva sobre el propósito que tenía de viajar con su familia.

- *Hombe mi comaire, a yo me voy a di con la familia poallá pa Napipí. E que ta pintando una mina re oro poallá, que a yo no puero resaprovechá esa opobtunirá, mi comaire...*

Medio atontada por la noticia, solo pudo responder:

- *Ay mi compairito po Dio, pero ¿cómo así que ute se me va a di pa esa lejanía, hombe?* Calló un momento y continuó.

113

- *Ay mi compaire, e que a yo no sé ni como resile eto...*

Incómoda, Genoveva no era capaz de mirarlo a la cara. No sabía cómo pararse, ni qué hacer con sus manos.

- *Pero comaire, ¿qué e lo que le pasa? Tampoco e paque ute se ponga re ese modo, pob Dio.*

- *Ay compaire, e que... e que... no se cómo...*

- *¡Pue e que rígaló, carajo, re una ve, mi comaire!*



- *E que a yo a ute lo quiero e como hombre y no como compaire.* Le soltó por fin Genoveva.

Merejo tragó grueso. Qué se iba esperar que su comadre le saliera con semejante vaina. Decir que se puso nervioso es nada. Aunque era un hombre recorrido, esta noticia sí le cayó fue de sorpresa. Se quedó pasmado por un momento y balbuceó como las vocales, sería, porque fue lo único que le salió, mientras se rascaba la cabeza:

- *Aaa... uuu... eee... ooo...*

Bueno, no le faltó sino la i. Enseguida cacareó como un pollo:

- *Que... que... qui... qui...*

Hasta que por fin algo – en verdad no gran cosa – le salió por respuesta, mientras pasaba ahora su mano por el cuello:

- *Co... co... comaire, deeepecito hablamos que que a yo toy como re afán. Ariosito pue.*

No le comentó a nadie sobre el asunto, mucho menos a su mujer, no se sabe si por prudencia o si era que, después de todo y de algún modo pensaba proceder. Si Merejo no le había sido infiel a su esposa, no era propiamente por cuestión de principios, sino porque Pailunga – una verdadera hermosura de mujer - nunca había prestado atención a sus pretensiones. Merejo lo hacía con cierta discreción, sin importar que entre los rumores confusos que en Puerto Conto se propagaban, se decía de ella que hacía parte del grupo de las que con su belleza cautivaban y luego



arrugaban su piel, y extendían sus tetas con el solo propósito de joder a cualquiera que se burlara de ellas.

Merejo aprovechaba, sobre todo en los velorios y el novenario de cualquier difunto, para desaparecer e ir en busca de Pailunga, pues en medio del acongojamiento de los dolientes, familiares y amigos del difunto, nadie echaba de ver su ausencia. Y ella, por motivos que nadie conocía, nunca asistía a los actos funerarios. A diferencia de Eusebia, quien se entregaba en cuerpo y alma para ayudar al difunto en su trance hacia el eterno descanso, a través de su oficio de rezandera.

Al contrario, cuando eran noches de alegres chirimías, Merejo solo hablaba de su mujer, lo que inevitablemente provocaba los celos de su comadre.

- *Aaay compairito, ute ta muy tomaro, ¿pob qué mejó no se va a recansá? Pero ¿qué se va a di poallá?, quérese ma bien aquí en mi casa, acuétese en mi cama, que la comaire entenderá.*

115

Decía Genoveva con doble intención. Sin embargo Merejo, bien borracho, siempre terminaba doblado en la mesa hasta que amanecía y lo despertaba la cantaleta de su mujer.

Lo de las minas de oro era cierto. De hecho, cuando Merejo llegó a su casa después de aquella perturbadora conversación inconclusa con su comadre, encontró noticias aún más promisorias sobre la repentina abundancia de oro en Napipí, al punto de que las mujeres se lo encontraban ahora hasta barriendo el patio de las casas. De manera que esa misma noche Eusebia comenzó a preparar las cosas. Noche que fue de insomnio para Merejo, pues pensaba en todo, en el oro, en la hermosa Pailunga, en su comadre, a quien ahora empezaba a mirar con otros ojos.



Bueno, en mil cosas al tiempo. Luego de tales cavilaciones resolvió despachar primero a su mujer y a su hijo y retrasarse, con cualquier pretexto, para intentar resolver aquellos asuntos que al parecer incomodaban su conciencia.

¿Cómo iba Eusebia a refutar esta decisión?, si en aquellos, como en muchos otros territorios, la mujer estaba sujeta a su marido, y era él quien tenía la última palabra sobre lo que se hacía, tuviera o no la razón. Aun de madrugada Merejo susurró al oído de su mujer, sin ningún preámbulo.

- *Mujé, a yo me voy a querá pa resorvé uno asunto y endepeué pego pallá.*

- *Pero ¿pob qué? hombe re Dio.* Le preguntó Eusebia, sumisa.

- *Ya te epliqué pob qué pue, mujé, y no se riga ma. Se van usteres do arelante, re primero, y a yo lo arcanzo endepeué. Ya toro er viaje ta arreglao y no lo vamo a aprazá.*

116

Precisamente, ese fue el punto final de la conversación. Y muestra de ello fue que, apenas abriendo el sol, Eusebia ya estaba en la orilla del río, embarcándose con los mineros rumbo a Napipí.

Las voces de los mineros y acompañantes en la orilla del imponente río Atrato, que en tonos desiguales se mezclaban mostrando diferentes sentimientos y estados de ánimo, formaban una inusual algarabía, que hacían de esa una mañana diferente. A ella se sumaban como fondo, los golpes de los manducos de las lavanderas al azotar la ropa en un ritmo constante: bum, bom, bum, bom.

Cualquiera de aquellas mujeres podía pasar desapercibida, menos ella, dado que tenía como principal características su belleza, en ese sentido muy parecida a



aquellas lavanderas que transformaban su cuerpo premeditadamente con mala intención. Sí, ahí estaba Pailunga, concentrada en su oficio, semidesnuda, cubierta por el agua solo hasta sus muslos, con la naturalidad propia de las madres de la zona, quienes amamantaban a sus hijos con los senos a la vista de todos. Permanecía en el ambiente una pesada tensión entre los hombres y sus mujeres, debido al intenso cruce de miradas, y que propiamente no tenían nada qué ver con la seducción que suele envolver a una pareja.

Desde ese momento Merejo perdió la noción del tiempo. No se puede precisar cuantos días habían pasado desde la partida de Eusebia, cuando se encontró con su comadre.

- *Ay, pero qué e eta sobpresa. Vea ve compaire ¿antonce jue que usteres no han viajaro?*

- *¿Cómo e que ta ute mi comaire? A yo fui er que me queré pobque a su comaire sí la mandé pa allá.*

- *Pero ¿y ute cuando e que se no va? Sería bueno que se querara uno día ma.*

Ya había algo diferente en la conversación, como tratando de concluir la de aquella última vez, como desatándose con las palabras, que ya evidentemente no se limitaban solo al vínculo de compadrazgo, que de alguna manera podía distanciarlos.

Aunque parecía haber cierta disposición de Merejo para atender a su comadre, había una ansiedad todavía más perturbadora que confundía sus deseos, como cuando se quiere todo y a la vez no se sabe qué es lo que realmente se quiere.



Perdido en sus divagaciones, no le preocupó en lo absoluto cuando Genoveva, su comadre, le dijo:

- *Antonce a yo voy a di po allá a llevale uno tabaquito a mi comaire.*

Más extraño es que hubiera decidido ir a cumplir su promesa con tal prontitud, por lo que el encuentro se dilucidaba como algo con un carácter de suma importancia. Al día siguiente, Genoveva partió rumbo a Napipí, en un viaje que, transportándose en una piragua rio abajo, tomaba un poco más de dos días. Durante este tiempo, Merejo intentaba por todos los medios tener la ocasión que tanto esperaba, situación que se le tornó tortuosa pues, por alguna razón desconocida, las cosas no se le daban.

Por un momento pensó desahogarse con la comadre, pero recordó que ella se había ido. Fue lo único que razonó y ni siquiera relacionó su partida con Eusebia, quien ya le había enviado varias cartas. Hasta esos momentos, Genoveva cumplía su viaje sin mayores inconvenientes. Sin embargo, como en la región del Chocó el clima es tan impredecible, brillando que estaba el sol, comenzó a nublarse el cielo y a tronar aun sin caer la lluvia.

- *Ah carajo, ¿será que a yo no voy a arcanzá a llegá sin mojame?* Se dijo a sí misma, faltándole poco para terminar su viaje.

No era menos que aquella la preocupación de Merejo en Puerto Conto, que del desespero decidió ir hasta la casa de Pailunga. No tomó la calle principal, que daba de costado al río; prefirió transitar por un sendero, internándose en los sembrados, para pasar desapercibido. El trayecto se le hizo eterno, cuando en realidad era bien corto, y pensó en tantas cosas que no pensó en nada, hasta que divisó la casa y vio



que un hombre se acercaba a la puerta. Solo hasta entonces, los celos lo despertaron de sus fantasías.

En ese momento Merejo y Genoveva tuvieron mucho en común. Ambos se movían arrastrados por los celos, con intenciones de faltar a la buena moral establecida en esa sociedad, perdida en medio de la selva. Genoveva, aparte de celosa, molesta, porque ya había comenzado a caer la lluvia y, aunque el pueblo se divisaba, no había posibilidad alguna de protegerse en esa pequeña piragua y en tanta anchura de agua.

Absorta en el torrente de ideas propio de los celos, solo cuando el agua se había deslizado por casi todo su cuerpo, se acordó de los tabacos, que ya se habían vuelto una especie de lodo sobre su pecho y su vientre. Por esos tiempos, era costumbre de las mujeres en la región guardar dinero, tabacos y otras cosas en medio de sus senos. Y este caso, no había sido la excepción. El incidente acrecentó la incomodidad de Genoveva, pues la fastidiosa sensación sobre su cuerpo y lo ridículo de la situación, le fue causando un malestar, una rasquiña que a medida que se acercaba a la orilla de Napipí se hacía más insoportable.

119

Algo similar vivía Merejo en cada paso que daba hacia la casa de Pailunga, sin perder de vista a Medardo, a quien ya había identificado como el que estaba de visita donde la mujer. Pero ni alcanzó a llegar a la puerta cuando vio a Medardo correr gritando, con las manos en la cabeza:

- *¡Dio mio, Dio mio, ta muebta, ta muebta!*

Merejo entró apresuradamente. Aterrado, quiso gritar y salir corriendo, pero al verla allí tendida en el piso del rancho vio, más que a un cadáver, a la mujer deseada. Su



mirada se fijó en esa tersa, oscura y brillante piel, en ese cuerpo tan hermoso y en esa posición que la hacía ver como dormida. Así, al asombro y al desconcierto se antepuso su deseo. Entonces casi le ordenó a Medardo:

- *¡Vaya a ve hombre bujque ayura... re aviso en er pueblo pa que vengan!*

El pobre Medardo, aturdido, salió a la carrera a dar parte de lo sucedido.

Merejo, ahora solo con la difunta, teniendo la oportunidad que nunca había tenido, se avalanzó sobre su cuerpo con una lujuria como nunca la había sentido, percibiendo aun los últimos vestigios de calor que emanaba el hermoso cuerpo de Pailunga. La despojó entonces de sus ropas y sació en sobre ella todo su deseo.

Aunque se trataba de un acto reprochable desde cualquier punto de vista moral, cuando fueron llegando los primeros habitantes que se enteraron de la terrible noticia, Merejo permanecía tranquilo, impávido, apacible podría decirse, nada qué ver en absoluto con ese hombre que había llegado enloquecido por los celos y la angustia hacía apenas unos momentos a la puerta de la casa.

120

No se percibían causas evidentes de su muerte. El cuerpo permanecía tan radiante como siempre, la piel tierna, las pupilas frescas, la tonicidad aun se conservaba, a pesar del ultraje recibido. La noticia de la muerte, como era de esperar, fue pasando de boca en boca, de manera que la difunta, sin mayor demora, estuvo preparada para su velorio y el pueblo aglomerado a su alrededor.

No muy diferente era la suerte que corría Genoveva casi en ese mismo momento, solo que no con tanta tranquilidad como fue el deceso de Pailunga. Antes de tocar la orilla algunos habitantes que vieron la piragua, notaron su terrible condición y trataron de auxiliarla.



- *Aaay mi Dio, aaay, ay hombe, me muero, me muero, ay hombe.*

- *¿Y a ute que fue que le pasó, hombe, pa ponese así?* Decía una señora en medio del desespero.

La gente fue saliendo de la orilla del río con algo de dificultad a causa del barro liso provocado por la lluvia y, como pudieron, la llevaron a una de las casas cercanas. Ya en agonía, confesó ante aquellos desconocidos su mala intención:

- *Ay, ay hombe, fueron eso lo tabaco embrujaro con que iba a matá a mi comaire, y se me han regaro pob toro er cuerpo con ese aguacero... aaay... aaay.*

Aunque parezca insólito, una agonía similar estaba por sufrir Merejo, solo que más prolongada. Comenzando el velorio, le pareció ver a Pailunga parada en la orilla del río haciéndole señas con la mano para que se le acercara. De momento, pensó que era cierto, pero al acercarse al ataúd y ver en él al cadáver, entró en pánico. Rápidamente salió sin saber a dónde, deseando haberse muerto antes que fijarse en esa mujer. Sólo entonces empezó a hacerse consciente del execrable acto que había cometido con Pailunga al momento de su muerte.

121

- *Merejo, Merejo, aquí etoy, vení pob mí.*

Escuchaba Merejo la voz de Pailunga quien, seductora, lo llamaba mientras él huía despavorido, mirando atrás sin ver a nadie. Claro que era la voz de Pailunga, no podía estar confundido, la escuchó tan clara como nunca. Sintió aún más ganas de correr y fue entonces cuando se la encontró de frente. Cerró los ojos para no verla, pero la imagen persistió en la oscuridad, impresa ya en su mente. Al abrir los ojos intentó gritar para dar algo de salida a esa macabra mezcla de sentimientos e ideas, pero el grito se le atragantó y fue a dar al suelo en terribles convulsiones.



- *Ay, ay, ¿eto qué e Dio mio, eto qué e? Ay ombe, ayúrenme, ayúrenme pob favó.*

Después de ese momento, nunca más volvió a hablar y nunca dejó de ver al cadáver de Pailunga en todo momento, invitándolo a repetir la vejación que había cometido en su contra, en lo que parecía un perturbador romance, que lo fue consumiendo muy lentamente. Así, en lugar de vida, Merejo padeció unos horribles últimos años de muerte.

Mejor suerte tuvo Genoveva, quien por una obra de caridad de Euclides, el marido de Eusebia, fue devuelta a Puerto Conto, para recibir cristiana sepultura.





Cuál sería el trato que hizo Venancio Palacios

¿Cómo es posible que un hombre crea que puede hacer compromisos con el diablo y salir favorecido? Parece ser que eso fue exactamente lo que pensó Venancio Palacios, aun sabiendo las repercusiones tal acto le traería. Y complicó aun más su situación al comprometerse con cosas que, según parece, no pudo cumplir. Y aunque no es posible saber, a ciencia cierta, cuáles fueron los compromisos pactados, para nadie era un secreto en Puerto Conto las dádivas que recibía Venancio por parte del maligno.

Y es que no era lógico ¿Cómo es que a este señor intentaron sus enemigos matarlo tantas veces y apenas lo veían terminaban abrazándolo como si fueran los mejores amigos? ¿De dónde sacaba tanto dinero sin trabajar, si tampoco le robaba a nadie? ¿Cómo era posible que se enfrentara a cinco, seis, siete hombres, armados todos con machete, y lograra vencerlos tan solo utilizando su camisa como arma?

Además, no solo en Puerto Conto sino en todo Bojayá conocían a Venancio y fueron testigos de esa transformación tan radical que sufrió de un momento a otro. Muchas personas, sin exagerar, se entregaron al evangelio por su causa.

- *Alabaro sea er señó. Arrepiéntasen toro er mundo poaquí... rejen toro su pecaro a un laro si quieren se sarvo.*



Sus predicas eran tan contundentes que muchos le pedían que orara por ellos, pues veían en él un intermediario ante Dios. Y pensar que años atrás nadie en Bojayá daba un peso por su alma, pues inspiraba sólo lástima. Es que ni Miguelina, su mujer. Y era entendible, tratándose de un hombre débil, no solo físicamente sino también de carácter, tímido, pobre e ignorante, que a duras penas lograba conseguir el sustento diario.

Sin embargo, todo comenzó a cambiar desde el embarazo de Miguelina, su mujer, que le produjo un chaguá que por poco lo mata. Fueron quince días de altas fiebres, escalofríos, dolores de cabeza, vómitos y antojos insoportables. A los yerbateros se les hizo imposible apaciguar el fuerte malestar. Algunos brujos lo intentaron, pero también fracasaron. Fue entonces cuando a alguien se le ocurrió, como último recurso, llevar a la casa de Venancio Palacios a algunos evangélicos, para que oraran por su salud.

125

- En er nombre re Cristo perimo que toro mar sarga re ete hombre, Dio paire nuetro...

Y solo esto bastó para que Venancio estuviera en pie, se convirtiera al evangelio y también en un hombre completamente nuevo.

La convicción en sus creencias lo llevaron incluso a salir del territorio de Bojayá y predicar la palabra de Cristo en Urabá, Sucre, la Guajira, en fin. Su economía al igual que sus seguidores se acrecentaron como si estuviese bendecido. Y no era para menos, algunos le atribuían milagros, sanaciones, expulsión de demonios, cambios de vida. Sin embargo, y a pesar de sus prodigios, se comenzó a percibir cierta inconsistencia en la conducta de Venancio Palacios.



Los primeros en darse cuenta que Venancio no andaba en rectitud, fueron sus hermanos de iglesia. Y aunque al principio al Pastor Custodio le costó creer lo que le decían sus hijas, todo se hizo evidente una noche, después de un culto de sanación en el caserío de Bellavista, cuando Venancio fue sorprendido intentando meterse en la cama de una de las muchachas, cual gato en la oscuridad.

- *Hebmano po Dio ¿y ute qué hace aquí?* Preguntó sorprendida la madre de las muchachas.

- *¡Hebmano!* Exclamó el pastor.

- *Dio mio bendito, ¿pero eto qué e?*

- *¡Te reprendo Sataná en er nombre der señó!*

- *¡Santo Dio!*

126

Se escuchó de manera casi simultánea la voz de todos los que alcanzaron a presenciar el acto de Venancio. Pensó hacerse el sonámbulo, pero ya era demasiado evidente su propósito, así que al sentirse descubierto y acorralado, se escabulló en medio de la oscuridad, dejando hasta la Biblia. De allí en adelante no se supo más de Venancio, al menos no en la congregación, porque sí comenzó a compartir en otros ambientes completamente diferentes al espiritual. De todas maneras, si hubiese tenido la cara para volver, no creo que las cosas con sus hermanos de iglesia hubieran sido iguales, mucho menos con Custodio, por más pastor que fuera.

A sabiendas de que un fundamento importante de la palabra de Cristo es el perdón, al parecer ninguno de los evangélicos se lo concedió a Venancio, excepto Lucrecia, una de las hermanas en Cristo, de origen antioqueño, quien hacía un par de años



había llegado a Puerto Conto desde el municipio de Acandí, al norte del Chocó. Era la única que lo buscaba, ahora incluso mucho más que antes.

Y es que conociendo su historia y sus muchos sufrimientos, era hasta comprensible su comportamiento. Durante una jornada de oración y mediante un demonio que intentaban expulsarle estando ya entregada a Cristo, se supo que Lucrecia en su juventud había practicado la brujería, que había tenido dos hijos y se los había entregados al diablo, y también su madre, una anciana de ochenta años, corrió con la misma suerte. Pero Satanás no estaba contento con los obsequios y deseaba tener también su alma, lo que la llevó a refugiarse en los caminos de Dios.

Se hizo frecuente entonces ver juntos a Venancio con Lucrecia, con decir que si él iba de vez en cuando a su casa, era solo por su hijo. Algo similar sucedía con Lucrecia y la iglesia, pues se fue ausentando de ella cada vez más.

127

- *Hebmana ¿y ute pob qué jue que no gorvió ar curto? Poallá la hemo tao eperando, vea ve.*

Le decían sus hermanos en Cristo cada vez que se encontraba con alguno de ellos en las calles de Puerto Conto.

- *Ay hermana, es que he estado tan ocupadita, tan ocupadita, que usted ni se imagina. Pero deje y verá que appena tenga forma me vuelo para la iglesia. Me saluda a los hermanos ¿sí? Buenos pues, que mi Dios me la bendiga.* Respondía al reclamo.

- *Vea ve hebmana, que toro er tiempo e re er señó.*



- *Ay, pues claro hermana, claro que sí, yo sé eso. De esta misma semana no paso de ir al culto, deje y verá. Bueno, bueno, hasta luegoito pues.*

Respondía Lucrecia y afanadamente se retiraba. Era más que evidente su distanciamiento de la iglesia y su apego a Venancio, pues era claro que su relación había pasado de hermanos de iglesia a otro plano. Tanto que un día aparecieron tomados de las manos, completamente desnudos, recorriendo las calles del pueblo como si nada les importara. Lo que por supuesto fue motivo de asombro y de escándalo para todos.

- *¡Ay Dio mio bendito! ¿pero... eto que e?*

- *¡Arrenuncio a Sataná, maunífica ánimas mea! Pero ¿qué son eto remonio, señó?*

- *¿Pero y e que eta gente se han vuelto e loca? ¡Pob Dio santo!*

128

Exclamaba la genta al enterarse y mucho más al verlos deambulando por el pueblo, como si nada. Claro, también hubo quienes sólo se burlaban o sentían lástima o vergüenza ajena por ellos.

Fue entonces cuando algunas personas corrieron a buscar ropas para cubrir la desnudez de la pareja. Algunos hombres los agarraron por sorpresa y, con mucha dificultad, por causa de la resistencia que ofrecían, los vistieron. En medio del tropel comenzaron a llegar los hermanos evangélicos, con la intención de intentar expulsar lo que para ellos eran demonios que habitaban en Venancio y Lucrecia.

- *Sargan re su arma epíritu malirno, en er nombre re Jesús ijuera!*

Gritaba el pastor Custodio, acompañado por otros hermanos, mientras mantenían sus manos en las cabezas de los endemoniados y con la ayuda de los hombres que,



a la fuerza, lograron medio vestirlos. En tanto, todos los demás oraban por la pareja con la mayor devoción.

Los que con temor presenciaron la escena, pensaron que Venancio y Lucrecia quedarían limpios de toda opresión. Pero la pareja, en respuesta a las súplicas y oraciones de los hermanos, se burlaban a las carcajadas de todos ellos. En vista de su actitud y en un esfuerzo por vencer al Maligno, uno de los miembros de la iglesia dejó a un lado la biblia, tomó a *Pedro Moreno*, un rejo de cuero de vaca, y les propinó una pisa de señor y padrenuestro. Pero los endemoniados tampoco así paraban de burlarse y, por el contrario, ahora sentenciaban al soldado de Cristo que los azotaba:

- *Siga paisano, siga no ma... pegue ma que repué verá, pegue ma que repué verá... ja ja ja.*

129

Para sorpresa de todos, primero cesó de azotarlos el hombre, rendido, que ellos de burlarse y amenazar. Y pronto todos los presentes se dieron cuenta que tanto Venancio como Lucrecia no mentían, porque al mismo sitio se aparecieron con la hija del hermano que los había azotado, llorando y con señales de latigazos por todo el cuerpo, sin ninguna explicación. Cuentan los que la vieron que la niña estaba jugando cuando de repente salió corriendo y gritando sin que nadie la tocara, en un desespero tal que hasta se aventó al Atrato, y si no la sacan seguramente se hubiera ahogado. O le hubiera dado muerte el propio papá, a punta de fuate, si el cansancio no lo vence primero a él.

Con tanta gente que los rodeaba, y en medio de tanta algarabía, no se supo en qué momento los endemoniados se escaparon, pues toda la atención se dirigió a la niña y solo se percataron de la huida al escuchar sus risotadas desde el monte.



Temiendo que volvieran en medio de la noche a hacer algún daño, los hombres más osados del pueblo, incluyendo a Jesús María, un pastor evangélico, se internaron en la selva en su búsqueda. Fueron ocho días con sus noches en los que los hombres, armados con biblias, crucifijos, agua bendita y camándulas, orando y cantando alabanzas, atravesaron sin descanso ríos, ciénagas, pantanos y montañas, sin dar con el rastro de los endemoniados.

- *Vea ve, a eto critiano se lo ha llevaro pa su reino er diablo, protégeno santísimo Dio.*

- *Ay ombe, er diablo se lo ha llevaro en cuebpo y arma.*

Era la explicación aceptada por todos en el municipio de Bojayá, más aun cuando fueron pasando los meses. Por cierto, si no es porque Miguelina, la mujer de Venancio, tenía a toda su familia en Puerto Conto, se hubiera muerto de hambre junto con el hijo, pues ya había perdido a su marido.

130

Seis meses después, un día muy temprano en la mañana, Lucrecia y Venancio volvieron a aparecer en Puerto Conto tal como Dios los trajo al mundo, completamente desnudos y diciendo a todos que eran esposos. Según ellos, el mismísimo diablo, un perro negro y enorme, se había encargado de la ceremonia y acto seguido sellaron su pacto con él.

Cómo no, el temor se apoderó de los habitantes del caserío de Puerto Conto y de todo Bojayá, de tal manera que nadie se atrevía a intentar acción alguna contra ellos. Los evangélicos desistieron por completo de exorcizar los demonios que vivían dentro de Venancio y Lucrecia.



Desde ese día, comenzaron a evidenciarse las dotes que había alcanzado Venancio, tras ocultarse por seis meses en las selvas Chocoanas. Ahora era capaz de realizar hazañas mucho más impresionantes que las que hacía cuando andaba en los caminos de Cristo. Como nadie les proporcionó posada a causa del temor que generaban, Venancio hizo algo que logró dejar a todo Puerto Conto estupefacto. Se internó nuevamente en la selva, cortó palmas, macanas y bejucos y construyó una casa que, para ese entonces, diez hombres hubieran tardado meses. Quienes algo presenciaron, afirman haber visto como si estuvieran trabajando no se sabe cuántos Venancios y que antes de oscurecerse el día, la casa ya estaba lista.

Construyeron la casa a orillas de la quebrada que divide a Puerto Conto y desemboca en el Atrato, sitio hartó frecuentado para bañarse, lavar la ropa o pescar, sobre todo sardinas y guacucos. Con los nuevos vecinos, la concurrencia de gente hacia esa zona menguó de inmediato y quienes tenían hijos pequeños mantenían especial atención de que los niños no se fueran a acercar por esos lados.

131

Cuando todos creían que la pareja de endemoniados formaría una familia y pronto vendrían sus hijos, un día, al acercarse la Semana Santa, Lucrecia se embarcó en una lancha que iba con destino hacia el golfo de Urabá y luego ahí creo que partía rumbo a Cartagena. El destino de la mujer nunca se conoció y su marido tampoco lo reveló ni se le vio afectado por la separación.

Según algunos testigos, después de la partida de Lucrecia, con frecuencia se alcanzaba a ver con claridad a una descomunal serpiente boa en la casa de Venancio y a la cual trataba él de manera muy especial. También la encontraban nadando a orillas de la quebrada con un comportamiento que de inmediato llamaba la atención, pues todos sus gestos eran más los de una persona. Bostezaba, movía la cabeza como sacudiendo la cabellera, a veces andaba verticalmente, se sentaba y



nadaba como cualquiera de los que vivían en el caserío. Otros manifestaron que, en ocasiones, les parecía que la Boa como que les hablaba. Según parece, la boa era la misma Lucrecia, que de algún modo seguía viviendo en Puerto Conto.

La vida de Venancio transcurría, pues, entre sus hazañas. Su fama como socio del diablo se extendió por todo el Chocó. Conseguía y hacía lo que se le venía en gana. Aunque tenía enemigos de todo tipo, peleaba con ellos estando él en Puerto Conto, y ellos en cualquiera otra región o caserío, Bagadó, Condoto, Guaguandó. Y aun sin estar presente, siempre terminaba vencidos.

Nada raro en un territorio donde abundaban brujos y brujas, hombres increíblemente diestros para pelear con el machete y otros que tenían la fortuna de agarrar una piedra de rayo en la mano, que encontraban, no sin harta dificultad, en el sitio exacto donde caía un rayo y que a veces incrustaban en la mano de un niño, haciéndolo poderoso. ¡Ay de quien tocara su mano! pero ya no se podían bañar en las aguas del río, porque terminaban en sus profundidades.

132

Pero por muchos poderes que tuvieran, sólo unos pocos necios se atrevieron a retar a Venancio Palacios. Y ninguno lo pudo vencer, A todos les fue supremamente mal, por decir lo menos. Por ello, a quienes de algún modo lo presenciaron, les pareció muy extraño cuando se escuchó a Venancio discutiendo fuertemente en el interior de su casa con alguien que hasta ese momento no se supo de quien se trataba.

- *¡A yo ute no me va a recí lo que tengo qué hace. Lo re yo e re yo y naire me lo quita... y póngala ute a como le re su mardinga gana, a ve cómo e!*



Gritaba Venancio a todo pecho, sumido en gran cólera, tanto que sus palabras se escucharon por todo el pueblo, a la vez que temblaba la casa y se expandía un olor a azufre por todo el caserío, acompañado de una brisa tenebrosa.

Siendo las dos de la tarde, cuando el sol estaba en todo su furor, el cielo comenzó a nublarse repentinamente. Aunque es algo muy común en el Chocó, lo de esa tarde era diferente. Antes de que cayera la primera gota de agua se soltó una tronamenta y comenzó a temblar la tierra. Cuando empezó a llover, las gotas eran como piedras. Aun así, la discusión se intensificó.

La voz del otro no lograba entenderse claramente, porque era como gruñidos de bestia, que producían como una vibración desagradable. Todos los que tenían hijos pequeños los aseguraron en sus brazos, no hubo quien no doblara sus rodillas en súplica a Dios, incluso los brujos, cosa de no creer, gritaban:

- Dio santo ¿pero que e eta cosa?

Hasta los enemigos se abrazaban como hermanos.

Comenzó a hacerse un remolino en el Atrato, justo al frente de Puerto Conto, y era tan grande que pensaron que se tragaría el pueblo. Las casas comenzaron a desbaratarse y a volarse con el viento. Volaban paredes de palma, techos de paja, pilones, piraguas, todo, pero la casa de Venancio seguía intacta. Quizás si en esos momentos su hijo hubiera estado a su lado, las cosas habrían sido diferentes.

Miguelina permanecía con el muchacho y toda su familia, prácticamente a la intemperie, soportando la inclemencia de esa diabólica tormenta, todos abrazados, ya no orando, sino llorando. Fue entonces cuando escucharon una sonora y aterradora carcajada. En medio del miedo y la angustia, les pareció que esa risa era



la misma de Venancio y Lucrecia el día en que el diablo en ellos se manifestó. En ese momento el viento se incrementó, azotó un gran trueno y Merejito, el hijo de Venancio y Miguelina, un niño de nueve años, le fue arrebatado de los brazos a su madre y se lo fue llevando la tormenta y con él se fue yendo la espantosa carcajada.

Después las cosas fueron volviendo a la calma y la gente, desconcertada, se fue reuniendo, buscándose unos a otros, para ver si estaban todos o si faltaba alguien. Miguelina lloraba desconsolada, y con toda la razón. Su hijo era el único que faltaba. Su llanto contrastaba con el silencio y la calma que había quedado en la casa de Venancio. Por un momento pensaron que también se lo había llevado el viento o que se lo había tragado el gran remolino. Sin embargo, Venancio fue saliendo de la casa que parecía que hubiera peleado con tigres, leones y panteras a la vez. La ropa era solo ripios y en la piel no le cabía un rasguño más.

- *¿Y qué e lo que ha suceriro pue?*

134

Preguntó Venancio al escuchar el llanto de Miguelina. Y alguien le respondió:

- *E que a su muchacho se lo ha llevaro eta tempestá y toravía no lo pueren encontrá.*

Fue en ese momento cuando Venancio salió gritando selva adentro:

- *¡Sataná, Sataná, devormeme er muchacho! ¡Sataná, Sataná! ¿a ronde te lo ha llevaro? ¡Sataná, Sataná!*

El Demonio cobró de tal manera, en su beneficio, su pacto con Venancio. Fue también la última vez que vieron a Venancio por esas tierras, porque nunca, jamás, volvió.





La equivocada decisión del yerbatero Bonifacio Pérez

El viejo Bonifacio, o Boya, como le llamaban, era un personaje reconocido en todo el Departamento del Chocó, pues además de su don de gente poseía el más vasto conocimiento sobre botánica y preparación de pócimas por medio de las cuales, sin exagerar, sanaba cualquier clase de enfermedad conocida o desconocida, trataba toda clase de maleficios con la mayor eficacia y mucho se le admiraba por su capacidad para curar a los hombres impotentes sexualmente, restituyéndoles con creces el más insospechado vigor, especialmente a los ancianos.

Y eso sin contar los secretos que guardaba en su mente y que, según él, le eran otorgados por las ánimas de los difuntos. Poderes con los que curaba las lombrices o el mal de ojo y era, además, poseedor del don de la adivinación, especialmente para saber cuándo y de qué iba a fallecer alguien.

Por todo eso fue que a nadie en su tierra le pareció buena idea, ni lo aceptaron de buen agrado, cuando Bonifacio, en forma inesperada, anunció que se iba a establecer en el Urabá, tierra de la que se desconfiaba, por ser ésta una zona donde llegaba gente de todo el país y de toda calaña a causa del furor de las bananeras.

Y es que también ¿cómo iba a caer bien la noticia cuando Bonifacio sanaba a todo tipo de enfermo? Con decir que, en sus tiempos, si alguien murió en el Departamento del Chocó, fue de viejo y más por el cansancio de tanto vivir, o por algún accidente, o por sus malas acciones, que también los había.



A lo largo y ancho del río Atrato, desde Quibdó, la capital del Chocó, hasta la desembocadura en el golfo de Urabá, lo veneraban, y algunos malpensados hasta llegaron a afirmar que el viejo Boya tenía pacto con el diablo. Rumor que tomó fuerza sobre todo desde el incidente de Sinercio, el músico clarinetero de Puerto Conto, corregimiento de Bojayá.

Bonifacio prácticamente sacó a Sinercio del ataúd cuando, en una de esas tremendas borracheras que solían meterse los hombres con el biche que ellos mismos preparaban, se quedó dormido a un lado del camino hacia su casa, siendo atacado por una manada de serpientes mapaná, quienes le incrustaron sus colmillos por todo el cuerpo y, de no ser por Sinforosa, su mujer, quien acostumbraba ir a buscarlo cada vez que terminaba de tocar en las parrandas, las alimañas se lo hubieran comido.

- *Ay...ay... Dio mío bendito... ayúrenme, ayúrenme pob favó... lo mataron... lo mataron... ayúrenme pob Dio santo.*

137

Gritaba la mujer, cuando alcanzó a ver, con la poca luz que ofrecía la madrugada, a las víboras como perros sobre Sinercio. Casi al instante llegaron algunos hombres armados con machete, arpones y escopetas, pero por poco se devuelven del miedo y eso que solo alcanzaron a ver la cola de uno de los animales cuando emprendían la huida, que no se sabe si se dio por los gritos de Sinforosa o por la presencia de los hombres.

- *Dio mío bendito, eto no puere se posible, hombe, compa sinercio ¿quién iba a pensá eto pob Dio?*



- *Bueno mi gente, pero no no queremos ahí paraos como uno pendejo; levantémolo, levantémolo y corramo a bujá ayura pob Dio.*

- *¿Pero no ta viendo que ya no hay nara que hacé, hombe?*

Exclamaban los hombres que llegaron a auxiliarlo, en medio de la confusión provocada por la sangre de Sinercio y el estado de Sinforosa, quien no paraba de gritar.

- *¡Caraaajo, eta muchacha! ¿y cuál e la arrechera tuya Sinjorosa?*

Gritó el viejo Bonifacio aún a la distancia, pensando que el incidente se debía a alguna pelea entre marido y mujer o una discusión de esas que formaban las mujeres de una casa a otra insultándose por causa de algún enamorado en disputa. Pero uno de los presentes le aclaró el asunto, porque Sinforosa se desmayó cuando intentó responder.

138

- *Hombe viejo Boya, consirere pue, que ha suceriro una rejgracia, vea ve, que ar compa Sinercio casi se lo jartaron un ciento re víbora mapanáe.*

- *Caraaajo, mi gente, pero e que usteres no sibben e pa nara, po Dio ¿usteres pob qué no me fueron a llamá a mí, hombe? ihágasen re pa un laro vean ve!*

El viejo, muy sereno, comenzó a observar al ya declarado difunto Sinercio. Y exclamó:

- *Mi gente, de vebdá que la cosa sí ta e relicara. Ete critiano no repira, ni le parpita er corazón... hummm, pero toravía ta tibio.*



La gente, claro, toda enmudecida, apenas se miraban entre ellos, lágrimas y suspiros por todos lados.

- *Teorora... Teorora, volá a traete la yerba que tan en er zarzo ipero rápiro hombe, rápiro a ve! Que yo, mientra, miro a ve qué se le puere di haciendo a ete pobre muchacho.*

Le habló a Teodora, su sobrina, quien vivía desde niña junto a él, y le ayudaba a preparar las pócimas y los emplastos de curación. Pero más se demoró en pedir sus yerbas que en tenerlas a la mano, pues Teodora, literalmente, voló.

Al instante, sacando hierbas, raíces y flores del costal, cubrió el cuerpo de Sinercio en su totalidad, y comenzó a pasar sobre él, a santiguarle, se arrodillaba y volvía y le santiguaba con un rezo del que solo se escuchaba un balbuceo. El viejo Bonifacio blanqueaba y abría y cerraba los ojos, como en una especie de trance. De repente se quedó sereno, abrió sus ojos casi hasta quedar fuera de sus órbitas, y fue cuando se percató de que todos los habitantes de Puerto Conto permanecían completamente estupefactos detallando su accionar. Nadie pronunciaba una palabra, parecían ni respirar siquiera.

139

-*¿Po aronde jue que se fueron lo animale eto?* Preguntó Bonifacio, rompiendo el silencio.

- *Poallá, poallá viejo Boya* - señaló alguien.

- *A yo no me remoro. Naire que vaya a tocá a Sinercio pobque ahí sí e que lo joren mi gente. Y a eta mujé* - Refiriéndose a Sinforosa, quien aún permanecía desvanecida - *llévesenla poallá bien lejo y cuando guerva en sí, le ran uno beberizo re cilantro pa que se ruerma y no vaya vení poacá con su arrechera.*



Siempre fue que, de la multitud, resultó un osado, quien se ofreció a acompañarlo y de inmediato se empezó a armar de botas, machete, hacha, crucifijo, que los demás empezaron a entregarle.

- *Ve ve muchacho, si va a ir conmigo me hacé un favó y rejá tu poco re perendengue. Nara re eso sirve pa enfrentá ar Malirno.*

El pobre hombre casi desiste de acompañarlo, pero ya se había ofrecido y, como hombre, debía cumplir. Claro, al viejo Boya solo le acompañaba una mochila con algunas hierbas y una calabaza, porque ni botas calzaba. Siempre usaba sandalias, el pantalón remangado hasta la mitad de las piernas, una camisa guayabera y un sombrero de Cabecinegro, que en muy pocas ocasiones se quitaba. Tomando el camino hacia la selva por momentos pareció ser un duende, no tanto por lo que sabía sino por su andar medio encorvado y su baja estatura, la cual se fue acrecentando en medio de los altos árboles y su acompañante, Uclinio Romaña.

140

No mucho después los divisaron de vuelta; Uclinio caminaba adelante y parecía asustado. El viejo Boya seguía en el medio, porque había un tercero que no lograba distinguirse con claridad y seguía a ambos sin interrumpir su paso. Cosa bien extraña, porque ¿de dónde había salido el otro sujeto si eran tan tempranas horas, cuando ninguno se atrevía a irrumpir en la espesura de la selva? No por esos tiempos, pues era casi un suicidio a causa de los espantos y tan agresivas y numerosas bestias. Por lo que al instante comenzaron a surgir conjeturas.

- *Vean ve mi gente ¿y ese quién e?*

- *Pero, eto e como un aparato, pob Dio santo.*



- *Bueno ¿y será que er viejo Boya no ta viendo lo que viene atrás, que camina con tanta tranquilirá?*

- *¡Dio mio! ¿pero eso que e?*

Solo hasta que los caminantes salieron por completo de la selva, los habitantes de Puerto Conto lograron ver claramente a quien los confundía. No dando crédito a lo que veían sus ojos, muchos quisieron correr, otros quedaron paralizados. Pero a pesar de todo se fueron tranquilizando al ver la seguridad del viejo Boyá y de escuchar los detalles que daba Uclinio, quien emotivamente explicaba:

- *Hombe mi gente, si a yo les contara ¿usteres pueren créé que er viejo Boya ha encontraro a eta que usteres ven aquí, una re la mapaná re la que tienen a mi compaire ahí tendiro y repue re santiguala le rijo: iseguime! y como usteres mismo pueren ve, ete animá se vino retrá re nosotros.*

141

Y no había terminado Uclinio el relato cuando el viejo, en tono molesto, interrumpió, ordenando a la serpiente:

- *¡Echate pue... que te eché pue carajo! ...*

Y la serpiente se enrolló, quedando como arrepentida, justo al lado del cuerpo de Sinercio, lo que aumentó la admiración; y era comprensible, pues un acto de estos era normal, si mucho, con un perro, pero no con un animal de esos. En definitiva Bonifacio tomó una rama que tenía entre sus cosas y le propinó tres fuetazos en la cabeza a la enorme víbora, que era tan grande que sobre ella ya crecía vegetación; pero eso bastó para aniquilarla de inmediato.

-*Eto e pa que repeté y no lo vorvá a hacé.*



Fue lo último que Bonifacio le dijo al animal. Y de inmediato le extrajo el veneno, hizo rápidamente un emplasto con este y con algunas hierbas y comenzó a untar el cuerpo de Sinercio, a la vez que invocaba a las ánimas del purgatorio. Luego comenzó a dar latigazos al cuerpo, con la misma rama con la que mató a la serpiente, mientras rezaba y gesticulaba con su balbuceo, de manera que parecía estar nuevamente en trance. De repente:

-¡Jumm, Jumm, Jumm!

Era Sinercio que gemía, como volviendo del más allá. Como era de esperar, hubo gente que se desmayó, otros comenzaron a llorar y hubo algunos que entraron en crisis nerviosa, sobre todo cuando Sinercio se fue incorporando, pidiendo que le concedieran escuchar aquella canción titulada *La muerte de Abel Antonio*, del maestro Abel Antonio Villa, y que le llevaran una botella de biche y su clarinete, para celebrar el hecho de haber vuelto a nacer.

142

Aunque la hazaña mencionada acrecentó el prestigio de Bonifacio Pérez en el Chocó, en el fondo de todo había una razón de peso para quererlo retener, en especial en Puerto Conto, su pueblo natal, pues había un arraigo de él desde su fundación. Fue precisamente su hermano mayor, Máximo Pérez, siendo muy joven, la primera persona quien se estableció en esa orilla del medio Atrato, frente a la desembocadura del río Murri; llevó a sus padres, luego a otros familiares, también llevó a Cornelia, su esposa, y se comenzó a poblar la orilla hasta convertirse en lo que es hoy.

Por todo lo anterior, es más que evidente que el viejo Boya no tenía la más mínima necesidad de emigrar de su tierra, pero quién iba a refutar a semejante eminencia; la



gente trataba de persuadirlo prudentemente, de manera que no se fuera a ofender, pero nunca le hablaban abiertamente.

- *Hombe viejo Boya, ¿antonce uté siempre e que no va a rejá? Ay, er vacío e tremendo hombe.*

- *Viejo Boya, ¿antonce ute se va, pue?... jummm, con eta fama que tan cogiendo etas tierras poallá.*

Ninguno de los ay, ay, ay hizo cambiar de parecer a Bonifacio. Una tarde cualquiera embarcó sus pertenencias, en su mayoría hierbas, en *Don Pancracio*, la embarcación más grande que navegaba el río Atrato, e iba desde Quibdó, repleta de madera, hacia el Urabá. No hubo quien no llorara esa tarde, no solo en Puerto Conto, sino en todo Bojayá. La partida fue realmente conmovedora, que hasta el mismo Boya no pudo contener las lágrimas de ver a todos los habitantes del pueblo, quienes en su gran mayoría eran de su familia, sumidos en tan profunda tristeza. Para serles sincero, esa despedida parecía un entierro.

143

Y no fue menos el desconcierto cuando la embarcación iba pasando por los caseríos que quedaban a orillas del río. Bellavista, Opogadó, Murindó, Vigía de Curbaradó, Riosucio, Montaña, Tumaradó, y todos los demás, se sumaron en llanto. Cuando el viejo Boya pisó tierras Urabaenses, hay qué decirlo, fue tratado con respeto desde el primer momento, pues ya sabían de su condición, puesto que a algunos en esa región había realizado trabajos importantes, sobre todo para la buena suerte en los negocios, asegurar o encontrar amores perdidos.

El viejo se estableció en Apartadó. Muy bien referenciado, alquiló una casa diagonal a la plaza de la Martina, de propiedad del señor Abrahán Balanta, un costeño que



desde hacía algunos años se desempeñaba como capataz de varias fincas bananeras y quien, junto con su familia, su mujer y cuatro hijos, habían aborrecido la propiedad porque, según ellos, en ella espantaban. Sin embargo, el señor Balanta fue sincero con el viejo Boya, y le dio a conocer el incidente; pero esto no fue de importancia en el contrato, que se estableció, como se acostumbra entonces, de palabra.

- Eso rebe sé un arma en pena re argún dijunto. Piebda uté cuiraro, que a yo sé cómo le ayuro pa que rescanse en pa, o lo aconduto si e que ta solamente e por joré la vira.

Dijo Bonifacio, mientras admiraba las bondades que tenía la enorme casa, porque medía un aproximado de treinta y ocho metros de fondo, por doce de frente; justo en su centro exponía una fuente, rodeada de jardín, como queriendo imitar una casa colonial, cosa que agradó mucho al viejo Boya. Además del enorme patio trasero, que alcanzaba a sobrepasar los doce metros, dotado de mangos y carambolos, extendiendose aún más la vivienda. De las habitaciones, ni hablar, porque eran tantas que formaban laberintos, donde cualquiera se podía extraviar.

144

En realidad, lo que comenzó a llevar clientela al viejo Boya no fue su fama; fueron las botellas de balsámica que, con gran premura, buscaban los hombres en Urabá, para responder como era debido, en la cama, a las mujeres. Según decían, eran tan efectivas que algunos matrimonios comenzaron a armonizarse y otros a desbaratarse, y las prostitutas de la famosa zona del Copelón, en muchas ocasiones, en lugar de cobrar, pagaban. Por esos días aumentaron en gran manera los susurros, sobre todo tras las puertas de las habitaciones de los hogares; cosa que, claro, como era de esperar, causó rumores que a más de uno perjudicaron.



- *¡Paaapi, maaami, sí papi, sí mami...!*
- *¡Aaay Dio mío ¿y eto qué e...?*
- *¡Aaay pob Dio bendito! ¿y a uté que jué que se tomó?*
- *¡Eperate pue me acomoro... hum, hum, ay, eso, ahí...!*
- *¡Ay papi! ¿y eto hata ronde e que llega?*
- *¡Bueno pue... ¿y uté qué e lo que ta haciendo?*
- *¡Pero bueno, vea va, ¿y ete qué arrechera e la que tiene?*
- *¡Ay no, noo...sí, sí, síiiii... así, sí síiiii...*

Todo esto, y mucho más, por las benditas botellas de balsámica que preparaba el viejo Bonifacio, ciencia que enseñó a algunos familiares y que se siguió practicando de generación en generación, porque hasta hoy no falta quien las prepare en uno de esos caseríos del Chocó. A propósito de enseñar, fue precisamente Teodora, su sobrina y ayudante, una de las personas que más le aprendió, pues era de su entera confianza, por lo que no demoró para enviarle cartas pidéndole que viajara donde él, con la mayor prontitud posible, ya que en el negocio urgía su presencia.

Y es que el viejo Boya, apenas logró organizar el consultorio, ubicándolo en el fondo de la casa, lo que le daba un aire de mayor misterio a la vivienda; la parte delantera, con sus grandes y numerosas ventanas y todo el espacio que proporcionaba, era propicia como sala de espera; no había día en que esta no estuviera llena, allí llegaba gente de donde menos se imaginaba y con todo tipo de



enfermedades: asma, tuberculosis, epilepsia, anemia, trastornos mentales y hasta endemoniados; sin contar todo lo demás que se ha mencionado.

Un domingo, a eso de las nueve de la mañana, mientras Bonifacio atendía a una mujer que tenía como maleficio unos sapos en el estómago - que según ella, se los había metido una bruja en Zaragoza, Antioquia, por quitarle su marido -, llegó Teodora, medio embolatada porque no conocía la región, pero esa no fue razón que alcanzara a evitarle el repelo del viejo, apenas ella se bajó del *Sotragolfo*:

- *Caraaajo eta muchacha... vo ta e buena pa mandate a bujcá la muebte, iqué remora pob Dio santo! ¿Y cómo ta tora la gente poallá, mi manito Másimo, la vieja Cobnelia, eta gente re lo Palacio y lo Palomeque...?*

Animado, el Viejo Boya terminó de atender a la enferma, a quien le hizo trasbocar los sapos en una ponchera. Después de esa jornada, que por supuesto fue extensa, ya habiendo despachado a todos, alguien tocó a la puerta mientras Bonifacio abría las cartas y los regalos que le habían enviado, y se enteraba por medio de Teodora de todo lo acontecido en el Chocó, sobre todo en la zona de Bojayá, durante su ausencia.

146

- *¡Caraaajo! ¿pero eta gente no me va a rejá recansá?... ¿Y a eta hora quién será pue?*

Claro, porque ya eran como las once de la noche, donde casi todos por el sector se disponían a acostarse, pues el día siguiente era lunes, primer día de la semana y de trabajo en las bananeras. A pesar de lo inoportuno, Bonifacio abrió la puerta:

- *Buenas noches señor, disculpe que...*



Pero fue interrumpido.

- *Vea ve ¿y a ute qué lo trae a eta hora poacá?*

- *Es que busco a don Bonifacio, que lo estoy necesitando.*

- *Pue con él e que habla... a yo soy, pero a eta hora a yo ya no toy atendiendo a naire.*

- *No importa señor. Usted me dirá cuando vengo, pero que sea pronto porque le cuento que estoy enfermo, bastante, bastante jodido.*

- *Humm, se nota hombe, se nota su mar estar. Pásese poacá mañana bien temprano, a eso re la sei o siete, que ya a esa hora a yo me he levantaro.*

El enfermo se despidió muy animado por encontrar una esperanza de cura para su mal. A la mañana siguiente, muy temprano, estaba tocando nuevamente a la puera del viejo Boya.

- *¡Teorora... Teorora!, asómate que ete rebe se er hombre re anoche. Pobre hombre y se ve hata buena gente. Vamo a pegale una ayurita paque se acomore... humm... Y quien sabe re ronde vendrá.*

Efectivamente se trataba de la misma persona, Libardo Díaz, un paisa oriundo del nordeste antioqueño, quien desde hacía un largo tiempo padecía de una herida en la pierna derecha, además de una enfermedad que los médicos en Medellín no habían podido descifrar; estuvo en las mejores clínicas de esa ciudad y siempre terminaban devolviéndolo para su casa, con la prescripción de todo tipo de medicamentos - pues nunca se conoció la causa de su enfermedad - los mismos que parecían provocarle convulsiones más severas, en las que botaba más espuma que nunca por



la boca, perdiendo el conocimiento por largos periodos de tiempo y recobrándolo en medio de un estado de locura; tanto así que agredía a su mujer y a todo el que intentaba socorrerle. La situación se tornó tan insoportable que terminó perdiendo el hogar, el trabajo y hasta los amigos.

Todo lo anterior contó, en detalle, el mismo Libardo a don Bonifacio, y además le mencionó que había sabido de él por medio de la radio. La conversación estuvo tan amena y el enfermo fue de tal agrado para el viejo Boya, que antes de partir, no sin antes hacerle una exhaustiva receta e indicarle que cada ocho días debía volver a hacerse unos baños de hierbas, le pidió a su sobrina que le empacara una sarapa con Birimbí y Chucula de plátano maduro, alimentos que había llevado Teodora de Bojayá y que, según el viejo, le serían de gran ayuda al desvalido para su mejoría.

- *Vea ve, ete muchacho ahí ronde etá, etá e salaro y le han hecho un maleficio pa jorelo... pero dejá que a yo lo acomoro bien acomorao.*

148

Le explicaba Bonifacio a Teodora, después de que el hombre salió de la casa. Pero no lograron seguir hablando del asunto porque en ese preciso momento comenzó a llenarse la casa de enfermos. Ah, y que también llegó don Abraham Balanta a cobrar el arriendo y, de paso, a proponer un negocio a don Bonifacio. Sin embargo, por la urgencia que demandaban los visitantes y la premura que llevaba el arrendador, quedaron de hablar en otra ocasión; lo que sí quedó claro fue que el negocio pareció interesarle al viejo.

Por esos días llegó en busca del viejo Boya, en medio de tantos enfermos que pretendían curaciones a sus males, Omar Peñates, un chilapo de los lados de Montería, Córdoba, quien padecía de lo que llamaban *ojo malo*. Su mal era tan fuerte que si veía un árbol cargado de algún fruto que le gustaba y no podía coger



al menos uno, el árbol se secaba en un dos por tres. Pero lo peor no era eso, sino que ya habían enfermado y muerto algunos niños, al igual que había enfermado a mujeres que, al verlas, le parecían atractivas.

Y como, según algunos, para que el mal no hiciera efecto, su portador tenía que dar una fuerte palmada o mordisco a quien fuera objeto de interés, nadie permitiría de buenas a primeras que le hicieran algo así a su hijo y, ni más faltaba, que una mujer se fuera a dejar maltratar; al menos no, sin conocer las repercusiones de la mirada. Al hombre lo curó Bonifacio poniéndolo a mirar manteca, la cual derretía como si estuviera sobre un fogón.

Menciono a Omar porque llegó en busca del viejo Boyá precisamente por recomendaciones de Libardo Díaz, el antioqueño que fue, noches atrás, a tocar en casa de Bonifacio para que le tratara su enfermedad y a quien el viejo le había tomado un cariño especial; con decir que ni los tratamientos se los cobraba y ponía gran esmero en la preparación de las pócimas y baños que le suministraría.

149

- ¡Teorora!, Teorora, pob qué no te montá argo en er fogón, que ete pobre muchacho no remora en llegá.

Decía, refiriéndose a Libardo. Y es que como el hombre tenía tan grandes dificultades económicas, cosa lógica, porque como estaba de enfermo ¿qué bananera lo iba a emplear?, entonces Bonifacio le dio posada en su casa, obra de caridad que para él no representaba mayor esfuerzo, pues sobraban las habitaciones, al igual que la comida. Por otro lado, estando el enfermo cerca, se podían tratar sus males de mejor manera, cosa que efectivamente ocurrió, porque Libardo fue cambiando de semblante de una manera impresionante en poco tiempo.



Una vez recuperado, prácticamente sano por completo, el viejo Boya se empezó a preocupar por el futuro de Libardo, pues ya le había tomado un afecto especial, como de hijo. Y además ¿a qué mujer iba este pobre hombre a buscar? ¿a cuáles amigos? Después de casi dos años de soportar completamente solo sus suplicios - recuerden que todos le dieron la espalda -, y estando en tales dificultades ya en Urabá, supo que uno de los amigos que tenía, era el nuevo marido de su ex mujer. El hombre se mantenía sumido en los recuerdos, sumamente acongojado por lo que él consideraba una traición, pues cuando más necesitó de sus allegados, no le correspondieron.

- Vea ve mijo, ute nara tiene qué bujcá poallá. De a yo queré, le hacía vení esa mujé... pero ¿pa qué, si no le conviene? Uté no se priocupe... a yo sé que usteres lo re esa tierra poallá saben mucho negocio. Mejó vamo a trabajá junto, a yo le monto una proverora paque uté la haga prosperá.

150

Le propuso el viejo Boya al paisa Libardo. Por supuesto, la propuesta le alegró la vida ¿se imaginan?, tener una proveedora y de la magnitud que le hablaba Bonifacio. Eso sí que era suerte. Pues dicho y hecho, saben ustedes que el viejo era serio, un hombre de palabra. Él mismo arrendó un enorme local junto a la plaza de mercado de Apartadó e hizo gestiones con políticos y empresarios, cosa que no le fue difícil, porque todos en Urabá lo conocían y lo respetaban, así que no hubo inconvenientes para sacar los permisos de funcionamiento ni para atiborrar el local con todo tipo de víveres.

Fue precisamente mientras organizaban la proveedora que volvió en busca de Bonifacio el señor Abraham Balanta, para continuar la conversación sobre el negocio que no se pudo concretar. Por suerte lo encontró en la casa, porque ya iba de salida a ver como estaba quedando el local de la plaza. Sin embargo, se retrasó,



y no era para menos, porque precisamente el negocio se trataba de la casa, pues Abraham había decidido irse a los llanos orientales con toda su familia y, según decía, para vender la vivienda no había otro comprador más idóneo que el viejo Bonifacio.

- Hombe Balanta, a yo se la compro, pero la negociamo pob cota, pobque ahora me he metiro en otro compromiso y, uté lo sabe, no se puere querá mal ni poallá ni poacá.

El negocio quedó sellado. Pero, por otro lado, fue motivo de disgusto para Teodora cuando, después de haberse ido don Abraham, el viejo Bonifacio, hablándole sobre el asunto, le manifestó:

- A yo eta casa la voy a poné a nombre re Libabdo...

- Bueno tío... ¿y uté como e que ta?

Le refutó la sobrina. Y quiso seguir hablando, pero el viejo le interrumpió:

- Veavé mija, a yo no voy a bujcá que con tanto familiare que a yo tengo, se vayan a matá po cosa que no vale la pena. Así que pa nara re eto, tampoco quera en nombre de a yo.

Esa fue la solución que encontró el viejo Boyá para que sus familiares no resultaran peleando por herencias después de su muerte ¡Y eso que no tenía hijos! Teodora, aunque ya era una mujer y prácticamente socia del negocio con el viejo, ¿cómo hacía para refutarle a don Bonifacio? si, en mucho, el viejo hasta tenía la razón.

No le quedó otra que quedarse callada. Y, de todas maneras, como el viejo era un hombre de carácter, las cosas se hicieron tal como las había dispuesto; por lo tanto,



hablando con sinceridad, desde ese momento tanto Bonifacio como Teodora ya vivían en la casa de Libardo Díaz.

Y esto quedó confirmado justo en los días en que el viejo Boya enfermó. Por supuesto, él tenía pleno conocimiento de la molestia que lo aquejaba, sin embargo quiso acudir a la medicina científica. Trece días duró Bonifacio hospitalizado en Chigorodó, dado que en esa localidad estaban los mejores centros hospitalarios de la región de Urabá, situación que los médicos aprovecharon para aprender de él algunos de sus secretos. Fue extraño y desconcertante para el enfermo que, permaneciendo varios días en el hospital, Libardo no hubiera ido a visitarle, pero íntimamente justificaba su ausencia pensando que las ocupaciones en la proveedora no se lo habían permitido ¡Qué equivocado estaba!

Serían eso de las nueve de la noche, cuando el Sotragolfo se detuvo justo al frente de la puerta de la casa, y apoyado con evidente dificultad en el hombro de su sobrina, entraron, porque la puerta permanecía entreabierta, pero el viejo Boya no pudo avanzar porque todo lo que le pertenecía a él y a su sobrina estaba junto a la puerta, y menos cuando Libardo, sin ni siquiera dejarlo llegar, le dijo como saludo:

-¡Don Bonifacio, ahí están sus cosas, para que me desocupe la casa!

El viejo se sentó a llorar sobre sus propias cosas, cual niño pequeño, y esa misma noche le tocó salir de la casa, completamente destrozado. Agobiado por la pena moral y a la edad de ochenta y ocho años, volvió a Puerto Conto, su pueblo natal, acompañado de Teodora. En sus últimos días siguió sanando a todo el que lo necesitaba y aunque siempre fue emotivo con su familia, después de esa penosa experiencia incrementó su cariño hacia ella.



Una de las mujeres de Mistriate Caicedo

Suelen decir, en el departamento del Chocó, que los muchachos desde pequeños muestran lo que van a ser; dicho que se ajustó a Mistriate al pie de la letra, porque desde su nacimiento, si no dormía con una de las mujeres de la casa, no paraba de llorar. Cuando no era con Filomena, la hermana mayor, era con Gumersinda o con Tibursia, la menor. Al principio, con Eudisia, por ser la mamá, éste comportamiento lo encontraban normal, pero a medida que pasaban los días fueron descubriendo el emperreamiento del muchacho.

Ya grandecito se hizo evidente su excesiva atracción por las mujeres. Donde había una falda, allá estaba. Y hasta igualado era, porque siendo prácticamente un adolescente, más de un fuetazo se llevó por estar faltándole el respeto a mujeres que podían ser sus abuelas. Aunque a veces hasta injustamente, porque un simple piropo no daba para tanto, pero como eran las cosas en ese entonces, que, como la letra, toda corrección se imponía con sangre, fue algo corriente en su etapa de muchacho soportar más de un maltrato por tal causa.

153

Mistriate siempre negó que supiera algún tipo de artimaña para enamorar a las mujeres. Pero según algunos en su pueblo, Puerto Conto, Bojayá, el viejo Bonifacio, curandero oriundo de éste sitio, y reconocido en todo el territorio nacional, le enseñó algunas cosas. Incluso cuentan que la comunicación de tales secretos concluyó después del fallecimiento del viejo, porque dizque le dio indicaciones estrictas, con anterioridad, para que fuera a su tumba completamente



solo, el viernes de la primera semana santa después de su entierro, a las doce de la noche, y le pidiera el poder que quisiera, que le sería concedido. Y todo tiene sentido, porque Bonifacio trabajaba con las ánimas de los difuntos.

Lo cierto sí es que justo esa noche Mistriate desapareció y en ese lapso de tiempo nadie sabe qué pasó con él. Solo en la mañana del sábado varias personas lo vieron cuando se acercaba al pueblo en una piragua. Era totalmente improbable que estuviera pescando, no un viernes santo, eso no lo hacía nadie en ningún pueblo del Chocó. De lo que sí no había dudas era de dónde venía, la forma como bogaba lo delató, pues todos conocían el Atrato como las palmas de sus manos.

Si por algún momento pasó por la cabeza de alguien que Mistriate esa noche estuviera pescando, fue porque a él, desde niño, también le apasionó esta actividad. Y tenía una suerte tremenda para ello, o más bien era muy diestro, aunque también mencionan que este don en él no era natural, porque parecía que tenía compromisos con El Maligno. Y es que era muy extraño que Mistriate siempre pescara solo y que siendo el sábalo una especie tan esquiva en el río Atrato, siempre llegara con la piragua llena. Más intrigante aun cuando nunca se le vio atarraya, trasmallo o arpón, y entonces no era lógico cómo una persona iba a pescar en un río tan grande, sin ningún tipo de equipo para ello. Eso sí fue el mayor misterio porque nunca, ni las mujeres, descubrieron ese misterio.

A propósito, siendo ya un hombre, nunca le faltaron mujeres. Y es que debido a la pesca Mistriate estuvo en todos los pueblos del Atrato: Las Mercedes, Tagachí, La Isla de los Palacios, Opogodó, Napipí, Tumaradó, en todos. Y en cada uno de ellos tuvo una mujer y al irse no la volvía a ver, de manera que siempre, donde fuera que estuviera, dormía acompañado. Algo que contrastaba con la forma como pescaba.



- ¿Y y y e que usteres cren que a yo voy a andá rurmiendo po ahí solo, sin mujé, como andan arguno en ete pueblo? ¡Orvírense hombe, ni pobque juera er ma pendejo... ni pobque tuviera loco!

Decía Mistriate cuando se emborrachaba en los bailes de chirimía. Y no exageraba, porque de ahí salía, con una, derechito para la cama. Sin embargo, se puede asegurar que, en comparación con otros hombres, algunos que hasta brujos eran y quien sabe con qué demonio tendrían negocios - no era secreto para nadie - Mistriate era un hombre ordenado, porque nunca llegó a tener cinco o seis mujeres viviendo en la misma casa como si fueran hermanas, como tampoco le quitó la mujer a nadie, al menos no conscientemente, prácticas acostumbradas por otros.

Y es que era tal la lujuria que incluso algunos hasta con las mujeres de la propia familia se metían, como era el caso del tal Canducho, quien embarazó a la sobrina en más de una ocasión y dejó sin mujer a José Pedro, su hermano mayor. No se puede juzgar mal a estas mujeres, pues al parecer Canducho tenía compromiso con un Duende, que embolataba a las pobres, pues no eran conscientes de su proceder. Con decir que hasta la mamá casi cae, lo que dio para que Canducho saliera de enemigo con su socio, teniendo qué buscar al viejo Bonifacio para que se lo alejara, porque el muy malvado travieso ya no lo dejaba ni dormir.

Sí, fue cierto que Mistriate tuvo algunos incidentes, pero más que por su culpa, por culpa de ellas, como le sucedido por los lados del Bajo Atrato, en Tumaradó. Y es que ¿qué culpa iba a tener Mistriate cuando al ir a dar cumplimiento a la cita que le puso Casimira a altas horas de la noche, entrara a la habitación de la mujer oculto en medio de la oscuridad y al levantar el toldo y meter la mano por debajo de la cobija, en lugar de acariciar sus tetas, caderas o cocón, tocara otra cosa? Porque se encontró fue con Casildo, el marido de Casimira, quien estaba acostado bocarriba



completamente desnudo. Por suerte para Mistriate, Casildo apenas gimió; tal vez, en medio de la borrachera que tenía, imaginó que quien lo tocaba por allá había sido su mujer.

Otras veces, por algunos malentendidos, porque si bien es cierto que Tomasa parecía no estar interesada en Mistriate, el día que él llegó a Puerto Conto con tres piraguas llenas de pescado repartiéndolas por todo el pueblo, a la muchacha se le notó cierto coqueteo. Precisamente por eso fue que él se animó a entrar a la casa de ella, con el pretexto de pedir un vaso con agua, y aunque pretendía acariciarla cuando entró a una de las habitaciones y se acostó en la cama, no fue posible por la interrupción de las hermanas de Tomasa. Él se hizo el disimulado y se fue tranquilo, pues ya había visto una tabla despegada en la cocina, no sin antes hacerle una seña a Tomasa, que a decir verdad no entendió.

Después de cavilar durante toda la tarde, como arriesgado era en estas cuestiones de mujeres, decidió volver. Claro está, en la madrugada, mientras estaban todos dormidos en la casa, sería muy fácil entrar por la cocina y ya habiendo visto la habitación de la pretendida, que para su fortuna en lugar de puerta tenía una cortina. Cuando iba llegando a la casa murmuró con cierta alegría:

- Jummm, eto e pan comiro. Pob fin va a caé eta bendita muchacha.

Y parecía tener razón. Todo estaba dispuesto, todos dormidos, el hueco para entrar al rancho y la habitación sin puerta. Lo que nunca consideró Mistriate fue encontrarse con el viejo Florentino, papá de Tomasa y de las otras muchachas. No se sabe qué le hizo pensar que por el hecho de Tomasa haberse acostado en esa cama era la suya. Y debió sospechar, porque cuando se acercó a la cama eran



fuertes los ronquidos. Pero es que la pasión ciega la razón y trastorna los sentidos. El hecho fue que cuando tocó... tanto el viejo como él gritaron.

-¡Uuuy caraaajo! ¿y eta qué arrechera e?

Claro, y el viejo Florentino, sintiéndose acosado, haló el machete que mantenía debajo del colchón. Pero Mistriate, con semejante susto, prácticamente se desvaneció en el instante. Quien sabe por donde huyó.

Aunque logró salir sin ser descubierto de situaciones como estas, lo que le hizo reflexionar, al menos por un momento, frente a su proceder con las mujeres, fue el incidente que tuvo con la profesora Ubertina, quien no hacía mucho había llegado de la capital, Quibdó, a Puerto Conto. La profesora se consiguió a Delfina, una de las muchachas del pueblo, para que la acompañara en la casa. Una noche se llevó tremendo susto cuando Mistriate intentó meterse por una ventana, con el propósito de gatear a su acompañante, con tan mala suerte que, no se sabe cómo, se despegó una tabla mientras trepaba, lo que hizo inevitable su caída ¿Pueden imaginarse? Estando todo el pueblo en silencio, pues era tarde y la mayoría dormía, el escándalo del golpe fue enorme. La educadora, como mujer lustrada y, quién sabe, hasta con experiencia en este tipo de casos, presionó a la muchacha preguntándole quién era el intruso:

- Aaay profé ¿y a yo que voy a sabé, profé... y uté no ta viendo que a yo taba acostara? Bueno la profé, preguntándome a yo sin sabé nara. Quién sabe qué animá sería ete, hummm, argún gato re pronto, vea ve.

Y la muchacha negaba y negaba, hasta que de tanta presión soltó:

- Ay hombe... e que... e que... íese era Mistriate que venía pande yo!



De todas maneras la profesora lo demandó ante el inspector ¡pues claro! estaba irrumpiendo en su domicilio a altas horas de la noche, sin ninguna autorización. Y por ahí derecho formó un escándalo dizque por violación, sabiendo en el fondo que ese era un compromiso acordado. De todas maneras Mistriate, frente al inspector, confesó. Pero también dijo:

- Vean ve, a yo pensó que la remanda era pob otra cosa ¿E que uté no sabe, señó inspetó, que si eta muje preñara, a etas arturas de la vira ya teníamo ma re un hijo? Pero profe, ¿uté pob qué no averigua ante re remandá? ¿cuár violación hombre?, si eto no e sino un problema entre mariro y mujé.

Con esas palabras de Mistriate Romana el inspector concluyó la diligencia. Y aunque las cosas no pasaron a mayores, la situación no dejó de ser molesta para Mistriate. Por fortuna para él, el incidente coincidió con la subienda del pescado y, como indignado estaba, decidió irse a pescar a las agrestes ciénagas del Medio Atrato, en esa zona llamada Ipurú. Ocho meses llevaba Mistriate pescando, alejado de todo ser humano, extasiándose con una de sus pasiones, pero algo le faltaba, lo que lo llevó a decirse a sí mismo, una tarde, mientras pescaba:

- Oh caaarajo, eta e mucha solerá. Re ahora en arelante isi a la riabla consigo, a la riabla enamoro!

Le llamó la atención, cuando se acercó a la orilla y ancló la piragua, el olor a sancocho de pescado con coco que emergía de la rústica rancho que había preparado como morada para su estadía en Ipurú, pues no había dejado ninguna comida en el fogón y, aun si hubiera sido así, iél no cocinaba con tan buena sazón!

- ¡Caaarajo, eto ta muy raro!



Sin embargo, cuando llegó a la puerta y se encontró con semejante negra, se olvidó de todo, ahogándose en piropos para ella, más aún cuando vio que lo estaba esperando con el plato de comida en la mano. Aunque venía con hambre, perdió todo interés por la comida. Lo que no perdía de vista en ningún momento fueron las piernas de la desconocida, que se insinuaban cuando la brisa agitaba la floreada falda que llevaba puesta. Bueno, aunque realmente Mistriate no sabía ni qué mirar, porque los senos firmes de la esbelta mujer los tenía frente a sus ojos, viéndolos plenamente a tras luz con esos últimos rayos de sol, que también hacían brillar de una manera muy especial su hermosa piel café.

Cuando se percató de su imprudencia, entonces miró su sonriente cara ¡y sí que era toda una belleza!, una belleza extraña, porque hasta el cabello confundía, no sabía a ciencia cierta si era prieto o indio. El hecho es que, según él, llevaba trenzas.

- *Buena tarde ¿y y y... y vo que hace poacá mujé?... ¿quién te habló re a yo, que me ha veniro a visitá?*

159

Le preguntó Mistriate, y quiso seguir indagando, pero la mujer con su atención no se lo permitió. Muy contento, el hombre se sentó a comer y era tanto el embeleso que solo cuando estaba terminando se percató de que la comida no tenía sal.

- *Vea ve hombe muchacha, muy sabrosa la comira, pero como que le farta sar.*

- *Échele uté a su gusto.* Respondió seria la muchacha.

Esto no era ninguna ofensa, así que Mistriate se levantó y agregó sal a lo poco que le faltaba. Luego, pensando en arreglar las cinco arrobas de pescado que aún tenía en la piragua, se sentó con evidente ansiedad a afilar uno de sus cuchillos, prestando atención a la mujer. Mientras se escuchaba el sonido emitido por el roce de la



piedra con la hoja de metal, Mistriate solo pensaba en la noche, que prácticamente ya estaba presente, en las bondades amorosas que ésta le traería en medio de la oscuridad y las cobijas.

De repente levantó la mirada y fue cuando vio que la hermosa mujer ya subía del río con los pescados de la cena arreglados, sin escamas, relajados y lavados; el resto los había dejado en la piragua y solo les faltó la sal para preservarlos.

- ¡Ah caramba muchacha! ¿vo cuya hija so? ¿cómo e que se llama tu nombre? Verdareramente que vo sí so una muje re vebdá, así era que la andaba bujcando a yo. Pero contame, hombre, ¿cómo e que vo sabé mi nombre y a yo no te he poriro recordá? Pobque e que a yo conojco a tora la muchacha re la región ¿o e que vo no so re poacá?

Quiso indagar Mistriate, con las preguntas que había dejado sueltas desde su llegada a la casa, pero la mujer no respondió. Ante el silencio, tomó una vasija y quiso ir a buscar el pescado antes de que la oscuridad terminara de invadirlo todo, pero ella lo detuvo.

160

- ¡No... a yo lo subo! Pero eso sí, la sar se la echa uté.

- Ah carajo, ¿a eta muchacha que e lo que le sucere, que toro lo hace bien pero no le guta ningún trato con la sar?

Se preguntó Mistriate, aunque debió preguntarse otras cosas; por ejemplo ¿por qué la mujer no le daba detalles de su vida? ¿por qué no le daba su nombre? ¿cómo había llegado a una zona tan apartada como esa, a donde casi ningún pescador se atrevía a ir? ¡Hasta dónde puede llevar a un hombre la lujuria! Qué más podía ser,



si no eso, lo que generaba tal comportamiento, en gran medida irresponsable, de Mistriate.

Quince días compartió con la desconocida, durmiendo con ella como marido y mujer; incluso, en algún momento, consideró que, en un futuro no muy lejano, podían formalizar la relación; el único inconveniente que veía era la comida sin sal, que al cabo de los días no pudo ya soportar.

- *¡Caaarajo bendita muchacha! si a yo ya le he richo que no me sirva la comira sin sar.*

Fue entonces cuando a la hermosa mujer se le notó su carácter, porque como que no le gustó mucho lo de *bendita* y fue cuando se transformó, pegando gritos y echando pedos, tumbando cuanto árbol encontraba y huyendo airada, desapareciendo en los confines de la selva chocoana.

161

- *¡Mardecira... condenara... con que la riabla sos... lo que no sabé e que va preñara!*

Solo en ese momento supo Mistriate que había dormido con una diabla. Y no se equivocó, porque un año después del incidente, una tarde, mientras estaba en Puerto Conto tomando biche en un baile de chirimía, apareció la mujer con el niño.

- *Vea ve, aquí ta er muchacho paque le haga poné er Ese...*

Y así como apareció, desapareció, dejándole el niño a Mistriate. El *Ése*, según comentan, era el bautismo.





El mal negocio que hizo Danilo Romaña

Esa tarde, siendo treinta y uno de diciembre, el bailadero de Agustín Palomeque estaba repleto; y era tanta la alegría en Puerto Conto que, como pocas veces, muchachos y adultos compartían al son de la Chirimía. Se tomaba biche y aguardiente, aunque, claro está, para los muchachos solo había guarapo de caña.

En medio de la algarabía, nadie se percató a qué horas entró al baile esa pareja que bailaba como trompo. Lo que sí era seguro es que no eran del pueblo. Sin embargo la mujer parecía conocida, su cara, espalda, sus piernas...

163

- *Caaarajo, eta mujé parece que ha tao poaquí en ante.*

- *A yo no sé mi gente, lo ciebro e que baila icaramba!*

- *Oigan mi gente, eta e mucha mujé pa bailá. Miren como e que mueve la carera ¡Y er hombre no se quera atrá!*

Comentaba el uno y comentaba el otro. Le pedían barato al tipo y se pasaban la pareja de mano en mano. Sabiendo ustedes que la gente del Chocó baila desde antes de nacer, desde que está en el vientre materno, ¿se pueden imaginar cómo era aquello?

- *Eee... compaire... tómese un trago.*



Le dijo Danilo Romaña al desconocido y, pasándole la botella de Biche, el hombre la paró y cuando la bajó estaba seca, pero eso no importó.

- *¡A un laro toro er mundo, carajo, apártesen a ve, aquí vamo a ve quien e quien!*

Y, abriendo espacio, la pareja quedó en el centro tirando paso como nadie. Todos estaban embelesados viendo semejante destreza. Fue entonces cuando uno de los muchachos, el hijo de Licenia, la haló de la falda y le dijo.

- *¡Mamá, mamá, vea, vea!*

- *¡Caraaajo ete muchacho. Rejá re joré! ve ve, ¿qué e lo que vo queré?*

El regaño fue tan fuerte que alcanzó a escucharse sobre la música, por lo que todo el mundo miró, y como el muchacho estaba señalando a los pies del bailarín, las miradas se dirigieron allí. ¡La sorpresa fue enorme! Tanto, que gritaron mujeres y hombres. Los instrumentos musicales rodaron o volaron, las botellas de licor se derramaron, hubo quien se desmayó, otros corrieron y los borrachos, en el acto, quedaron sobrios. Y todo aquello, más que por los cascotes que el hombre tenía en lugar de pies, porque al instante la pareja desapareció como por arte de magia frente a los ojos de todos, dejando impregnado de un olor a azufre insoportable el ambiente en todo el kiosco del bailadero.

- *¡Paire nuestro, virgen bendita, pero ¿qué e eto?*

- *¡Dio mio bendito, ete e er mimísimo riablo!*

Gritaban algunos, como queriendo asimilar el incidente. Como es de imaginar, esa noche nadie durmió. Y no propiamente por esperar el año nuevo. Es más, cuando fueron las doce, ni cuenta se dieron. Al otro día, la gente, un poco más calmada,



pero sin salir del todo del asombro, se fueron reuniendo espontáneamente en el patio de la casa del viejo Máximo Pérez, uno de los fundadores de Puerto Conto. Y esto ocurrió porque el viejo Máximo hablaba con Juan Eulogio, cuando fueron llegando de uno en uno, mujeres, hombres y niños, tomando la palabra los más veteranos:

- *Vean ve mi gente, repué re toro, y pensándolo bien, eta mujé re anoche era igualita a Arjonsina.*

- *Pob Dio bendito, ya recía a yo que esa cara como que me era familiá.*

- *Sí mi gente, hombe, ¿cómo jue que no lo echamo re ve?*

Alfonsina era una niña de trece años, que hacía como diecisiete se había llevado el diablo por altanera e irrespetuosa. Según cuentan, un día cualquiera, estando los padres trabajando en las plataneras, el diablo llegó por ella, pero transformado como Eleodoro, el papá, lo que se supo por el testimonio de los hermanos menores. Sin embargo era imposible que Eleodoro se hubiera dividido en dos, ni mucho menos que, estando acompañado de la mujer y otros trabajadores, tuviera tiempo para ausentarse y caminar cuatro horas hasta la casa sin ser notado. Por lo tanto, esa fue la única explicación. Y aunque la buscaron durante días en las profundidades de la selva, nunca la encontraron. Después de esa aparición, no hubo ninguna duda.

Y es que la gente suele ser incrédula, sobre todo ante los hechos extraordinarios que no son propiamente presenciados. Muchos de los que vieron bailar al diablo con Alfonsina, eran de los que se burlaban de la finada Severiana y de otros viejos de su edad, todo porque aseguraban que la vieja, en su juventud, había bailado con el



diablo. Según contaban, esa noche hicieron un baile de chirimía en la casa de Agustín Palacios, y estando el baile en todo su furor llegó ese hombre, estremeciendo la casa cuando pisó el tambo.

- *¡Caaaraaajo! ¿y ete quién e?*

Pregunto uno de los músicos, y alguien le respondió:

- *Ete tiene cara re sé re po allá re Bebaramá.*

En esas el tipo entró, dicen que se acomodó el sombrero y encaramó en las vigas de la casa el canaleta que llevaba, que por cierto dizque era muy especial, lo que a los presentes llamó la atención. El hombre reparó y viendo cómo Severiana meneaba las caderas, de inmediato, y sin pedirle barato a su parejo, la haló, y siguiendo el ritmo de la Jota que tocaban, le dio un par de vueltas, él mismo giraba, se tiraba al suelo y nadie sabía a qué hora se levantaba, apartaba a la gente, ¡una tromba! En cierto momento, de pase en pase, por poco se tiran al patio, pero el aguacero lo impidió, así que de nuevo apartaron la gente y quedaron en el centro de la gran sala. Otro par de vueltas, un salto, un apretón. Y Severiana, quien bailaba como nadie, comenzó a sentirse fatigada. Fue cuando dijo:

- *Jesú creo en Dío paire, a yo no había vi...*

No alcanzó a terminar la frase, cuando azotó un gran trueno, se estremeció la casa, se despegaron tablas y quedó la gente a oscuras, porque todo era humo. Al apaciguarse un poco el susto y prender mechones, no había ni bailarín ni canaleta.

Después de lo sucedido el treinta y uno de diciembre, la gente no tuvo dudas de que lo dicho por la finada no tenía nada de mentira. Fue entonces cuando algunos



de esos viejos filipichines aprovecharon para impresionar, contando sus supuestas hazañas, más que nada puro embuste:

- *Vean ve, en er cincuenta y do, andaba a yo trabajando en arta ma, poallá po er Darién, y una noche si vino una tempestá, qui hajta lo pescaro templaban y a yo...*

Estaba diciendo el viejo Puyoyo, cuando otro lo interrumpió.

- *Vean ve mi gente ¿y aronde ta Ranilo, que en toro er día no si ha visto?*

Cosa extraña. Porque después del suceso hasta los más valientes estaban acongojados.

- *Vea ve, ete muchacho, ianda a ve si ta poallá!*

Pero cuando el viejo dio el mandato, no solo ése sino todos los otros muchachos se fueron quitando ¿Cuál de ellos era pendejo, acaso, para andar buscando lo que no se les había perdido por esas orillas, exponiéndose a que el diablo se les volviera a parecer?

167

Danilo Romaña, por si no lo saben, fue de los que entraron a la selva en busca de Alfonsina cuando el diablo se la llevó. Y el último que salió, porque permaneció tres meses perdido, donde ya la gente lo daba por desaparecido. Al regresar dejó impresionados a todos los habitantes de Puerto Conto porque, supuestamente, había luchado con el diablo hasta tal punto que por poco le quita a la muchacha. A propósito, y atando cabos, recuerden que Danilo le ofreció un trago al diablo cuando estaba en el baile y aunque este terminó con la botella de un solo trago, a Danilo no le importó y durante la estadía del maligno, fue compadre por aquí, compadre por allá.



De otro lado, resultaba atípico que este hombre, después de los tres meses que pasó en la selva, resultara con ciertas capacidades. Y es que antes de esto ¿cuándo iba Danilo a arrastrar hasta el río dos o tres piraguas labradas en montañas que estaban a días de camino? ¡Eso no lo hacía ningún hombre en Bojayá! Consideren la cantidad de las piraguas, el peso de la madera verde, lo agreste del medio, las bestias salvajes, el tiempo de labor. Sinceramente, era trabajo para unos quince o veinte hombres.

- *Ah, a yo que he andaro tanto, nunca en mi vira había vito a un hombre trabajá tanto.*

- *E que eto no puere se así nara ma. Ete tipo etá ayurao.*

- *Carajo, Romaña, ute tiene e mucha cañaña ¿ute no sabrá argún secreto?*

Comentaban en el río, en las minas y en las casas, hasta que el rumor se fue estableciendo como una absoluta verdad. Aunque él siempre lo negaba.

- *A qué voy a sabé a yo, hombe. Lo que sucere e que a yo no me farta er chontaruro, er borojó, er prátano ni er pescaro.*

De todas maneras, Danilo no apareció sino hasta el otro día. A esa hora la gente ya se estaba preparando para buscarlo en el Atrato, pensando que por accidente se había ido al agua y que por alguna circunstancia desconocida se había ahogado. Y aunque también pensaban en la posibilidad de un rapto por parte del diablo, a causa del miedo se hicieron a la idea del ahogamiento, pues no había quien propusiera ingresar a la selva.



Fue precisamente de allí de donde salió Danilo. Se notaba bastante cansado, pero, más que cansado, arrepentido. El hombre se sentó a orillas del río sin pronunciar palabra, y la gente comenzó a preocuparse:

- *Danilo Romaña ¿y qué e lo que le pasa a uté hombe?*

- *¿Y uté aronde era que andaba?*

Y el hombre comenzó a angustiarse, no por los interrogantes, sino por otras cosas. Asustado, confesó que años atrás, cuando el diablo se había llevado a Alfonsina, el motivo de su pérdida durante tres meses no había sido ninguna lucha contra aquel, sino todo lo contrario; Satanás le había propuesto unos negocios los cuales él había visto con muy buenos ojos. Aquellos que decían que había algo misterioso en la forma como Danilo trabajaba, no se equivocaban; esta y otras artimañas, como su éxito en los juegos de cartas y dominó que solían hacer algunos hombres en Puerto Conto, generalmente los domingos, habían sido dotes otorgados a Danilo Romaña por El Maligno.

169

Pero, como es de pleno conocimiento, los negocios se hacen entre partes, así que Danilo, habiendo recibido, tenía qué retribuir lo que le correspondía.

Es común que en la juventud, a causa de la inmadurez, se tomen decisiones equivocadas; pero Danilo sí fue que llegó al extremo, ¿cómo se le ocurrió negociar el alma de su mamá? y es que, por más embaucador que sea el diablo, resulta difícil creer que alguien se deje convencer de semejante cosa. Pero Danilo no tuvo reparo en ello. Parece que el interés del diablo en la finada Severiana obedecía a que él se había enamorado de ella, desde su niñez. Comentaban algunos que durante esa época intentó llevársela varias veces, cosa que no le fue posible gracias a



sus padrinos, quienes a punta de agua bendita y padrenuestros lo mantuvieron alejado.

Y tal vez lo anterior explica la forma tan misteriosa como desapareció Guadalupe Romaña, primer marido de Severiana, quien no alcanzó a conocer a Danilo porque teniendo su mujer tan solo dos meses de embarazo, una noche se fue a pescar y nunca más volvió. Lo que inicialmente se pensó en Puerto Conto fue que se había ahogado, sobre todo porque durante esa noche no cesó la tormenta. Pero ¿cómo explicar que la piragua volviera al pueblo sola, completamente seca, después de semejante tormenta y con todas las herramientas de la pesca en su interior? Seis maridos tuvo Severiana después de este suceso, de los cuales el que no murió por alguna repentina enfermedad o un accidente de trabajo, terminó loco sin razón alguna.

Sabiendo la intención del diablo con Severiana, ¿qué más podía explicar estos sucesos, sino sus celos? Claro, por eso la vez que bailó con ella en la casa de don Agustín, hasta grosero fue, porque ni siquiera solicitó el permiso y Pedro Paulo, quien en ese momento era el parejo, después del suceso duró más de quince días enfermo, y la gente pensando que el malestar se debía al susto, ¡qué equivocados estaban... no lo quiso matar!

La diferencia entre el diablo y Danilo radicaba en que éste último de ninguna manera le podía cumplir con lo pactado; por desgracia para él, Severiana, su “querida madre”, en su última agonía alcanzó a entregarse a Cristo, cuando los evangélicos que habían llegado de Vigía del Fuerte con el propósito de bautizar a los creyentes, entraron a su casa y oraron por ella.



Después de esto, como su socio no se le manifestó, Danilo tal vez pensó, ingenuo, que se había olvidado del compromiso, porque andaba como si nada; parecía no imaginar lo que le esperaba, pues de intuirlo no hubiera estado tan amable y alegre el treinta y uno de diciembre en el baile donde hizo presencia el diablo acompañado de Alfonsina.

Las cosas para él cambiaron durante la noche, cuando todos en el pueblo comentaban el suceso, permaneciendo agrupados a causa del temor. Sin embargo dijo:

- *Vean ve mi gente, a yo me voy a acostá. Usteres po etá con su miero se van a trajnochá ¡y en seco! pobque a yo no le veo ánimo a naire re seguí con la fiesta.*

- *Bueno Ranilo ¿y uté no ta viendo lo que sucrió, que uté ta tan tranquilo?*

- *Qué va hombe, eso ya pasó.*

171

Y el hombre se dirigió a su rancho. Sin embargo no alcanzó a acostarse, porque cuando lo intentó, sin ver a nadie, escuchó una voz:

- *Ve ve Ranilo, ¿antonce vo ha creiro que a yo me va a tené re molote? ¿vo creé que a yo me he orviraro que tenemo un compromiso? A yo no se cómo va a hacé, pero te epero en la serva ante rel amanecé.*

Desde ese momento el hombre se echó a llorar y no le quedó de otra que comenzar a caminar. Ya frente a frente con quien debería estar, las deudas se comenzaron a pagar. Danilo no tenía mujer, mucho menos hijos y al diablo no le interesaba plata, ni trabajo, sino almas, y aunque Danilo intentó proponer, no se sabe qué, su propuesta quedó en meros tartamudeos, a lo que el diablo sentenció:



- *¡No quiero sabé nara... ahora con tu arma me pagás, sabelo pue que no remorá!*

El diablo no jugaba, porque cuando Danilo apareció en el pueblo ya no era el mismo. El primer síntoma de su enfermedad fue la angustia, el desespero de saber que no tenía salvación, cosa que se incrementó cuando Laureano Bejarano, uno de los ancianos más sabios, conocedor del bien y del mal, le ratificó:

- *Le rigo con sincerirá que si uté se metió a ce compromiso con er malirno, eta acabaro... y má en comprometiendo a su maire ¡hombe! eso no tiene pebdón re Dio.*

De la orilla donde estaba sentado no se pudo levantar, lo tuvieron que llevar cargado hasta su cama; allí duró más de seis meses quejándose de fuertes dolores, viendo visiones, escuchando voces, y en ese tiempo se puso tan flaco que solo la piel cubría sus huesos. El día de su muerte, por la mañana, estaba el viejo Bejarano parado en la puerta de su casa viendo correr las aguas del río Atrato, cuando vio una sombra que iba armada con una lanza directo hacia la casa de Danilo Romaña.

172

- *¡Ay hombe... se lo va a llevá, caaarajo!*

De inmediato el viejo le puso una oración que llamaban de las siete palabras y la sombra se desvió, expandiéndose por el cielo. Todo se fue tornando oscuro, comenzaron los truenos y relámpagos, el viento soplando impetuosamente y se desató la lluvia. A pesar del estropicio de la tempestad, se escuchaban en todo Puerto Conto los angustiosos gritos de Danilo:

- *¡Ay ay ay... me quemo, me quemo, arguien que me eche agua, hombe, ay, me quemo!...*



Y así terminó Danilo Romaña, prendido sin fuego.





Ya nadie te espera Florentino Perea

El auge de las bananeras en el Urabá Antioqueño logró congregiar gentes de diferentes departamentos de Colombia. El Chocó, estando tan próximo, aportó una gran cuota de trabajadores. Las noticias de esa tierra de oportunidades llegaban por la radio, por los periódicos desactualizados que llevaban las lanchas que transitaban el río Atrato rumbo a la capital, Quibdó; por los mismos testimonios de la gente. Cada vez más y más personas se embarcaban en el Pisisi, Don Pancracio, La Reina, La Bellavista y, cuando no tenían la oportunidad de viajar en una de estas lanchas, lo hacían en botes movidos por motores pequeños. El hecho es que de algún modo buscaban la manera de llegar a ésta, la tierra de las oportunidades.

174

Florentino, al igual que muchos hombres de Puerto Conto, Bojayá, viajó con la ilusión de conseguir una mejor estabilidad, una buena cama para él y su mujer, las cosas de cocina, buena ropa, un reloj Orient tres tornillos, un motor fuera borda punto nueve. Todos estos eran proyectos que se planificaban intensamente. Aunque dejó a Catalina, su mujer, y al resto de su familia, no viajó solo. Esa tarde navegaba río abajo desde Quibdó hacia el golfo de Urabá, cargado de madera fina, El Guaicaipuro. Como era costumbre, ante el paso de estas embarcaciones la gente se aglomeraba en la orilla, esperando a ver quién llegaba, qué noticias traía, o con la intención de enviar alguna encomienda. La embarcación parecía no tener intenciones de arrimar, pero la gente le hizo señas y al ver los marinos que eran pasajeros, se fue recostando a la orilla.



Con Florentino se embarcó Angelé, Matías, José Domingo con una de sus mujeres, Zotela con su papá, el viejo Máximo Pérez, quien iba enfermo a causa de un derrame, y muchos más. Fue triste la despedida, pues en la región del Atrato eran tiempos en que la familiaridad estaba tan arraigada que la gente, aunque no fuera familia, se trataba como tal. Todos se quedaron viendo la embarcación desde la orilla, hasta que se perdió de vista. Esa noche, en la casa de Florentino, estando ahora junta toda su familia - pues antes de su partida Casilda, su mujer, se fue a vivir a la casa de los padres de él, donde además vivían cuatro hermanos, tres hombres y una mujer - había un vacío que era perceptible tanto en las conversaciones como en el silencio intermitente que se presentaba mientras tomaban café.

Desde esa noche en adelante, cada vez que la vieja Sinforosa iba a llamar a uno de los hijos que estaban en casa, con frecuencia se equivocaba.

175

- Ve ve Florentino, si va a salí, haceme un favó y me traé un paquete re tabaco y po ahí minmo llevale a Tanilao eto pescaros.

Después de hablar era que se percataba.

- Vean ve... a yo cómo e que toy... ay hombe mijo ¿cómo le tará yendo poallá? ¿Usteres cren que ete bendito muchacho no manda ni cabta, ni razón?, ar meno pa uno sabe si e que etá vivo o etá muebto.

Y la vieja Sinforosa tenía razón. Es que hacía casi siete meses que el hijo se había ido, lapso de tiempo en el que del grupo de personas que se fueron con él, quien no había vuelto a visitar a su familia, al menos había mandado cartas y uno que otro detalle. Sin embargo, como se acercaba la Semana Santa, época en la que



quienes estaban lejos acostumbraban a regresar, todos en la casa guardaban la esperanza de que apareciera. Cada vez que se acercaba una embarcación, tanto los viejos como la mujer y los hermanos, estaban pendientes. Pero la ilusión se desvanecía cuando los que llegaban eran otros. Además, no dejaba de ser desconcertante cuando preguntaban por él:

- *Sí mi seño... a yo vi al Flocho poallá en Apartaró. Anda pero bien er hombre, oiga, trabajando en la bananera. A yo le rije que venía poacá, pero er apena me desió la suebte.*

Por esos días, aprovechando el viaje de Juan Eulogio, la familia le envió una carta a Florentino, que en realidad eran varias, pues fue toda una mañana en la que Casilda, siendo la más letrada, con cuarto de primaria, permaneció escribiendo sobre las hojas de cuaderno mientras cada uno le dictaba lo que le quería expresar. Finalizando, arrancó las hojas y las empacó en un solo sobre. Se supo que la encomienda había llegado a su destinatario por boca del mismo mensajero, quien volvió en la navidad en busca de su mujer y sus hijos, pues su propósito era establecerse definitivamente en la zona bananera.

176

Esta, sin duda, era la época donde la familia Perea sentía mayor nostalgia. Las lanchas llegaban atestadas de pasajeros, algunos incluso llegaban de territorios más distantes que el Urabá: Cartagena, Medellín, Bogotá, eran sitios donde ya en esta época permanecían chocoanos, ya fuera estudiando, algunas muchachas trabajando en el servicio doméstico, otros trabajando en construcción, y así. El hecho era que para navidad todos llegaban a reencontrarse con los suyos.

- *¡Caaarajo mi gente! ¿Será que er muchacho ete año tampoco va a llegá? A yo creo que a yo me voya morí y no me va a ve ma. Eta sí e mucha ingratitú.*



Decía el viejo Agapito, padre de Florentino, que por cierto ya no podía trabajar a causa de las dolencias que le generaba la vejez, lo que le hacía quejarse y anunciar su muerte constantemente. Sin embargo, irónicamente, primero se fue la vieja. Sinforosa abandonó este mundo una mañana de agosto, a causa de un derrame que sufrió mientras cocinaba. Como era de esperar, murió con el deseo de ver a Florentino; de hecho, su nombre fue la última palabra que pronunció.

Antes de iniciar la preparación del cuerpo de la difunta, salió un bote expreso de Puerto Conto rumbo hacia el Urabá, con el único propósito de dar aviso a Florentino sobre el fallecimiento de su señora madre. Y aunque no se sabía a ciencia cierta cuál era su domicilio o su lugar de trabajo, la gente guardaba la esperanza de que, mediante avisos publicados en las emisoras, el interesado se enteraría.

- Lamentamos comunicar al señor Florentino Perea que su señora madre, Doña Sinforosa Palomeque, falleció durante el día de ayer en el corregimiento de Puerto Conto, Bojayá, Chocó, y por tal motivo, urge su presencia en esta localidad. A Don Florentino y a todos sus familiares, nuestras más sentidas condolencias.

177

Ese fue el aviso que se emitió no solo el trece de Agosto, sino el catorce, el quince, el dieciséis y el diecisiete en las emisoras *Hondas del Darién*, de Turbo y *La Voz de Urabá* y *Radio Prosperidad*, de Apartadó. A la finada le hicieron tres velorios en espera de que su hijo apareciera, pero todo fue en vano. A pesar de ello lo esperaron hasta la última novena. En el fondo, lo que más entristecía la situación no era la ausencia de Florentino, sino el hecho de que la vieja se había ido a la tumba con enormes deseos de verlo.



Después de esto, la gente en Puerto Conto comenzó a pensar que quizás Florentino ya no estaba en el Urabá, y algunos hasta temían lo peor, porque ya comenzaba a rondar la violencia por este territorio, de manera que, de cuando en cuando, aparecía alguien asesinado en una zanja de alguna bananera, o simplemente salía a trabajar en la madrugada y desaparecía como por arte de magia. Noticias estas que mantenían en zozobra a su padre, hermanos y mujer, quien, a propósito, ya estaba considerando rehacer su vida.

Claro que no se lo había dicho a nadie, pero tomaba muy en serio las propuestas de José Isabel, un minero del pueblo de Tagachí. Y con toda razón, porque ¿qué más esperaba Casilda en esa casa? Sería el colmo que aún esperara a un marido que hacía dos años se había marchado sin enviar nunca una carta y que ni siquiera se pronunció ante el fallecimiento de su madre. Y es que ya no había lugar a especulaciones. Mire usted cómo es cierto que el mundo, a pesar de lo inmenso, es pequeño, un pañuelo como dicen, porque varios de los maestros que llegaron de Quibdó en Enero a trabajar a Puerto Conto, y que en el año inmediatamente anterior habían laborado en el Urabá, dieron detalles, con pelos y señales, de la vida de Florentino. Según cuentas, el hombre prácticamente vivía en la zona del Copelón y había tenido grandes incidentes por andar detrás de algunas prostitutas que tenían compromiso con gente peligrosa.

178

Ya se pueden imaginar cómo se sintió Casilda. Aunque en el fondo esa fue la mejor noticia que pudo recibir en mucho tiempo, pues con ella tenía argumento suficiente para comenzar una nueva relación. Cosa que el papá y los hermanos de Florentino veían con buenos ojos pues, también, ¿a razón de qué se iban a oponer?

- *Aaay hombre, a yo no pensé que Florentino juera capá re cometé asemejante bestialirá ¿Orvirase re toros? Vea ve cómo murió la maire y ni siquiera si asomó.*



- *Hombe cuñara... a yo me ra tanta pena con ute.*

- *Vea ve cuñaro, e que a yo sé que ya no tengo mariro.*

De manera que el día que recogió sus pocas pertenencias para irse a Tagachí, sus cuñados le ayudaron a embarcar las cosas, y Ramona, la única hermana de Florentino, madrugó a prepararle el lonche para que no pasara hambre durante el viaje. Claro que sabían el propósito real de su viaje, y aunque nadie dijo nada, la apoyaron con sus acciones y con los gestos de cariño expresados en la despedida. Así se evidenciaba que, a diferencia de su ex marido, la familia de algún modo la consideraba parte de ellos, no siendo el sentimiento de Casilda diferente.

Muestra de ello fue que tres años después, ya con dos hijos y formalmente casada con José Isabel, inmediatamente supo de la muerte del viejo Agapito llegó a Puerto Conto, ayudó en todo cuanto pudo, lloró con los hijos del difunto y los demás familiares y los acompañó hasta la última novena. En esta ocasión, si Florentino no supo de la muerte de su padre, fue precisamente porque no se hizo esfuerzo alguno por comunicarle. Es más, durante todo el cortejo fúnebre nadie lo mencionó. Es muy posible, por este hecho, que no se haya tenido recuerdos de él.

179

Habiendo muerto el viejo Agapito, Ramona decidió también tomar su rumbo, así que cedió a las pretensiones de Silverio. Aunque era oriundo de Puerto Conto, solo llegaba al pueblo en los diciembres a visitar a sus padres, pues ya hacía un tiempo considerable que trabajaba por los Llanos Orientales. Durante ese fin de año estuvo muy pendiente de la pretendida, con decir que como ella guardaba luto, él decidió no ir a ninguno de los bailes, en gesto de solidaridad con ella. Y es que con un hombre así, a cualquier mujer le hubiera sido fácil tomar la decisión.



Dos años más tarde volvió en compañía de su marido y con una niña en sus brazos. Se les notaba el buen vivir; con decir que cuando comenzaron a bajar tantas cosas de la lancha, la gente estaba pensando que se iban a quedar definitivamente, pero eran solo regalos que traían a todos y cada uno de los habitantes de Puerto Conto. Ramona había cambiado completamente su semblante, la piel se le veía diferente, como más limpia, mantenía una manera de vestir particular, sus gestos y su tono de voz indudablemente contrastaban con los de sus paisanos. Sí, esa es la palabra, se veía importante.

Este evidente bienestar fue lo que llevó a que Valerio, su hermano menor, se motivara a irse con ellos. Y sinceramente fue la mejor decisión, porque el muchacho no ganaba nada tirando machete en esos montes de Murri y peor le iba pilando arroz, porque muchas veces ni le pagaban. Con tanto vigor que tenía para el trabajo, era muy seguro que en Los Llanos organizara su vida.

180

Ramona preguntó por sus padres, o más bien por el estado de las tumbas, pues le preocupaba que estuvieran descuidadas, cubiertas en el monte. El día anterior a su partida fueron todos los hermanos acompañados de Silverio, limpiaron las tumbas y les dejaron flores. Aprovecharon y visitaron otros difuntos, recordaron en ese caminar tiempos pasados, se mencionaron anécdotas, se anhelaron momentos, pero en ninguna situación se recordó a Florentino.

Cuatro años demoró la familia para congregarse en el mismo punto, ahora tras la muerte de Plinio, el segundo de los hijos de Agapito y Sinforosa, quien se ahogó una noche mientras pescaba en el Atrato. El hombre, como muchos en Bojayá, tenía la costumbre de amarrarse el lazo de la atarraya a la muñeca, con el propósito de tenerla asegurada, sin considerar el peligro de tal acción.



El que más afectado se veía era Evaristo, el hermano mayor iy con toda razón! Plinio había sido su compañero en los últimos años, tras la muerte de los viejos y la partida de los otros hermanos.

- *Ay hombe, ahora si me he queraro solo en ete pueblo... ¡Plinio hebmano mío!, ¿pob qué te fuite hombe, pob qué?*

Lloraba desconsoladamente, sin ser menor el desconsuelo del hermano y la hermana. Por supuesto que intentaron convencerlo para que se fuera con ellos a los llanos pero, era de entender, Evaristo toda su vida había vivido en Bojayá y ya a su edad no le era fácil dejar su tierra. Pasado el evento de la muerte de Plinio, cuando llegó el momento de la despedida, se presentó una tristeza diferente a todas las anteriores, pues aparte del vacío normal que dejaba en Evaristo la partida de Valerio y Ramona, quedaba en él esa profunda desazón que suele quedar cuando la soledad no es física sino emocional. Como es sabido, cuando ese estado embarga a alguien, nunca vuelve a ser el mismo.

181

En los momentos en que no estaba distraído con el trabajo, se sentaba en el corredor de la casa a ver correr las aguas del inmenso río Atrato; en ocasiones, aunque no brotaban lágrimas de sus ojos, era evidente que lloraba, porque como sabrán, a veces se llora hacia adentro. Eso es lo malo de sobrevivir a los seres queridos, la tristeza que queda.

Tal vez por estar inmerso en su soledad, fue que en la tarde en que *La Bellavista* arrió a Puerto Conto, dejando a aquel pasajero desconocido, no se preocupó por saber de quién se trataba. Sólo lo vio de lejos y notó que no estaba bien, que caminaba con dificultad. Por un momento dejó de mirar al hombre y volvió a mirar hacia el río, como preguntándose a donde iría a parar el agua, como indagando a



las profundidades, no se sabe qué... quizás pensaba en la trágica muerte de su hermano.

De repente le llegó un recuerdo que hacía mucho tiempo se había marchado; dudó por un momento, se confundió. Pero ¡sí!, era Florentino que, después de más de doce años de ausencia, volvía. Aún estando a un par de metros, se le alcanzaba a escuchar respirar con dificultad; parecía más bajo a causa de la prominente barriga, a pesar de la cual se notaba una extrema delgadez en su rostro, señales propias del maleficio que hacían algunos brujos utilizando ese pescado que llaman *Tamborito*. Según se supo, una mujer en el Urabá le pagó a una bruja oriunda del Baudó para que lo pusiera en este estado ¿El motivo?... haber burlado su amor.

- ¡Evarijto!

Fue lo que apenas alcanzó a pronunciar, porque su hermano no tuvo piedad.

182

- *Oiga, ¿y uté a eta artura re la vira e que viene a aparecé? Ya enterramo a ma Sinforosa, a papá Agapito, a Plinio y la otra gente hace mucho tiempo se fueron poallá bien lejo. ¿O sea que uté ahora e que viene pa que lo entierren? ¡A yo no... a yo me voy pa Urabá!*

De inmediato se levantó y, sin recoger ninguna de sus pertenencias, aprovechó para abordar la misma embarcación en que llegó Florentino.

- *¡Ay pob Dio!*

Tristemente exclamó al ingresar a la inmensa casa donde murió, más que por el hechizo que padecía, por la sensación de culpa, la tristeza y la soledad.





Un santo chocoano y el milagro para Ubertina Bejarano

Es de pleno conocimiento, para todos aquellos que de algún modo conocen el departamento del Chocó, que la gente de este territorio guarda fiel y especial devoción a algunos santos. Muestra de ello es la mayor fiesta que allí se realiza, la fiesta de *San Pacho*, en honor a San Francisco de Asís. Es más de un mes de bundes, comparsas y algarabía, de verbenas, de bailes, combinados con licor, grandes potajes y, por supuesto, aunque oculto, mucho sexo, lo que se evidencia en los meses posteriores de marzo y abril, cuando van naciendo los muchachitos de la que menos se espera.

184

Y parece ser que el santo es bien condescendiente con su gente, permitiéndole momentos de alegría y derroche y, a la vez, de algún modo, expresar también sus penalidades. Y diría yo que de una forma magistral, pues ¿a quién se le ocurre darle vida a un muñeco para expresar su inconformidad o mostrar su tristeza en medio de alegres instrumentos musicales?

Después de esa celebración, llega la fiesta de la Virgen de las Mercedes, en Itsmina; y después la de la Virgen del Carmen, en Acandí; y la fiesta de la Niña María, en Tutunendó y Tadó; y la de San Antonio; y ¿cómo olvidarse del histórico santo Ecce Homo?, establecida en las antiguas minas coloniales de San Rafael, pueblo llamado hoy *El plan de Raspadura*. De este santo dice la gente que apareció misteriosamente



en una mina de oro; sin embargo, supe por boca del finado Guillermo Andrade, anciano oriundo de la región de Lloró, que la imagen había sido producto más de un engaño que de otra cosa. Supuestamente unos españoles se lo propusieron a los negros como milagroso a cambio de oro. Quién sabe.

Sean ciertas o no estas versiones, lo que sí se puede asegurar es que la mayoría de los chocoanos están de acuerdo en que la imagen está dotada de poderes divinos, pues así lo manifiestan y son consecuentes con sus palabras al visitar frecuentemente el santuario, en cumplimiento de sus mandas. Y esto es algo que no es de ahora. Desde hace ya mucho tiempo se tiene conocimiento de milagros que el santo Ecce Homo ha realizado, y también de algunas lecciones de vida.

Muchos en Puerto Conto, Bojayá, se alegraron en su intimidad de las calamidades que sufrió Ubertina Bejarano, y aunque uno no se debe alegrar del mal ajeno, sinceramente esta mujer incitaba toda clase de sentimientos en su contra. La ostentación era la característica más marcada de su personalidad. Siempre lucía un anillo de oro en cada dedo de ambas manos, aretes casi del tamaño de un pocillo, pulseras de todo tipo y tantas cadenas en el cuello que era imposible contarlas. Sin dejar de mencionar que también tenía casi todos los dientes de oro. A la exagerada exhibición de sus joyas, se sumaba la petulancia para tratar a la gente; con decir que prácticamente todo el que se le acercaba le hedía feo.

Fue precisamente la gran incomodidad que sentía al interactuar con el campesinado de Bojayá, la que la empujó a irse a vivir a la capital, Quibdó. Intentó por todos los medios untarse de los dediparados del barrio *Niño Jesús* que conformaban la crema de la ciudad y que, en gran medida, eran como ella, aunque siempre la catalogaron como una campesina disfrazada de faraona. Pero con tanta joya, se acomodó al



interior de este círculo social y ahí sí fue verdad que a Ubertina se le subieron los humos.

Estando tan cerca la plaza de mercado, nunca se acercaba por allá, así que cuando necesitaba comprar algo le daba algunas monedas a cualquier muchacho para que le hiciera el mandado. Claro, ella evitaba a toda costa sentir el olor a pescado, tener qué escoger los plátanos, pasar por el medio de tanto caimito, almirajó, chontaduro, en fin ¡ah, y que de seguro en este sitio se encontraría con algún campesino! Las cosas pasaron a tanto, que Ubertina Bejarano comenzó a raciar a sus paisanos, cosa ilógica, porque era difícil encontrar en el Chocó una persona con la piel más oscura que la de esta mujer. De todas maneras, se le fue volviendo costumbre andar soltando estupideces:

- *Ete poco re negro muebto re hambre ¿e que no tienen má nara qué hacé?*

- *A yo que ningún negro venga a enamorame, con a yo sí no.*

- *Ay, qué caló... ete e mucho bochobno, con ete poco re negro aquí amontonaro.*

- *Ve ve tu, negro, vení acá.*

Esta actitud racial era algo que había ido aprendiendo de algunos habitantes del barrio donde vivía, quienes, teniendo condiciones, lograban salir del Chocó, generalmente a Bogotá y volvían con infinidad de comportamientos extraños. Con decir que aún se comenta que en algunas casas del barrio *Niño Jesús*, había gente que, sin tener nada qué comer, ponían piedras en la olla pitadora, o agua, simplemente agua, para que los vecinos pensaran que se guisaba carne, mondongo o pescado. Y que conste que esto no lo digo yo, lo dice gente que asegura haberlo presenciado en esos tiempos pasados. Quién sabe cómo será ahora.



De todos modos, sea verdad o sea mentira, les estoy hablando es de Ubertina, a quien las cosas se le comenzaron a complicar. Todos los rencores que tenía la gente para con ella comenzaron a desencadenarse a través de la relación conyugal que comenzó a sostener, de manera clandestina, con Miguel Mena, un ingeniero civil formado en Bogotá, y quien, aunque casado, por el prestigio de ser profesional, lo asediaban las mujeres. Pues bueno, las malas lenguas le achacaron las desgracias de Ubertina a Amparo González, la esposa del ingeniero y quien aunque vivía con él en Quibdó, no supe si era paisa, rola o santandereana; el hecho es que no era de por allá. Lo que sí se sabe es que era celosa como ninguna y que le cautivaban mucho esas cuestiones de la hechicería chocoana.

Cosa que Ubertina no consideró, porque, para esconder el romance, se echó de mejor amiga a la mujer del amante, lo que la ofendida aprovechó para proporcionarle un maleficio con gran facilidad. Si Ubertina no se murió al instante fue porque, por suerte para ella, cuando le entregaron el plato de sancocho de pescado que le mandó Amparo, como un supuesto gesto de cariño, ya ella estaba almorzada, por lo que apenas alcanzó a oler el potaje, dominada por el agradable olor que emanaba el Bocachico con coco que se expuso tibio y adobado con aliños, a la vista de todos. Apenas sí sonrió con cierta picardía, mostrando sus dientes de oro, como gozando de la situación íntimamente, sin imaginar lo que le esperaba.

A nadie se le pasó por la cabeza que después del incidente de la quemada que tuvo Ubertina, fuera a sufrir otra desgracia de tal magnitud. A pesar de que la mujer no era de total agrado para muchos, la gente no dejó de conmoverse con aquel incidente; bueno, al menos no al principio del trágico evento, porque después se supo que todo se había generado cuando Ubertina intentó bañar al ingeniero Mena, por cuestiones de celos, con una ollada de agua que premeditadamente había puesto



a hervir con mucho tiempo de anticipación, con tan mala suerte que, queriendo aprovechar el momento de siesta del amante, se fue a echársela encima, y no se sabe cómo, tropezó la oreja de la olla en el marco de la puerta de la habitación, vaciándose parte del agua hirviente sobre el cuerpo de Ubertina.

Después de este incidente, se comenzó a manifestar tanto en los quibdoseños como en el resto de la comunidad del río Atrato que supo de lo sucedido, un doble sentimiento, de manera que era común escuchar de algunas bocas expresiones tales como:

- *Verdaderamente mi gente que Dió no castiga ni con palo ni con rejo; jummm, bien mereciro que se lo tiene, pob mala pebsona.*

- *Esa e mucha regraciara mujé, arrecuerdo a yo er día que...*

- *Hombe, mi gente, usteres po qué no rejan ese rencor. De tora manera la finara Manuela, maire re esa cristiana, jue muy serviciar en tora eta región.*

188

Y no era para menos. En gran medida, en aquellos tiempos, los actos de los padres repercutían de forma considerable, socialmente, en los hijos. Cosa que favorecía a Ubertina para que el odio en su contra no fuera total.

Sin embargo, apenas tal infortunio se fue apaciguando, quedando sólo en medio del cuchicheo, que ya era mucho pedir, empezó para Ubertina el siguiente castigo.

Su cuerpo, del cuello para abajo, quedó cubierto de cicatrices a causa de la quemadura con el agua hirviente. Pero su rostro permanecía intacto y, hay qué decirlo, en medio de todo la negra tenía un rostro dado a la belleza, esos ojos grandes, esas cejas abundantes, sus labios gruesos y su nariz entre chata y angosta,



en fin, en suma sus facciones le otorgaban un perfil extraordinario, sumado además al adorno dorado de sus dientes, a su abundante pelo prieto, todo en conjunto hacía de la suya una belleza perturbadora, por decir lo menos, y confundía con ella a más de uno.

Y sin más ni más, de un momento a otro, le fueron creciendo unos lobanillos en sus orejas y su cara fue sufriendo una deformación inexplicable, al punto en que Ubertina tenía qué andar con una toalla sobre su cabeza para ocultar la deformidad de su rostro, consecuencia del maleficio que contrajo al aspirar el vapor del plato de sancocho que le había enviado la mujer de Mena, hacía ya casi un año. Al menos eso fue lo que le aseguró un viejo indio llamado Aljiro Evao, oriundo de Andagoya y conocido por su gran poder en la hechicería; fue él mismo quien también le aseguró que en menos de tres meses la curaría y que incluso le dejaría la piel como la de un bebé ¿ah? Lo que no se previó fue la muerte inesperada de Aljiro, desvaneciéndose toda esperanza para Ubertina, quien con tantos suplicios ya ni joyas usaba.

189

De allí en adelante, la mujer no tuvo descanso buscando por diferentes medios la manera de curarse; ya sin recursos, se fue volviendo creyente, acudía a diferentes iglesias para que oraran por ella y, en medio de tantos devotos, alguien consideró que, además de las oraciones, debería peregrinar al santuario del santo Ecce Homo. Tal fue lo que dijo don Laureano:

- *Nooo señora, como er santo Ecce Homo no hay. Vaya pírale con fe y ofréjcale una manda que él, sea lo que sea, se la va conceré. Hoombe mi gente, a yo po lo meno me curó po completo re un brujo... síii, uno sapo que me metieron en la barriga poallá en Guaguandó. Hay hombe y toro po la pura enviria, jummm, jummm.*



Y entonces, dicho y hecho. Un domingo en la mañana Ubertina tomó camino y cruzó selvas y ríos hasta llegar a Raspadura. Allí, con la mayor esperanza puesta en el santo, ingresando de rodillas al santuario exclamó:

- *¡Aaay santo Ecce Homo bendito, te lo suplico, quitame eto male y a cambio a yo te ofrejco tora mi alhaja. Ayurame mi santico pob favó!*

Después de llorar por largo rato, se bañó con el agua bendita que había en el santuario y se devolvió para Quibdó, con la firme esperanza de que el afamado santo le concediera la manda. Quienes sabían, incluyendo a Ubertina, del incidente que don Laureano había tenido con la hechicería en Guaguandó, jamás se imaginaron que los favores del santo pudieran ser tan eficaces, pues al día siguiente Ubertina Bejarano se levantó y la sorpresa fue enorme cuando, sintiéndose extraña, se miró en el espejo y no tenía ni los lobanillos ni la cara desfigurada; mayor aún fue su impresión cuando corrió a bañarse y encontró su piel completamente sana y sus formas más definidas, sus caderas como nunca antes, sus senos perfectos. Es que ni la misma Ubertina quince años antes.

190

Este suceso creó gran conmoción en Quibdó y sus alrededores; la capital del Chocó literalmente se volcó sobre Raspadura a pedir toda clase de favores, ofreciendo la gente cuanto tenían al santo. Al otro día Ubertina era asediada por uno y por otro, y fue cuando una tal Petrona, quien vivía en el barrio Cesarconto la halagó así:

- *Hoombe manita, y e que ahora sí querate má bonita... ve ve qué careeera, qué cara y qué piel tan hebmosa.*



- *Ve manita, eto no e así nara ma. Eto e pa que veá que hata en lo santo existe el interé. Po eta belleza que ve aquí, tuve que rale ar santo Ecce Homo ese tora mi alhaja.*

Respondió Ubertina con evidente dolor por haber entregado sus joyas. Una vieja que andaba por ahí, de esas que entre más le pasan los años más agudo tienen el oído, escuchando el insulto a la divinidad, se puso las manos sobre la cabeza y, en un acto que en su momento pareció exagerado, cayó de rodillas.

- *¡Maunífica creo en Dio Paire, aaay Dio mío bendito, eta muchacha, ve ve, ¿qué e que tu ta riciendo?, reprende eta jeta y que er santo Ecce Homo no te oiga. Arrenuncio a Sataná!*

La vieja, cuyo nombre no recuerdo, apenas recibió una mirada de reojo por la sanada, quien de inmediato, con un gesto de arrogancia, volteó su cara y, no obstante este incidente, siguió en tal euforia que hasta fiesta hubo, extendiéndose la cosa hasta la madrugada. Como bien trasnochada estaba, Ubertina despertó a la tarde; al principio, pensó que aún estaba ebria, o más bien que soñaba, pero al tocarse empezó a sentir de nuevo los lobanillos, la deformidad de su rostro y las extensas cicatrices en su piel. Turbada a más no poder, intentando levantarse de la cama, descubrió también que sus anheladas alhajas estaban bajo la almohada.

- *¡Aaay santo Ecce Homo bendito, y ¿eto qué e?*

Pero nadie le respondió.



192

Maunque llueva

Tradición oral del Atrato Medio Chocoano